

# VILLA de MADRID





## Sumario

*Un gran español*, por MIGUEL ANGEL GARCÍA-LOMAS.

*El honor de Madrid*, por ANTONIO IZQUIERDO.

*Carrero Blanco y su servicio a Madrid*, por TOMÁS BORRÁS.

*Madrid, ruta del sol. Tranco 1-Barrio histórico*, por MARIANO JUBERÍAS OCHOA.

*Del antiguo Corral de la Pacheca al moderno Teatro Español*, por JOSÉ LEAL FUERTES.

*Los grandes artistas madrileños. Juan Esplandú Peña*, por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.

*Este "otro" Madrid*, por TOMÁS BORRÁS.

*Fernando Delgado. Toda una época de Madrid reflejada en el cine*, por LUIS GÓMEZ MESA.

*Madrid en 1624. Mesones y bodegones*, por JOSÉ DEL CORRAL.

*Evocación de la primera plaza de toros madrileña*, por FRANCISCO LÓPEZ IZQUIERDO.

*Noticia de algunos artistas que trabajaron en el Real Monasterio de la Encarnación*, por MERCEDES AGULLÓ Y COBO.

*Las arduas y espinosas relaciones entre la Mesta y Madrid*, por AGUSTÍN GÓMEZ IGLESIAS.

*Apuntes para un catálogo de lápidas en Madrid*, por JUAN SAMPELAYO.

*Ilustraciones de Esplandú, Tauler, Antonio Casero y Balbuena.*

*Fotografías de Aulocolor, Santos Yubero y Mariano Juberías.*

*Portada: Iluminaciones navideñas de Madrid. La Cibeles y Alcalá. Fotografía de Aulocolor que el pasado año obtuvo el segundo premio.*

Depósito legal: M. 4.194-1959

Imprenta PUEYO. Luna, 27-MADRID

# VILLA *de* MADRID

R E V I S T A   D E L   E X C M O .   A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:

R U F O   G A M A Z O   R I C O

REDACCION Y ADMINISTRACION:

P L A Z A   D E   L A   V I L L A

Teléfonos: Dirección, 248 62 29;

Administración, 248 01 29

PRECIO POR EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES

Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO XI

1973 - IV

NUM. 41





# UN GRAN ESPAÑOL

## DON LUIS CARRERO BLANCO

*Abre sus páginas, este número de VILLA DE MADRID, con un emocionado y obligado homenaje a la memoria del capitán general de la Armada, el duque de Carrero Blanco, víctima de un vil y cobarde asesinato, que ha señalado para siempre con negrísimo luto un día de la historia de Madrid, de la grande historia de España. Porque, al mismo tiempo, don Luis Carrero Blanco, presidente del Gobierno español, culminó con el sacrificio supremo de su vida, una larga sucesión de servicios a la patria, por la que había dado todo; por eso, su nombre, esclarecido por su diario trabajo y engrandecido por su muerte a manos de los enemigos de nuestra nación, inscrito está con caracteres indelebles junto al de los españoles más beneméritos de todos los tiempos.*

*Madrid, capital de la Nación, supo representar con absoluta dignidad y justeza el dolor de España en el multitudinario duelo público que acompañó a los restos mortales del insigne estadista por el paseo de la Castellana. Ha acusado siempre el pueblo madrileño un finísimo instinto para protagonizar acontecimientos trascendentales para la vida política española y darles, a nivel entrañablemente popular, la justa dimensión y significado exacto; porque sabe, con el saber que da la perfecta identificación en los sentimientos, acompañar los latidos de su corazón a los de todo el pueblo español, en la alegría y en la tristeza.*

*Como alcalde de Madrid cumplí, con profundísima y temblorosa emoción, la voluntad de mi pueblo al colocar la Medalla de Honor de Madrid sobre el cuerpo sin vida de aquel español excepcional, donde latiera con fuerza un corazón apasionado por la patria. Durante años tuve el altísimo e inmerecido honor de colaborar con Luis Carrero Blanco y ejemplizarme con sus virtudes. Era un hombre en cuya biografía la lealtad, el afán incansable de trabajo, la exigencia de la obra bien hecha y la modestia, constituían los mejores capítulos. Fue constantemente leal, en primer lugar, a sí mismo, a sus creencias, a sus principios, fiel al Caudillo, a quien sirvió durante estos largos y fecundos años de paz; leal a la amistad; tuvo siempre a flor de labios las frases de comprensión para los ajenos yerros y la caritativa disculpa para equivocadas conductas, porque sabía que para un cristiano comprender es caridad.*

*El presidente Carrero Blanco será por siempre maestro indiscutible en la ciencia y amor de España; de la patria que estudió con rigor y apasionamiento en su historia de la patria por cuyo presente trabajó con amor de perfección; de la patria que, esperanzado, supo ver engrandecida en el futuro, construida con el común esfuerzo de los españoles que, como don Luis Carrero, han creído, con su Caudillo, que era posible una patria mejor, más justa, libre, grande y noble.*

Miguel Angel GARCIA LOMAS  
Alcalde de Madrid



# EL HONOR DE MADRID

Por Antonio IZQUIERDO

**M**ADRID ha vivido unas jornadas trágicas e inolvidables. El 20 de diciembre de 1973 ha quedado fijado en la historia de España y en la historia de la Villa, trágicamente: como un dardo encendido. Esa mañana, cuando la ciudad se disponía a vivir a la sombra de la paz las fiestas navideñas, asesinaron al presidente del Gobierno, capitán general de la Armada, duque de Carrero Blanco. En su libro *The culture of the cities*, Lewis Mumford dice: «El Movimiento de 1936 transformó a Madrid en un símbolo de vitalidad humana, de nobleza humana y de sacrificio humano capaz de crear una nueva civilización». Sobre este Madrid de tan exacta definición ha caído, como el rayo de la ira y de la muerte, la vergüenza de un magnicidio.

La vida del almirante Carrero Blanco y la de los sencillos funcionarios del Estado que le acompañaban, fueron el último tributo de un sistema que se propuso la transformación de la sociedad en la búsqueda de unos siglos de justa convivencia, como recordaba, en un acto sencillo, ese mismo mes, el ex ministro de Trabajo y consejero del Reino, José Antonio Girón de Velasco. Madrid vivió unas horas de patetismo de las que nadie o muy pocos guardan otra memoria, porque habría que echarse medio siglo atrás para contemplar un asesinato político análogo: el de Dato, que fue alcalde de la capital de España y que en sus horas presidenciales encontró la muerte en manos de unos anarquistas.

La ciudad sintió un profundo escalofrío y guardó silencio, sólo hasta el instante en que miles de gargantas rompieron su ira, su pena y su emoción con las estrofas del «Cara al Sol»: era el sepelio de un gran servidor de España.

Sobre el pecho del gobernante muerto, del militar ilustre, del callado servidor de la Patria, impuso el alcalde de la Villa, señor García-Lomas, una condecoración singular y raras veces concedida: la medalla de Honor de Madrid. Esa medalla la posee la imagen de Nuestra Señora de la Almudena, el Caudillo Franco, el presidente de los Estados Unidos, general Eisenhower, y don Blas Pérez González. Era el tributo no sólo al sacrificio, sino simultáneamente el reconocimiento al servicio. Luego, Madrid, anonadado, volvió a sus hogares y dejó en las calles una honda huella de tristeza. La escalada de la violencia está reñida con la ciudad, que es la síntesis expresiva del proceso, lejano, rudo e inteligente, de la civilización.

En toda su historia capitalicia, Madrid registró cuatro magnicidios: Prim, Canalejas, Dato y Carrero Blanco. Los tres primeros se corresponden con una visión histórica y política diametralmente opuesta a este Madrid que hizo formular a Lewis Mumford la noble definición que encabeza estas líneas. No es la ciudad de nuestro tiempo, que pasó de la cava al rascacielos y de La Corrala a las zonas residenciales, el escenario para tan canallesca ferocidad. En el pecho sin vida de Carrero Blanco, Madrid puso su honor. El era, por encima de cualquier otra valoración política, precisamente eso, un hombre de honor.





Ayuntamiento de Madrid



# CARRERO BLANCO

## Y SU SERVICIO

### A MADRID

Por Tomás BORRÁS

#### I

UN nombre en la Historia española rodeado de laurel y de ciprés: Luis Carrero Blanco. Se ha popularizado la biografía del que huyó, con constancia virtuosa, de la escandalera de la publicidad, recatando sus trabajos, siempre útiles, a dimensión de labor y modestia de monje.

Carrero Blanco, marino, no sólo combate como hombre de pro en la guerra, sino que enseña a generaciones sucesivas el arte difícil de sustentar victorias desde el navío, prolongación móvil de la Patria. La segunda Cruzada (la primera fue la Reconquista), destaca los valores militares de Carrero. En el submarino y en la cubierta del crucero se yergue su figura rodeada de obediencia y respeto. Así, es uno de los que con cuatro tablas logra derrotar a la poderosa escuadra roja, «que mandaban los cabos», como dijo su almirante ful, un rojo albañil metido a Nelson.

Como en la Escuela Naval, de Madrid, pone cátedra de la especialidad, y doctora a los que han de tomar su relevo. Es un espíritu selecto que alterna el estudio sosegado con el ardido peligro. O sea, más aún, el modelo del caballero que ciñe espada, pero sabe por qué la desnuda en el trance.

Era castellano de Santander, la Montaña, de palacios próceres, de escudo en la clave el arco. Por castellano era leal, y su admiración y entusiasmo por la incomparable, por la providencial, por la genial obra de Francisco Franco, le encamina a su lado, del que no se apartará jamás, salvo al caer víctima de un crimen, que no sólo cometen unos criminales bestias, sino que es impulsado por criminales, otros, de calculada astucia, para dominio de un país que se les había abierto generoso.

Libre España, feliz independiente,  
se abrió al cartaginés incautamente,

rezan las aléluyas famosas, fieles a la verdad, aunque grotescas, del padre Isla. Incautamente se abrió España a la Antiespaña, que no pierde ocasión de volar su santabárbara para destruirla. Por ello, el prócer del bien, de la verdad y la fe, Luis Carrero Blanco, sucumbe, como tantos estadistas españoles, en el descuido de su favor a los mismos que alevosamente le mataban. Y no más de esto, por ahora.

Al lado de Franco cumple un especial servicio, que le enaltecerá por los siglos. Es el brazo derecho de nuestro Conductor. Los hombres —no hay hombre sin hombre— necesitan, y más en este mundo que vivimos, tan complicado, de otros hombres-suplemento del que dirige, partes del mismo, entrañablemente unidos a él y con fidelidad severamente jurada. «Sé fiel a ti mismo», es un proverbio de conducta. Pero mejor que la fidelidad a sí mismo es la fidelidad a una causa. Y la fidelidad a un elegido. En lo que se empleó Carrero Blanco, esmerándose en cumplir con puntillo de puntual. Hemos entrevistado, junto a la figura del Jefe, esa sombra admirable del que se encarga del trabajo, que realiza la idea, y sólo a ello dedica la recatada vida. Carrero no se exhibía nunca y sin embargo se advertía su presencia en todo episodio civil, los que, uno a uno, han labrado este alcázar que denominamos la Nueva España. En gran parte debida, su grandeza y numerosidad al artesano que, sin perder hora, labraba el sillar que era preciso insertar en el monumento, sin pausa, sin prisa y sin desvío del impulso soberano. ¡Qué felicidad y que descansada seguridad la del Caudillo, tan bien servido en todo por sus colaboradores, haber encontrado el vigilante, el modelador, el realizador del pensamiento, que si se enuncia, y ya es de alabar, también precisa que un perseverante y perfecto componga su cuerpo tangible. Que, si no, sería sólo ilusión no ilusoria.



## II

**E**NTREVERADO con esas dedicaciones minuciosas, y en muchas jornadas de esfuerzo casi secreto, don Luis llevaba el impulso propio a las páginas, o a las palabras aladas, que hacen prosélitos de los dudosos, o debelan los sofismas del soez enemigo. Recuérdese que por la radio, y en muchos periódicos, por espacio de meses, una voz se alzaba, tremenda y bíblica, confortando a los buenos y aplastando dialécticamente a mendaces y traidores. Era un tal «Juan de la Cosa» el que ofrecía a la discusión razones irrefutables. La gente se acostumbró a seguir al polemista. En efecto, parecido a la maza de Fraga, pero cortés, si duro, y hasta suave en ocasiones, destrozaba las redes de pescar cándidos que la vileza empleaba en disfraz suasorio. ¿Y quién era «Juan de la Cosa», seudónimo que tanta gloria evocaba? Un marino, no un profesional del periodismo ni del discurso, un hombre de acción introducido en la teoría y en el combate de la inteligencia. «Juan de la Cosa», sirvió en este puesto, asimismo —su verbo era «servir»— y se destacó tanto, que luego reunía en libros sus catilinarias y sus demostraciones. Y así ha quedado, en la crónica general del periodismo, esa maestría de quien con el fervor y la razón ganaba las mismas batallas que con el arma buida.

También ha escrito Carrero artículos de varia lección. Pocos, pues la exclusiva en que le mantuvo su cargo de segundo, distribuidor, cuidador, centinela y acicate del que desmayaba, no le permitía entrar con constancia en ese quehacer (de soldado de la pluma) con que tantos nos honramos. Soldado de lo cierto y de lo ventajoso, de lo progresivo y de lo importante, y aun esencial. Pues los pueblos se sostienen en pie gracias al cálculo previo de los capitanes: los que conocen las fuerzas de que disponen, y las emplean y equilibran con juicio y entusiasmo.

Podrá ser la de Carrero, como cerebro realizador de lo que el cerebro ideador emana, actividad oscura entre la bambolla de los que gritan para que se les oiga, que nada tienen que decir. No obsta para que su vida quede sustancialmente inscrita en lo sustancial que ha ocu-



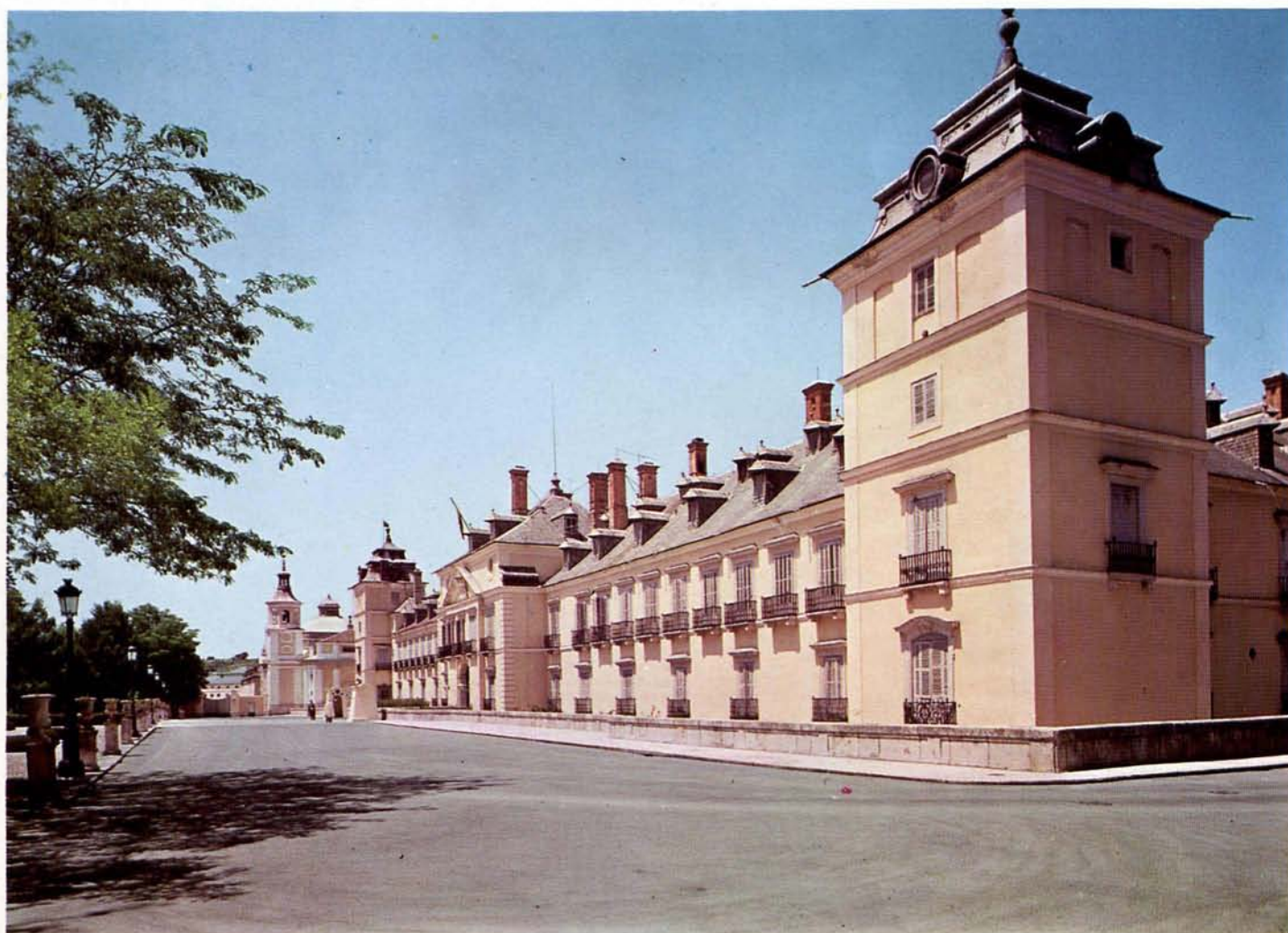
rrido en España, desde la niké de 1939 hasta el corte brusco de su existencia. Toda la España de la Paz se llama Franco. También se llama Carrero. ¿Se puede escribir mejor elogio?

## III

**E**N cuanto a Madrid, específicamente, Carrero Blanco ha sido uno de sus favorecedores, porque la

tarea que se emprendió bajo su capacidad regidora, aunque españolísima y destinada a acrecentar nuestro haber, como en Madrid tiene buena parte de su sede, a Madrid ha engalanado, dotándole de una serie de realizaciones que le ennoblecen más y le elevan a un cénit de arte. Ya comprende el lector que me refiero a lo que ha levantado entre nosotros el magnífico Patrimonio Nacional. Por lo que VILLA





*Palacio de El Pardo, residencia de S. E. el Jefe del Estado, donde también se han efectuado importantes obras de reconstrucción.*

DE MADRID se enorgullece al contar entre los madrileños que nacieron fuera de Madrid, a este aristo santanderino, y en puesto muy sobresaliente.

En el caso, conocidísimo, que al terminar la Cruzada se halló el Caudillo con que tenía bajo su custodia una serie de trascendentales monumentos y colecciones que el curso de los siglos había acumulado bajo una sola mano. Bastantes provincias ostentaban con orgullo legítimo tales joyas, pero sobremanera Madrid, donde la reunión de algunas de ellas constituía el mayor acervo del mundo en piezas únicas. Era lo que se llamó en tiempos Patrimonio Real. Inventario que pasma por su importancia incomparable.

Por lo que a Madrid respecta, el patronazgo de los Reyes, primero, seguido por el cuido de la Jefatura del Estado (Francisco Franco) se componía de esta serie: Palacio Real, Descalzas Reales, Monasterio

de la Encarnación, Palacio del Pardo, Palacio de la Zarzuela, la Moncloa y la Quinta, Ermita de San Antonio de la Florida. No entran en nuestra lista ni El Escorial, ni Aranjuez, ni la Santa Cruz del Valle de los Caídos, por pertenecer, no a la villa capital sino a la provincia.

El estado de algún edificio del catálogo, después del paso de la cafra republicana por ellos, era inquietante. El mayor desastre correspondía al Palacio Real, víctima de injurias ensañadas. Por de pronto se encomendó a una Junta la limpieza de los edificios. Pero enseguida Franco advirtió que, excepto el Vaticano, nada en el orbe existía que tuviera la magnificencia, el mérito y la calidad suprema de las arcas arquitecturales españolas, en cuyo seno se sumaban pinturas, objetos y alhajas de toda índole sin parangón. Aquello, como si hubiera salido de la lámpara de Aladino, en realidad acumulado por la Monarquía, era cuartel maestro del escu-

do, entre las propiedades nacionales. Por lo cual Franco dispuso la creación de un Patronato que se ocupara de su realeza. Dividióse el Patronato en dos series de actividades: la puramente administrativa, juzgadora y seleccionadora, dotada de imaginación e iniciativa, y el grupo que directamente se ocupase en ordenar, restaurar y acrecentar el mérito de las inacabables, de las asombrosas colecciones.

El organigrama de esa Junta tiene en su cúspide al propio Caudillo, el cual ha intervenido directamente en todas las resoluciones e iniciativas favorables al diamantino Patrimonio. Las visitas de Franco a las instalaciones, el estudio de los proyectos y su propia originalidad y sagacidad para colocar cada muestra ríe de suntuosidades en el sitio donde mayor esplendor obtenga, acreditan la sensibilidad del Jefe del Estado pintor, como se sabe, y conocedor de los valores del arte. Otras perso-





*El palacio de la Zarzuela, residencia de SS. AA. RR. los Príncipes de España, que ha sido acondicionado en su totalidad.*

nas, mejor personalidades, componen el Patrimonio en su Junta decisiva, estudiosos y competentes de mérito. El consejero-delegado (factor impulsor y vigilante agudo) es don Fernando Fuerte de Villavicencio. Y, en fin, enlace entre la voluntad cultivada de Franco y sus realizaciones estaba Carrero Blanco, presidente del Patrimonio y acicate de la laboriosidad de todos. Era su mano la que ponía el visto bueno a cuanto se ha ideado y trabajado para elevar a un primer rango, entre las realizaciones de la Gran España de ahora, al tesoro de tesoros que acumularon las dinastías. Así lleva funcionando treinta años el ya universalmente famoso Patrimonio Nacional.

#### IV

**N**O ha cesado desde entonces el lanzamiento a la avidez pública, de museos y perfeccionamientos su-



*Casita del Príncipe de El Pardo, objeto de restauración arquitectónica y artística para su apertura a la visita pública.*





*Palacio de Oriente. La fachada de poniente, totalmente reconstruida, vista desde el Campo del Moro.*



*Sala del nuevo Museo de Farmacia, en el Palacio de Oriente, con botamen de los siglos XVIII y XIX.*

tilmente logrados, de perfecciones simpares y sin fallo. Fuertes de Villaviciencio ha sido el alma gerencial e invencinera. Encontraron un montón de objetos de mil clases, en decenas de edificios dañados, y tuvieron que pechar con restauraciones difícilísimas, propias para especialistas, además de colocar las series según el modo modernamente museable. Pues el propósito del Patrimonio no era remozar palacios y riquezas para encerrarlos en la intimidad de unos gozadores, sino abrir espacios para el disfrute del pueblo español y del turismo. De ese modo se devolvía a los donantes —los hispanos— aquello que su fidelidad y su cariño endosaron a los que ostentaban corona

Para dar idea de las dificultades, que parecían invencibles, con que Fuertes de Villaviciencio y sus colaboradores tropezaron, basten dos



detalles: una de las fachadas del Palacio Real (la que da al Campo del Moro) se ha hecho, pieza a pieza, absolutamente nueva, y cuéntese con que cada una está labrada con motivos escultóricos. Las dimensiones de esa fachada son impresionantes, los relieves bellísimos. Hoy parece parte de una fábrica recién acabada. Otro tanto, y con mayores apuros, sucedió con las carrozas. A éstas las había desechado la República en un colosal sótano denominado «el invernadero». Yacían allí hechas astillas, como quien dice. Hubo que, milímetro a milímetro, a lo rompecabezas, separar los elementos de cada carruaje. Y como se han perdido las artesanías de tantos objetos nobles, para remozar o sustituir, por ejemplo, la pasamanería, hubo de instalar una escuela de aprendices. Los cuales, ya maestros, realizaron la cordonería y pasamanería, para todos los palacios, de sus piezas. Otro tanto sucedió con el vidrio. ¿Quién sabía ya dar vida a aquellos de La Granja, los que formaban los faroles, los que servían para espejos, los que se ordenaban en cristalería de mesa? Los aprendices llegaron a la perfección, y de nuevo el vidrio de La Granja, en su fórmula, se emplea simultáneamente con el que conservó la suerte, en los objetos. Multiplíquese esta paciente activi-



*Capilla o casita de Nazaret, también abierta a la visita pública recientemente, en el monasterio de las Descalzas Reales.*



*Una de las salas de los nuevos museos de pintura y tapices en el Palacio de Oriente.*

dad por cada trozo de cada pieza, y se tendrá idea de la perseverancia y habilidad con que el grupo capitaneado por Fuertes de Villavencio ha alcanzado su meta: formar en cada edificio un espléndido museo, o varios, de cosas maravillantes. Que ahí están. Su éxito no se refiere a palabras, sino a hechos.

## V

**P**OR lo que respecta a Madrid, la Junta del Patrimonio que presidía el malogrado almirante Carrero, ha dado cima a su labor. Y entregado a España, completos y riquísimos, perfectos, nuevos, brillantes, las siguientes arquitecturas inmortales:





*Claustro del monasterio de la Encarnación, con importantes obras de reconstrucción y restauración.*

El Palacio de El Pardo y su Casita del Príncipe. El Monasterio de las Descalzas Reales. El Monasterio de la Encarnación. Los tres palacios sitos en la Moncloa. La Ermita de San Antonio de la Florida. El Palacio Real. Repitamos que sólo son estas notas referidas a la villa, al término municipal de Madrid. Pues en la provincia dependen del Patrimonio El Escorial, Aranjuez y el Valle de los Caídos. En Segovia La Granja y Riofrío. En Sevilla el Alcázar. En Tordesillas las Clarisas. En Burgos la Isla y el Monasterio de las Huelgas. En Barcelona Pedralbes. En Palma de Mallorca la Almudaina. Y otros varios sitios que harían largo este somerísimo resumen.

Madrid ha acrecentado su valía con las riquezas de todos los órdenes artísticos que se custodian en los aludidos monumentos. Ninguna

de las Artes suntuosas debidas a la más fina de las culturas, falta en las colecciones madrileñas del Patrimonio. El Libro, y la Encuadernación, las Medallas, el Instrumento musical, el Tapiz, el Mueble, la Lámpara, la Alfombra, la Pintura, el Objeto usual (como los de Farmacia o Cocina) la Porcelana, el Bronce, el Reloj, la Marquetería, el Tejido, el Uniforme, el Traje de gala, la Armadura, el Carruaje..., ¿quién es capaz de hacer el inventario? Tan sólo en el Palacio Real, limpio, flamante, recién estrenado, perfectísimo, han sido colocadas las estatuas de la parte baja y sustituidas algunas fachadas, y limpias de destrozos las demás, y se ha inaugurado una serie de museos fabulosos, desde los Stradivarius hasta las Armas y desde las grandiosas Arañas de metal noble a los incunables. En las dos iglesias de los Monasterios hay relicarios tan abundantes que parecen haber agotado el santoral. Pintura hay en proporciones incalculables, eso sin contar el Museo del Prado, que se formó con elementos del Palacio Real. Siglos de historia viviente, piezas de civilizaciones y estamentos refinados, muestrarios de lo que es capaz de realizar la destreza y el buen gusto humanos, se alinean, dóciles al orden intelectual, en las salas de esta ambiciosamente visitada serie de museos madrileños patrimoniales, que a tantos extranjeros atraen, espantados de que todavía existan pasmos como estos en



*Vista parcial del Museo de Carruajes, instalado en el edificio de nueva planta en el Campo del Moro.*



un mundo que ha destrozado estúpidamente su pasado glorioso.

Nunca se agotará el agradecimiento a este conjunto de hombres del Patrimonio Nacional, cuyo estado mayor directivo estuvo formado por Franco, Carrero y Fuertes de Villavicencio. Todos los honores para ellos de los hombres de espíritu.

## VI

NO se ha contentado el Patrimonio con reunir, después de completar, alhajas varias. El agudo sentido de iniciativa de Fuertes de Villavicencio ha dado forma a la impresión de las tarjetas navideñas (los mal llamados christmas) aprovechando la inagotable serie de lienzos de sentido religioso propiedad del administrador Patrimonio. Franco, a su vez, ha plantado una Escuela de las Artes bellísima, la ya célebre en el mundo «Fundación del Generalísimo» calculada para suplir la falta de artesanos, que tanto se echó de menos al restaurar las carrozas; de esa Fundación salen maestros de toda clase de artes subsidiarias. Y el Patrimonio ha fundado una revista, «Reales Sitios», con la mejor fortuna: una de las dos primeras revistas de España, en este momento (la otra es nuestra VILLA DE MADRID). Y fue el Patrimonio quien ha editado guías, y asimismo libros de oro, entre cuyas ediciones figura el doble volumen de El Escorial, gozo de los más afinados bibliófilos. Y por el Patrimonio funciona el Colegio de Nuestra Señora de Atocha. Y ha rehecho el pueblo



*Librería editorial del Patrimonio Nacional en sus modernas instalaciones de la plaza de Oriente, esquina a la calle de Felipe V.*

*Una de las salas del nuevo museo abierto al público en el monasterio de la Encarnación.*





*Descalzas Reales. Nuevas salas con tapices de Rubens en el antiguo dormitorio de las monjas.*



*Complejo deportivo de Somontes, en la carretera de El Pardo. Una de las realizaciones, en este aspecto, del Patrimonio Nacional.*

de El Pardo, primor hoy de cuidadoso y elegante urbanismo. Y tantas otras iniciativas: un espléndido juego de golf, los beneficios de los obreros madereros de Balsaín, el taller de restauración de cuadros, las diapositivas, los deliciosos minúsculos recuerdos, la tienda próspera de cosas exquisitas...

Para remate de esta justa loa, en la que hay que reprimirse, pues encendidas alabanzas merece el Patrimonio Nacional, anótese que ninguna iniciativa, ningún trabajo, ninguna mejora le ha costado un solo céntimo al Estado. El Patrimonio ha subsistido y subsiste gracias a sus propios ingresos: las entradas a los Museos, las fotografías, las tarjetas de Navidad... Un gran talento comercial —señalo a Fuertes de Villavicencio— ha colaborado con el talento creador del resto del equipo, y en sus soberbias y sin tacha instalaciones. El Patrimonio es un ejemplo de lo que pueden el sentido del deber sobrecitado, la técnica y dominio de la acción, la fantasía creadora y el desinterés absoluto. El total es la dote de un singularísimo vellocino opulento, que sin hipérbole constituye el placer y la envidia del mundo.

En la organización y en la marcha de ese singular Patrimonio, no sólo de España, sino de la Humanidad, figurará en lugar destacado Luis Carrero Blanco, español ejemplar, mártir de la España, erguido ante el acecho de la Antiespaña.

Tomás BORRÁS



# MADRID, RUTA DEL SOL

## Tranco 1 - BARRIO HISTORICO

Por Mariano JUBERIAS OCHOA

VAMOS a iniciar hoy una serie de itinerarios madrileños a través del objetivo de nuestra cámara, tomando como eje de nuestros paseos una línea base, pero, como en los ríos caudales, remansándonos a derecha e izquierda de nuestra marcha, caminando en zigzag, abrazando en meandros amorosos, edificios y barrios, en contacto con la línea principal. Los grabados que vais a ver son de referencia, de ambiente, sin que en ningún momento pretendan ser obras de arte. Tres serán estos itinerarios: Madrid Oeste; Madrid, camino de Europa, y Madrid, ruta del sol. Empezaremos por este último, titulado «ruta del sol», porque Madrid, en su perenne crecimiento, ha seguido el camino hacia el astro rey, sin perderlo de vista, como el girasol. Su célula originaria es el Alcázar, el «castillo famoso», y luego, sin prisa y sin pausa, como la estrella, como todo quehacer fecundo, nuestra villa se extiende de Occidente hacia Oriente, del Oeste al Este. Primero, por la calle Mayor; luego, por la de Alcalá, hacia la milenaria ciudad complutense, hacia la heroica Aragón, hacia la fecunda Cataluña. En este constante desarrollo se ha desperezado, a veces, en la Puerta de Guadalajara, en la plaza del Arrabal (Mayor), en las Puertas del Sol o de Alcalá, etc.

Y, sin más preámbulos, subamos en nuestro autocar turístico, cámara en ristre, y empecemos nuestro peregrinar por...

### LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

Un día del 1085, Alfonso VI el Bravo liberó a Madrid del dominio musulmán, entrando por el arrabal de San Ginés para tomar el Alcá-







*La iglesia pontificia del arquitecto Banavia, nido de ángeles de mármol, con su fachada vibrada, muy barroca en planta. En primer término la antañona casa de los Vargas, con su escudo nobiliario y la carcoma de sus desconchones*

zar. Al pasar por la Almudena se rasgó su muralla y apareció la Virgen, nuestra patrona, con apellido árabe. Un insigne historiador de nuestra literatura, Hurtado, se hubiera apresurado a decir oriunda de..., como hace siempre que en su libro aparece algún madrileño, al que inmediatamente cuelga el sam-

benito de oriundo de..., como una resta. Yo creo que esta oriundez del madrileño es una suma, un don del cielo, un signo de españolidad. Algún día me extenderé sobre esta tesis.

Ahora contemplemos nuestra Virgen y veamos su contorno: el parque de Atenas (antiguo campo de

la Tela), jardines de Bocherini, de Azorín, las Vistillas, coronadas por los jardines de Gabriel Miró; la Cuesta de los Ciegos, Palacio. Todo el ámbito que aquel luminoso día de 1085 pudo contemplar el bravo Alfonso VI. Todo el ámbito, no su actual ordenación. Antes de nuestro buen rey don Alfonso, se dio un garbeito por Madrid Ramiro II, rey de León en 931, y antes, según Oliver Asin, «entre 852 y 886, Mohammed I, bisabuelo de Abderramán III, construyó la ciudad civil o medina y la ciudad o ciudadela militar, que es la Almudena o Almudaina (diminutivo de ciudad), con su castillo, donde hoy está el Palacio de Oriente». Antes y cerca había sido el paleolítico. Crucemos la calle de Bailén. A la derecha, el Viaducto. Más lejos, el templo de San Francisco el Grande, y más allá, el Seminario; a la izquierda, la plaza de Oriente, Palacio.

Entre los palacios de Abrantes y Uceda, entramos en la calle Mayor. El de Uceda, del duque de Uceda, fue construido a principios del siglo XVII para casa solar de esta ilustre familia. Es obra del arquitecto madrileño Juan Gómez de Mora, discípulo de Herrera, el de El Escorial, y su continuador en las obras de la octava maravilla. Fue maestro mayor de Felipe III y autor de muchas construcciones en la Villa, entre otras la Encarnación y la reconstrucción de la Plaza Mayor. También desarrolló su actividad en las doctas e ilustres ciudades de Salamanca y Alcalá de Henares. Este palacio es una hermosa obra del último renacimiento herreriano con fuertes dosis barrocas. Sus fachadas están compuestas con clara y rítmica distribución de huecos. La posterior tiene la grandeza de otros edificios similares de Roma y la principal está concebida como si fueran dos palacios gemelos, con dos puertas y dos balcones principales, con cuatro huecos de separación entre ellas y otros cuatro a sus lados. Cinco escudos ornamentan sus fachadas. Si los grandes escudos son signo de la soberbia española, según Ortega y Gasset, no cabe duda que don Cristóbal Gómez de Sandoval, el duque constructor, se excedió en la magnificencia, suntuosidad y pompa de sus blasones. A mí, la heráldica me parece filatelia que nos trae mensajes de tiempos pretéritos. La concepción germinada del edificio pa-



rece presidir su destino desde que fue adquirido en 1717 por Felipe V para dependencias del Estado, estableciéndose en él siempre más de un servicio: al principio, los Consejos de Castilla y de Indias (de aquí lo de Palacio de los Consejos), y ahora, el Consejo de Estado y Capitanía General.

El edificio inmediato, creación del mismo duque de Uceda, es la iglesia del Sacramento y el convento de las Bernardas, en el que se conservaba un precioso «Cristo» de Velázquez, que pasó al Prado, como del madrileño convento de San Plácido salió el gran «Cristo», de fama universal, del gran sevillano madrileñizado, y de las Descalzas, «La Anunciación», maravilla angélica y pictórica del beato de Fiesoli, y cientos de obras con que conventos, palacios y coleccionistas de Madrid han nutrido nuestra primera pinacoteca.

En el templo del Sacramento, pinturas de los González, Velázquez y un cuadro de Gregorio Ferro. A doscientos años de las creaciones de este pintor gallego muchas gentes se preguntarán: «¿Quién es ese señor?» Yo remitiría a los curiosos a Goya para que le hicieran la misma pregunta. Y el genio de Fuendetodos pudiera contestar: «Cuando yo vine a Madrid por primera vez, en 1763, a un concurso convocado por la Real Academia de San Fernando, el premio se lo llevó Ferro, y yo, nada; cuando tres años después volví a Madrid a otra convocatoria de la docta corporación, los votos se los llevaron Ramón Bayeu, Ferro, y yo, nada; cuando en 1788 y en 1804 opté a la Dirección de Pintura y a la Dirección General de la Academia de San Fernando, respectivamente, las plazas se las llevó Gregorio Ferro». Si queréis ver más obras de este pintor, id a San Francisco el Grande, donde tiene una «Sagrada Familia», obra que, comparada con la de «San Bernardino de Siena», de Goya, allí conservada, mereció el mismo juicio de Floridablanca: «Eran, con las de Castillo, las menos malas de las presentadas para decorar esta iglesia».

Dejemos la crónica de los edificios y penetremos en la atmósfera, en el clima del barrio histórico, en la parte correspondiente a la derecha de la calle Mayor.

Vais a ver en los grabados calles, callejones y plazuelas que cons-



*Pasaje del Panecillo, entre la iglesia pontificia de San Miguel y el Arzobispado, con su portada y balcón barrocos, tan madrileños, tan entrañables*

tituyen la fisonomía viaria de esta parcela esencial de nuestra Villa. Calles en cuesta, con escalones, tortuosas. Algún día, con más espacio, hablaremos de la gracia y belleza de los desniveles de Madrid.

Hoy vamos a ocuparnos de la gran historia del barrio histórico. Comentando la aprobación de la ordenanza que ha de regular la con-

servación del barrio histórico, un cronista municipal incluía un inciso que decía: «Poca historia». En una reunión técnica municipal me informaron que un arquitecto dijo de él: «Vale poco». Tal vez uno y otro sufrieron la equivocación de confundir lo histórico con lo monumental. Sin reparar que la historia llena de contenido los obje-



tos y las cosas más humildes, los ámbitos más desolados. La más sublime se efectuó en dos montes inhóspitos: el Sinaí y el Gólgota. Un desierto, unos lagos cenagosos, pueden quedar incorporados al recuerdo universal e inscribirse para siempre en el gran libro, así el Alamein, así los lagos Masurianos. Un entrañable amigo me contaba que un día, visitando el Museo del Ejér-

cito con un hispanoamericano, le dijo, un poco al desgaire informativo: «Mira, la espada del Cid». Cuando el cicerone volvió la cara hacia su amigo observó que tenía las lágrimas a punto de desbordarse, presa de gran emoción. Aquel hispano ultramarino estaba dando una exquisita lección de sensibilidad. Aquel acero, en la vitrina, podía estar mejor o peor tallado o templa-

do, pero al saber su procedencia se le llenó de contenido y de mensajes. Se hizo vibración y se cuajó de presencias infinitas. Así, Machado, don Antonio, el de la profundidad sentimental, floreciendo en nobles versos, austeros y sencillos, pudo decir un día, en un autorretrato que pudieran firmar Velázquez o Rembrandt:

*«¿Soy clásico o romántico. No sé. Dejar quisiera mi verso, como deja el capitán su espada: famosa por la mano viril que la blandiera, no por el docto oficio del forjador pre-ciada.»*

Por su parte, don Eugenio d'Ors, que en los comprimidos de sus glosas encerraba pensamientos universales, que desde su atalaya en este barrio contempló y captó durante varias décadas el panorama intelectual del mundo, decía: «Lo histórico: mundo de los recuerdos. Lo artístico: mundo de las presencias».

Desligando conceptos que corrientemente se confunden y se involucren. Un gran monumento de deslumbrante belleza nos fascina por su presencia estética, pero puede no tener más historia que la de su construcción o, en todo caso, no es necesario que la conozcamos para que llene nuestro espíritu de emoción.

Por otra parte, los sitios más humildes, como antes hemos visto, pueden alcanzar la plenitud de la historia.

Así, nuestro barrio, que, sin carecer de presencias, está cuajado de recuerdos. Tantos que muy pocas poblaciones del mundo pueden parangonársele y muy pocas superarle, porque por este minúsculo ámbito (minúsculo en comparación con la actual cosmópolis) han circulado reyes universales, desde los católicos Isabel y Fernando a Carlos III, pasando por el emperador Carlos y su hijo Felipe II. Navegantes como el marqués de Santa Cruz y Colón, generales, reyes cautivos, y antes, los Alfonsos, Enriques, Sanchos, Fernandos y Juanes de Castilla. Batallas recogidas en la historia de aquí se preparan y dirigen universal. Por aquí, mensajeros y embajadores del universo mundo; desde aquí, y por siglos, se han mantenido tensas las riendas que gobernaban el mundo. Países Bajos, América, Asia, Oceanía, la totalidad



Antigua fachada de la Casa de Cisneros, con su sobrio plateresco y sus cajoneras de mampostas, tan del mudéjar de Castilla



de la península Ibérica, se han gobernado desde aquí.

También la historia universal del arte pasa por el meridiano de estas callejas. El Siglo de Oro, el gran teatro nacional, el barroco, el neoclasicismo, la novela picaresca, el romanticismo. el noventa y ocho. Claves fundamentales de la producción española: «El Quijote», «Las Meninas», «La familia de Carlos IV» palpitan, viven y vibran por estas callejuelas. Por aquí paseó Cervantes sus inquietudes juveniles, cuando iba camino del estudio de López de Hoyos, situado en este barrio; aquí, su primera emoción y su primer triunfo literario, cuando su maestro, López de Hoyos, incluye en su «Historia y relación del tránsito y exequias de la reina doña Isabel de Valois» un soneto de su amado discípulo, aquel que empieza «Aquí el valor de la española tierra», y cuatro redondillas castellanas a la muerte de su majestad. En este punto, el bueno de López de Hoyos amplía su efusión y le llama «caro y amado discípulo». En 1580, mercedarios de Madrid lo rescatan de Argel y hasta el ochenta y seis reside en la capital, donde escribe «La Numancia», «Los tratos de Argel», «La Galatea». Por estas calles pasearía la inquietud de la primera edición de la primera obra literaria de la hispanidad y una de las cumbres de las del mundo: «Don Quijote», que los tipógrafos de Juan de la Cuesta estaban componiendo en la calle de Atocha para dar a la luz universal la primera impresión del «Ingenioso hidalgo». ¡Cuántos capítulos de la segunda parte habrán sido concebidos por el desdichado Miguel por estas silentes calles, por estas recoletas plazas! Y cuántas pasaría por la librería de Francisco Robles, situada en la Puerta de Guadalajara, aquí mismo, a la vuelta de la esquina, para ver cómo iba la venta de su inmortal libro.

Toda su obra se imprime inicialmente en Madrid, en los talleres de Juan de la Cuesta y en los de la Viuda de Alonso Martín, y todas sus obras representadas se estrenan en teatros de la capital de España «sin ofrenda de pepinos». Este lanzamiento del genio hacia la inmortalidad lo reconoce el bravo Miguel en su «Viaje al Parnaso» cuando dice:



Rincón de la calle de Segovia, frecuentado de turistas y cercado de mesones de postín

*"Adiós, Madrid; adiós, tu Prado y fuentes que manan néctar y llueven ambrosia."*

Palabras con las que despegaba de la villa del oso y el madroño hacia los reinos de Apolo.

Por aquí, ese otro hito español, paralelo plástico de Cervantes, el sevillano Velázquez, que se sorbió el aire esencial de la meseta y lo cuajó en colores carpetanos, cuando desde su torre del Alcázar, contem-

plando el Guadarrama, condensaba su aire sutil, poblado de coloraciones y atmósfera, en obras inmortales. En sus treinta y cinco años de vida madrileña, ¡cuántas veces habrá paseado su inquietud creadora, pensando en los problemas de sus obras por estos sitios! Y, así, fueron naciendo al aire de Madrid todos sus lienzos cumbre, sus creaciones universales: «Las Meninas», «Las lanzas», «Los borrachos», «Las hilanderas», «San Antonio abad y





*Calle del Rollo, con escaleras que parecen descender a un puerto pesquero del Norte*

San Pablo ermitaño», la serie infinita de sus portentosos retratos, sus infantas y sus bufones. Aquí murió y en este barrio, en su plaza de Ramales; una columna, como un índice disparado al infinito, nos recuerda el lugar de su enterramiento.

Sigamos oteando cumbres ingentes, cimas señeras de la humanidad. Goya, el fabuloso españolazo de Fuendetodos. En sus cincuenta años de vecindad madrileña desenvuelve

la vorágine genial de su creación. Desde aquí sus fabulosas adivinaciones: el impresionismo, el realismo, el expresionismo, el romanticismo salían de su mente y de su sensibilidad por todas las rutas del mundo, iluminando caminos.

Don Francisco, el de los toros, se casó en este barrio, en la vieja parroquia de San Martín, y tuvo su hogar matrimonial en la calle del Reloj, donde le nació su primer hijo, porque los hijos de Goya,

los de la carne y los del espíritu, nacen aquí. Además de los inscritos en los libros parroquiales, nacen en nuestra Villa, y se inscriben en el gran libro de la cultura humana, «Los caprichos», «La condesa de Chinchón», «La familia de Carlos IV», «La comunión de San José de Calasanz», «Los fusilamientos», las pinturas de la Quinta del Sordo, las de San Antonio de la Florida y ese cuadrito titulado «La pradera de San Isidro», que, a decir del ilustre crítico francés Pierre Gassier, es «verdadera apoteosis de Madrid, de su pueblo, de su luz; esa fiesta de San Isidro sigue siendo, merced a los pinceles de Goya, el más hermoso ejemplo de "pintura clara" que pueda citarse cien años antes del impresionismo». Goya pinta a todo Madrid y al todo Madrid, que es decir a España entera, en cientos de retratos.

En este barrio nace Lope de Vega y muere Calderón de la Barca, dos nombres subrayados en la fecunda historia creadora del mundo.

Antes de ser Madrid capital de España, ya había sido corte de Castilla y de España en infinitas ocasiones y se habían reunido cortes en la villa diecisiete veces. Por estas calles había corrido la historia en abundancia. En 1125, Alfonso VII, **el Emperador**, concede a Madrid, para su agricultura y su ganadería, el Real del Manzanares; en 1202, Alfonso VIII le otorga fuero propio; en 1258, nos informa Lampérez, se reunieron aquí los obispos de León, impetrando limosnas para continuar las obras de su Catedral; en 1346, Alfonso XI crea el Ayuntamiento y nombra sus primeros regidores; en 1346, funda el mismo Rey una Escuela de Gramática para que «oviese en Madrid omes letrados y sabidotes»; en 1516, al morir Fernando **el Católico**, asientan su gobierno en Madrid los gobernadores del reino: Cardenal Cisneros y el deán de Lovaina, Adriano de Utrech. En el mismo año acuerdan en la madrileña casa de los Lasso de Castilla, situada en la plaza de la Paja, que Carlos V tiene el título de rey, juntamente con su madre, la reina Juana; en 1525, tras la batalla de Pavía, es trasladado a Madrid, prisionero, Francisco I de Francia.

Antes de ser capital, tenía nuestra villa, poblachón manchego, diez parroquias, tres monasterios, tres hospitales, dos palacios reales; tenía una aristocracia: los Lasso de



Castilla, los Vargas, los Lujanes, los Álvarez Gato, y una intelectualidad. Y por sus calles, por estas calles, pasaban grandes figuras de la literatura como Enrique de Villena traductor de «La Eneida» traductor de «La divina comedia», «personaje flotante entre la historia y la leyenda» le llama Menéndez Pelayo. Autor de «Arte Cisoria», tratado de la etiqueta en la mesa y de la buena cocina; autor también, entre otras muchas obras, de «Arte de trovar». Don Enrique murió en Madrid en 1434, y fue enterrado en la vieja iglesia de San Francisco. De la misma época es aquel caballero madrileño, gloria de las letras españolas, a quien llama Menéndez Pelayo el Plutarco español, cuya prosa es de las mejores del siglo XV, Fernán Pérez de Guzmán, sobrino del canciller Ayala, tío del marqués de Santillana, de cuya descendencia había de nacer Garcilaso de la Vega. Pérez de Guzmán es autor, entre otras obras, de «Mar de Historias», cuya tercera parte es la publicada con el título de «Generaciones y semblanzas», portentoso retablo de retratos de personajes de la corte de Juan II. En Fernán Pérez se da el caso, tal vez único en aquel tiempo, de un noble que se encastilla no para incordiar ni como signo de rebeldía contra su señor natural, sino para hacer literatura y perfeccionar su alma. Se recluyó, hasta el fin de su larga vida, en el castillo de Batres, que está situado en los confines de nuestra provincia, lindando con la de Toledo, castillo que, con los de Manzanares y Buitrago, propiedad del marqués de Santillana, en el que se guardaron los portentosos retratos del aristócrata poeta y de doña Catalina Suárez, su esposa, pintados por Jorge Inglés; tres castillos con honda tradición literaria. Por estas calles deambularon los poetas de la corte de Juan II, rey sin don de mando y de feble carácter, que supo rodearse de los mejores versificadores de su época y mantenía correspondencia con Leonardo Aretino. De su corte, que tan largas permanencias tuvo en Madrid, salieron muchos ilustres poetas. Entre ellos, Juan de Mena, que murió en Torrelaguna, patria chica de Cisneros, villa ilustre de nuestra provincia; el marqués de Santillana, que, como antes había hecho el Arcipreste de Hita, ciñó de perlas nuestra provincia, las sierras



*Templo del Sacramento, de las Bernardas. Vieja estampa castellana, repetida en Avila, en Alcalá de Henares... en Madrid*

carpetanas, con serranillas, como Y también aquella de:  
aquellas de:

*"Allá a la vegüla,  
a Mata el Espino,  
en esse camino,  
que va a Lozoyuela."*

O bien la que empieza:

*"Por todos estos pinares  
nin en Navagamella  
no vi serrana más bella  
que Menga de Manzanares."*

*"Madrugando en Robledillo."*

Don Iñigo López de Mendoza, nuestro marqués, organiza, cuando Madrid no era más que estas calles, una justa brillantísima, y antes, en 1419, don Alvaro de Luna, al que le nació un hijo en nuestra villa, fue herido en justas habidas en Madrid por un poeta de la corte de don Juan, que luego



aparece en la de Alfonso el Magnánimo de Nápoles.

Como vemos, nuestro barrio ya era histórico antes de la capitalidad. Nacen en él, además del singular prosista, autor de «Generaciones y semblanzas», del que dijo el marqués de Santillana, en su «Proemio e carta al Condestable de Portugal», que «Fernad Pérez de Guzman, mi tío, cavallero de toda buena doctrina, ha compuesto muchas cosas metrificadas». Es decir, que era poeta, y buen poeta. Otro caballero madrileño, Ruy González de Clavijo, muerto en 1402, embajador de Enrique III cerca del rey de los persas, al regreso a Castilla escribió la «Historia del Gran Tamberlán», en la que describe costumbres de los persas y de ciudades como Gaeta, Mesina, Rodas, Chio, Constantinopla, Teherán, Samarcanda, etc. En 1430 nace en los reales alcázares Juan Alvarez Gato, hijo del alcaide de la mansión real y el mejor poeta de Castilla del siglo XV, después de los Manriques, a decir de don Marcelino Menéndez Pelayo; en 1478 nace en este barrio Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de la «Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme de la mar Oceana». Autor también de «Quincuagenas de la nobleza de España», del «Libro de los linajes», etc. No es nuestro don Gonzalo historiador de boquilla ni carcoma de archivos, pues como soldado había estado en la toma de Granada, en las campañas de Italia, a las órdenes del Gran Capitán, y combatió en muchas campañas de Indias. Fue nombrado alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, en la isla Española; subgobernador de Darien y gobernador de Cartagena de Indias. Perfecta conjunción de hombre de letras y hombre de acción, de los que tan pródigo fue Madrid; en 1504 vino al mundo aquí Pedro de Heredia, fundador de Cartagena de Indias. Otro poeta militar es Hernando de Acuña, nacido en 1520, amigo de Garcilaso de la Vega, autor de poemas mitológicos, de traducciones y sonetos. Como militar, estuvo a las órdenes de Carlos V. Otro ilustre militar, nacido en 1530, dentro de nuestras murallas, fue don Carlos de Borja y Aragón, primogénito de San Francisco de Borja. Tuvo los cargos de capitán general de Portugal y pacificador de los estados de Génova.

En el mismo año que el general Borja, nace Eugenio Salazar, autor de unas famosísimas cartas satíricas. Fue oidor de San Salvador, Guatemala y Méjico, y también ministro del Consejo de Indias; en 1533 viene al mundo, a la vera de San Nicolás, esa iglesia que antes fue mezquita, con bellísima torre —minarete—, donde fue bautizado don Alonso de Ercilla, otro caballero poeta y hombre de acción. Fue paje de Felipe II, al que acompañó a Bruselas y a Londres, y, sobre todo, autor inmortal del gran poema épico «La Araucana», que para Voltaire «sus arengas no tienen par en la épica». También Ercilla construyó su poema con la espada y con la pluma, porque antes de concretarlo en octavas reales lo vivió en siete batallas campales y numerosos hechos de armas que, a las órdenes de Alderete, libró en Chile, solar de los valientes y esforzados araucanos. Fue gentilhombre y caballero de Santiago. Viajó por Europa y América; en 1559 nace aquí el historiador Luis Cabrera de Córdoba. También trajo al mundo pasaporte de madrileño el arquitecto Juan Bautista de Toledo, proyectista de El Escorial y director de sus obras hasta su muerte, acaecida en 1567. Juan Bautista de Toledo había trabajado en San Pedro de Roma.

Este barrio ha sido escenario para personajes de Lope, de Quevedo, de Tirso, de Calderón, de Moratín, de don Ramón de la Cruz, de Pérez Galdós, de Valle Inclán, de Baroja, de Pérez de Ayala, de Azorín, de Arniches, de Benavente, de Goya, de Bayeu, de Maella, de Lorenzo Tiépolo, de Miguel Angel Houasse, de Velázquez y de una serie infinita de pintores y dibujantes, etc.; de músicos y poetas, como Ventura de la Vega, Javier de Burgos, Chueca, Barbieri, Bretón, Chapí, Vives y un etcétera muy largo.

Don Eugenio d'Ors oía todas las mañanas desde su estancia en el Palacio de Revillagigedo las campanitas madrugadoras de las carboneras y el cascabeleo de las caballerías de los lecheros que entraban a primera hora en Madrid. Unamuno paseaba sus soledades por estas calles provincianas y entonces silentes; por aquí reconstruía Mañón, sobre el Texeira, la muerte alevosa de Escobedo. Las plazas recoletas del barrio oyeron los in-

genuos romances de rueda de nuestras madres, llenos de dulzura, con sus tonadas nostálgicas y sus letras ennoblecidas por labios infantiles:

*"Mambrú se fue a la guerra..."*

*"Tengo una muñeca vestida de azul..."*

*"¿Dónde vas Alfonso XII?..."*

Y, llenándolo todo, ese pueblo de Madrid, artesano y trabajador, inteligente, que fue hinchado de Lope y don Ramón de la Cruz, de Velázquez y Goya, que desfiló, admirativo y loader, ante el retrato ecuestre de Felipe IV, expuesto en este mismo barrio, cuadro que murió en el incendio de nuestro viejo Alcázar; este pueblo, que al aire libre, al aire de Madrid, aplaudía los autos de Calderón, tejía los tapices de Santa Bárbara, modelaba las porcelanas del Retiro o cincelaba los metales nobles en la Platería de Martínez, con alegría y naturalidad, porque esa alegre muchedumbre de los tapices de Goya, de Houasse, de Tiépolo, de Bayeu, etc., nunca hizo del trabajo «slogan», aunque sus trabajos fueran tan rudos como los de los chisperos o tan sutiles como el de los fabricantes de relojes, carrozas o muebles para los palacios reales.

Por las escaleras de la calle del Rollo y cruzando esa encantadora plazuela del Mesón de San Javier, cuajada de resonancias antiguas, volvemos a la calle del Sacramento y plaza del Cordón, avistando la portada plateresca de la Casa de Cisneros, y a la derecha, la casa blasonada de los Vargas, solar de este linaje, desde donde irradian su santidad San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza, su esposa; más al fondo, la basilica pontificia de San Miguel, con su gentil fachada vibrada, coronada de ángeles, y sede de la mayor concentración angélica de Madrid. ¡Buen ámbito para la angelografía de d'Ors! Cerca, a su espalda, la plaza del Conde de Miranda.

Por la angosta calle del Cordón entramos en la plaza de la Villa, centro de la política local, plazuela llena de encanto, de esas que la fina sensibilidad de Azorín o la tenue y profunda lírica de Antonio Machado captaron en las viejas ciudades castellanas. Sin la policromía acharolada de la epidemia automovilística, sería un rincón ideal para soñar y pensar sin que se rompiese el sueño, como decía Unamuno.



no, de este mundo provinciano, del que la plazuela es el centro. Una panorámica por sus paramentos, satura nuestro espíritu de llamadas nobles, de mensajes infinitos. Allí, la Hemeroteca, archivo de la crónica cotidiana, con fachada compuesta al modo mudéjar de Castilla, con su arco tumido prolongando la morería madrileña, y dentro, los platerescos sepulcros de Beatriz Galindo, **la Latina**, y de su esposo, Francisco Ramírez de Madrid, **el Artillero**, ancestral de los duques de Rivas, fundadores del Hospital de La Latina; la señorial escalera gótica, un patizuelo de humilde fuente y trepadoras, que es un tranquilizante en el centro de la cosmópolis; arriba, el despacho de don Ramón Mesonero Romanos, que, con morosidad y amor, fue escribiendo sobre su mesa la historia y costumbres de los madriles y sus madrileños, y en anaqueles infinitos, los venerables «incunables» de la noticia y el flasch periodístico de ahora mismo. Paredaña con la Hemeroteca, la casa solar de los Lujanes, con su sobria fachada y su blasonada portada de austero goticismo castellano, donde quiere la tradición que estuvo preso el rey de los franceses, Francisco I, y Lope, nacido en sus proximidades, en la Puerta de Guadalajara, decía que «vino al mundo pared por medio a donde el orgullo de Francia estuvo preso». Frente a la Casa de los Lujanes, la Casa de la Villa, edificada sobre planos de Gómez de Mora, el que construyó el Palacio de Uceda, como hemos visto. La casa fue emperifollada de dinámico barroco por Teodoro Ardemáns, arquitecto y pintor. El edificio lo serena Villanueva al construir la fachada a Mayor, ponderada de serenidad y equilibrio neoclásico. Rubrican el edificio, ungiéndolo de madrileñismo, tres airosos chapiteles. Acisclo Antonio Palomino, pintor que cierra el gran ciclo pictórico del XVII, fresquista notable, decorador de templos de Valencia, Granada, Salamanca, El Pualar, etc., que, como Vasari hizo en Italia, historió el arte español en su libro «Museo pictórico y escala óptica», pinta en nuestro Ayuntamiento los techos del salón de sesiones y las cúpulas, pechinas y paredes del actual despacho del alcalde. Colgadas de los muros de la Casa de la Villa, obras de Berruguete, Goya, Ricci, Mazo, Palmaroli, Daniel Vázquez



*Escalinata que desemboca en la plaza de la Cruz Verde, con su fuente clasicista y sus recuerdos de "La Santa"*

Díaz y algunos más. Dan prestancia a sus salones tibores de Sévres y del Retiro, lámparas de La Granja, cerámica morisco-valenciana. Una joya aparte de la casa es la custodia del siglo XVI, labrada por Francisco Alvarez, «platero de la Reyna nuestra señora», como firma algún documento, y en un acuerdo municipal se dice «que se tiene noticia, y es cierto, que en el arte es de los mejores plateros de estos

reynos y el que mejor cumplirá». La custodia es, como no podía por menos a esas alturas del Renacimiento, plateresca, con asomos barrocos. Pesa veintisiete kilos seiscientos gramos y vale más que su peso en oro. Su altura es de dos varas y media.

El patio de cristales, que es la rebotica de la política local, está cubierto por una cristalería moderna, pero notable, y ornado por unos



bustos de notables madrileños, hechos piedra de inmortalidad. Pudíramos decir de ellos que son todos los que están, pero que no están todos los que son. Aun reduciéndose a doce, que son los efigiados, llegamos a la conclusión de que la selección no fue del todo acertada. Por vía de ejemplo pondremos a Francisco Ricci, que teniendo un hermano mayor que él, también madrileño y mucho mejor pintor que él, éste ha sido omitido. Nos referimos a Juan Ricci, con obras en museos y monasterios, autor del libro «Tratado de la pintura sabia», con infinitad de láminas de su mano de geometría, perspectiva, órdenes arquitectónicas, anatomía, etc.

Al fondo de la plaza, el palacio renacentista llamado Casa de Cisneros, actualmente ocupado por servicios municipales, construido en 1537 por un sobrino del Gran Cardenal. En ella (nos informa Marañón en su «Antonio Pérez») estuvo preso este personaje, y de ella huyó para escribir libelos difamatorios contra España, base, en parte, de la leyenda negra. En ella vivieron los condes de Arcos y Oñate, generales Narváez y Polavieja; en ella nació y vivió el conde de Romanones. Tiene un bello patio en que se conjuga el gótico de sus huecos con el renacimiento, el mudéjar castellano, ese que vemos en algunos cuadros de Yáñez de la Almedina; toda esa encrucijada de estilos del período de los Reyes Católicos. Su

salón principal, «cuyas paredes adornan ricos tapices flamencos», como diría el duque de Rivas, se cubre de un sobrio y noble artesonado de los varios que conserva la casa. Esta casa, como sabéis, fue reconstruida en parte, y atinadísimo, por cierto, por don Luis Bellido. Enfrente está el Palacio de Revillagigedo. En él tenía montada su atalaya don Eugenio d'Ors para captar y decantar, en su castellano exacto y expresivo, el acontecer mundial de la vida de la cultura, sutilizándolo en su «Novísimo glosario».

Por una escalera de mármol, alfombrada, con zócalo de azulejos de Talavera, salimos al original patio de la casa y a la plaza de la Villa; a la izquierda, el puente que une los dos edificios municipales, y cruza la calle Madrid, tan mínima e insignificante que no tiene puerta alguna. En el centro, la estatua de don Alvaro de Bazán, vencedor en todos los mares, navegando ahora por este corazón del viejo Madrid, tantas veces cruzado por él. A la sombra de su gloria militar y marinera, que también estuvo en la «más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros», donde «el fiero turco en Lepanto tuvieron de verles espanto», es bueno pararnos un rato para resumir nuestro deambular por este modesto y glorioso barrio.

Hemos hablado de «Don Quijote», nacido a la admiración univer-

sal en una imprenta de Madrid, y gestada y parida su segunda parte en nuestra villa; hemos citado «Las Meninas», que vieron su luz en este ámbito, y dieron la luz, la atmósfera y el primer impresionismo a la pintura del mundo; hemos visto cómo el coloso de Fuendetodos lanzó desde las orillas del Manzanares sus mensajes de «La Quinta del Sordo», de «San Antonio de la Florida», de «Los fusilamientos»; el expresionismo, el impresionismo, el romanticismo se anticipan y alborazan en esas obras de su genio; Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Moreto, Ruiz de Alarcón, Francisco Rojas, Guillén de Castro, Moratín, don Ramón de la Cruz, fundamentan y llevan el teatro nacional a sus máximas cotas.

¡Ay de los que no tengan los ojos del espíritu bien abiertos para sorber por este barrio toda la trascendencia de esos monumentos del alma hispana erigidos en Madrid, más recios, sobresalientes, perdurables y representativos en la historia de la cultura que todos los elevados en piedra! ¡Ay de los que no se sobrecojan de respeto entre sus paramentos y mamposterías, cuajados de historia, de noble y alta historia!

A la vera del pedestal de «Don Alvaro» nos despedimos de este primer tranco de nuestro itinerario. El segundo lo haremos, Dios mediante, a partir de aquí.





*Fachada del Teatro Español.*

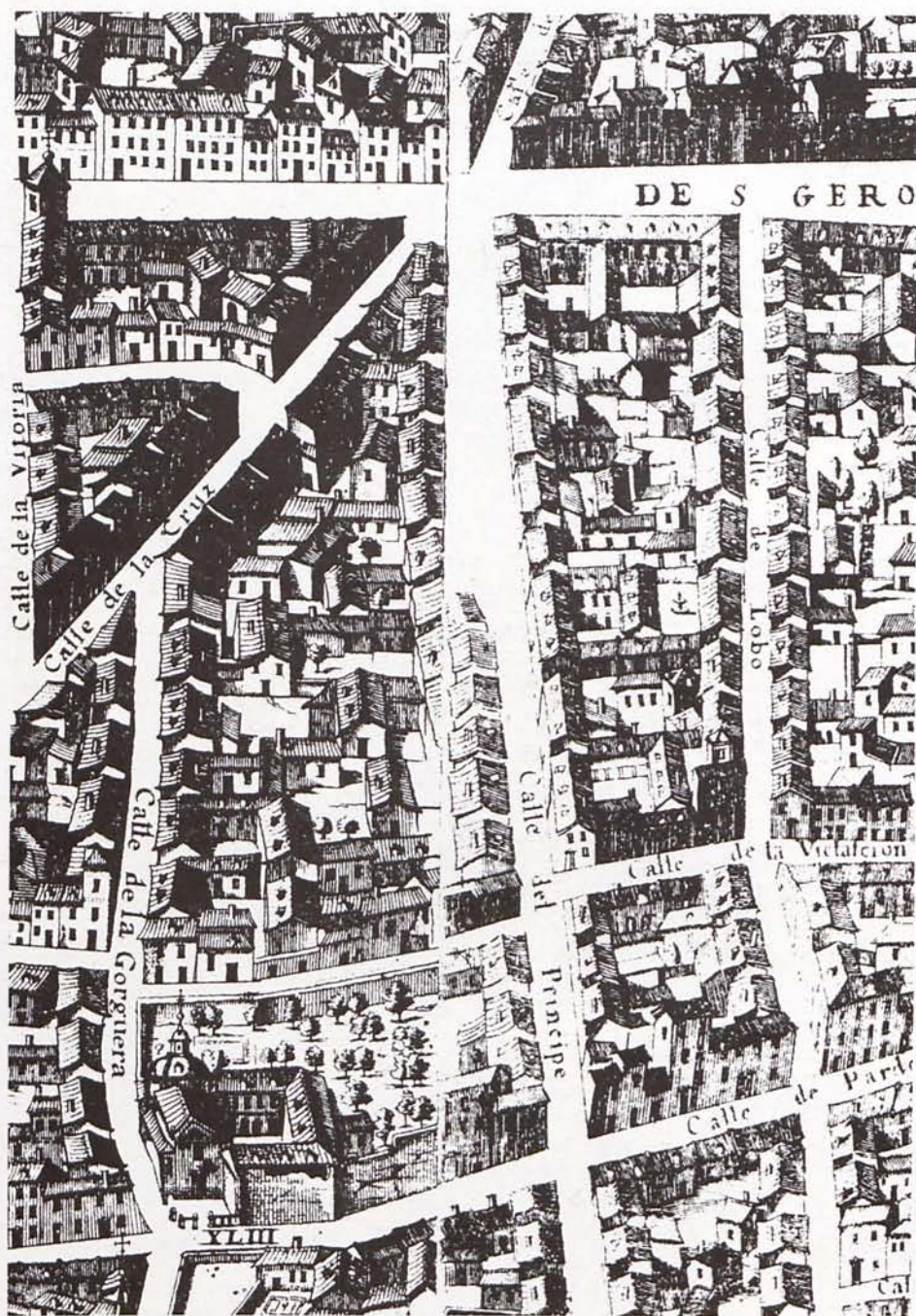
# DEL ANTIGUO CORRAL DE LA PACHECA AL MODERNO TEATRO ESPAÑOL

Por José LEAL FUERTES

## EL AMBIENTE TEATRAL EN EL MADRID DE LOS AUSTRIAS

EL año 1561 marca un momento decisivo en la historia de Madrid; en él, la Corte se traslada a la pequeña villa del Manzanares que, por esta circunstancia, se convierte en capital de un dilatado Imperio. El Madrid medieval, reduci-





Reproducción de la topografía de Madrid, de Texeira, correspondiente a la zona donde estaba el antiguo Corral de la Pacheca. Enfrente puede verse el Convento de las Carmelitas descalzas, en el lugar que hoy ocupa la plaza de Santa Ana

da aldea, cuyo caserío se agrupaba bajo la protección del castillo famoso «que al rey moro alivia el miedo», es ahora Villa y Corte de la monarquía de los Austria. Los antiguos castellanos se transforman en cortesanos porque, como dice Unamuno, talado el madroño en que se apoyaba el oso heráldico, «el castillo se hizo palacio».

Surge entonces un nuevo ambiente; a la recién estrenada capital llegan pretendientes e intrigantes, pero lo que quizá caracteriza me-

jor el nuevo modo de vida es la literatura y, dentro de ella, el teatro. En Madrid viven los grandes ingenios; poetas, pintores, dramaturgos buscan aquí la gloria. Es, precisamente, este clima literario el que vivifica aquella naciente vida cortesana. Podría hablarse, como hace Gerardo Diego, de un verdadero Parnaso madrileño, porque ¿quién no es poeta en el Madrid de los Austria? «El letrado y el lacayo, la cortesana y la monja, el alferez y el menestral y hasta la mismísima

majestad, que mal disimula su ingenio en letrillas y comedias de transparente seudónimo.» Pero, centrando el tema en la actividad teatral, lo cierto es que en la segunda mitad del siglo XVI aparecen los primeros corrales madrileños. Así se llamaban los locales dedicados a las representaciones teatrales, propiedad todos ellos de instituciones religiosas que, de esta suerte, trataban de cumplir un fin benéfico.

Aunque, al final de su reinado, Felipe II ordenó cerrar los corrales, su sucesor, el piadoso Felipe III, después de asentar definitivamente la Corte en Madrid, permitió de nuevo que estos primitivos teatros reanudasen sus actividades, accediendo seguramente a peticiones de asilos y hospitales que, en aquellas fechas, estaban a cargo de diversos conventos radicados en la Corte. La vida teatral de aquel lejano Madrid era elemental y rudimentaria hasta el punto de que algunos corrales no pudieron subsistir, como el establecido en la calle del Sol y los dos que tuvieron su sede en la calle del Lobo (actualmente Echegaray). Sólo dos teatros tuvieron vida próspera y actividad prolongada: el corral de la Cruz, fundado en 1579, y el denominado «de la Pacheca», situado en la calle del Príncipe. Pero salvadas las primeras dificultades, la escena se anima y Madrid se convierte en verdadera capital del arte dramático, carácter mantenido a través del tiempo, que conserva en el momento actual. Se ha dicho en más de una ocasión que todo Madrid es teatro y, en efecto, la ciudad reflejada en la topografía de Texeira sirve de escenario a las más brillantes creaciones de las comedias de capa y espada. Baste recordar, por ejemplo, «La moza del cántaro», «El acero de Madrid» y «Las bazarías de Belisa», de Lope; «Don Gil de las calzas verdes», de Tirso de Molina, o «Mañanas de abril y mayo», de Calderón.

## EL CORRAL DE LA PACHECA

El nombre de *Corral de la Pacheca* se debe al hecho de pertenecer el inmueble donde estaba instalado a Isabel Pacheco. Adquirida la casa por las Cofradías de la Sagrada Pasión y de la Soledad, se unió a la misma la del doctor Alava, médico de Felipe II, comenzándose las obras de edificación del nuevo co-







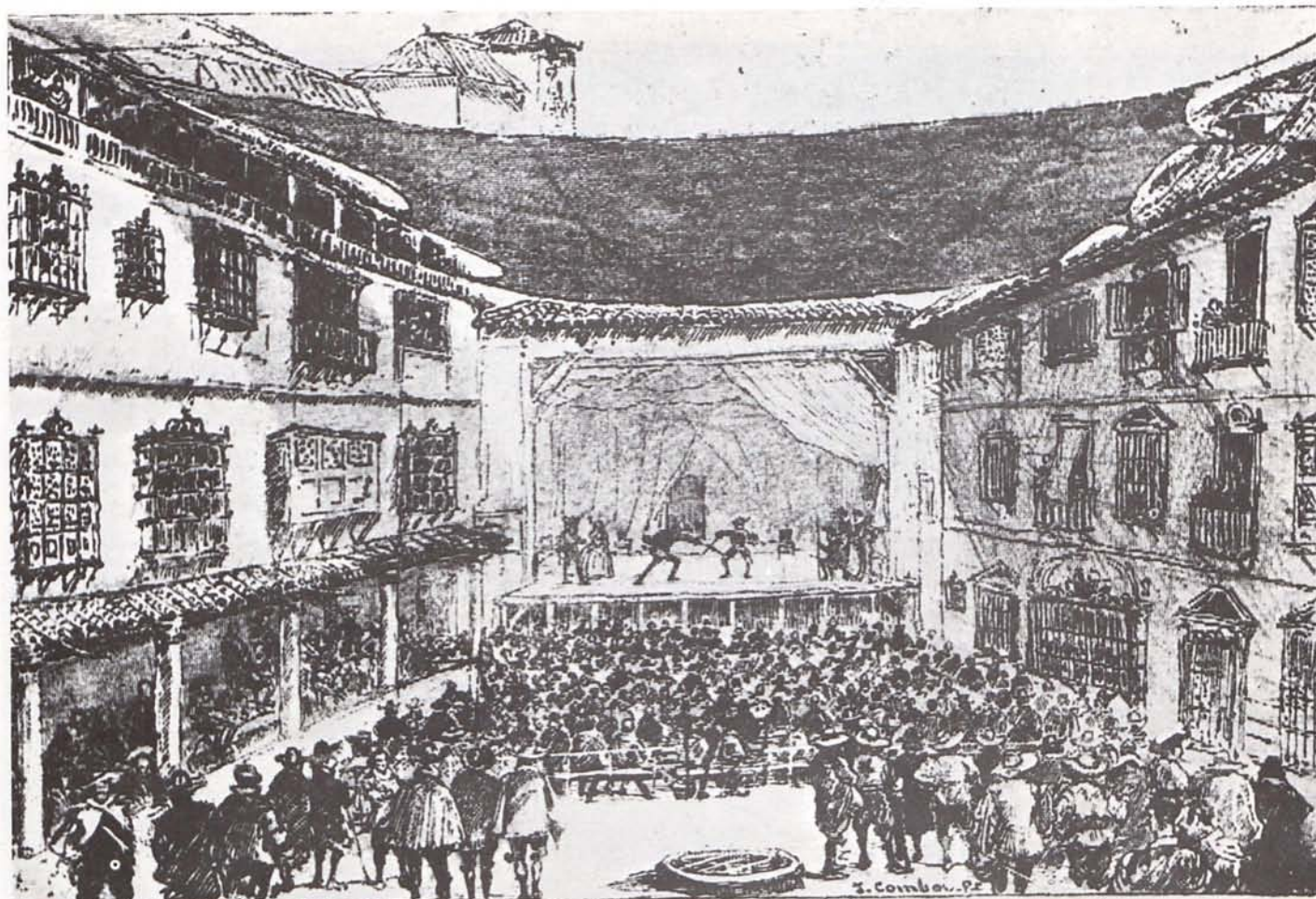


FIGURA DEL THEATRO ANTIGVO DEL PRINCIPE Año de 1660.

Grabado de Comba sobre el Corral de la Pacheca. Reconstrucción de una representación.

rral el 7 de mayo de 1582. La construcción corrió a cargo de las citadas cofradías —dos terceras partes a la de la Pasión y el tercio restante a la de la Soledad—. Sin estar completamente concluidas las obras, se inauguró el nuevo local el 21 de septiembre de 1582. Por una Real provisión de 1 de abril de 1615 pasó el coliseo a ser propiedad de las Sisas, es decir, de la Villa.

Para hacerse una idea de lo que era este corral de la calle del Príncipe, podemos acudir a diversos testimonios, desde Mesonero Romanos a Vossler, sin olvidar a Sepúlveda. Además del tablado o escenario y de las habitaciones interiores destinadas a vestuarios, en la parte dedicada al público había que distinguir el patio rectangular y descubierto, formado por los muros de las casas de vecindad, que era ocupado por los hombres, y el corredor, llamado más tarde «cazuela», localidad femenina, constituida por una galería independiente, con entrada propia y privativa. Cumplían la función de los actuales palcos

los balcones o huecos existentes en los muros laterales, pertenecientes a aposentos, desde los cuales podían presenciar la representación, sin ser vistos, los espectadores distinguidos. Por último, detrás del patio, existían unas localidades escalonadas en forma de anfiteatro, reservadas, como la sala o patio, al público masculino.

Las funciones se daban por la tarde y terminaban un poco antes de la puesta del sol. La temporada, llamémosla así, ofrecía una cierta regularidad, aunque no todos los días del año se daban representaciones. El público masculino aguantaba a pie firme en el patio. Esta multitud estaba compuesta principalmente por soldados y elementos diversos, a los que se conocía con el apelativo de **gente del bronce**, integrados en su mayoría por mosqueteros, «provistos de toda clase de carracas, cascabeles y pitos con que manifestaban su eventual desaprobación. No menos apasionadamente expresaban su entusiasmo si la cosa iba bien».

La escenografía, reducida a unos

desteñidos telones toscamente pintados, era tan primaria y elemental que los palacios, calles, bosques y demás lugares representados eran sugeridos por la imaginación del espectador, basándose en las descripciones del diálogo. La evocación hecha por Sepúlveda en su interesante obra sobre este tema, refleja con evidente verismo la somera tramoya. «El sol era figurado por una docena de faroles de papel con su sebo correspondiente; los truenos, por un costal de piedras, que se removía de un extremo a otro, debajo de las tablas, y cuando en la escena se invocaba a los demonios subían éstos muy tranquilamente por las escaleras de los escotillones o agujeros abiertos en el tablado. El público toleraba que en el artificio de las decoraciones se pasara súbitamente desde la selva al palacio o desde la gruta al castillo, sin moverse del lugar ni cambiar los cachivaches del teatro. Bastaba que el recitante se ocultara un segundo tras uno de los colgajos que servían de telones y que volviese a





*Sala del Teatro Español, viéndose el escenario.*

presentarse diciendo: ¡Ya estamos en el palacio! El espectador aceptaba la ilusión del cambio, y aunque al poco rato volviera a decir el mismo recitante: ¡Ya estamos en el castillo, o en la iglesia, o en la gruta...!, la mosquetería no chistaba. Así era aquel lejano Corral de la Pacheca, enclavado en un barrio propicio a las musas. Muy cerca del teatro estaban las casas donde vivieron los dos mayores ingenios de aquella época, Cervantes y Lope de Vega. Más próximo aún, en la confluencia de la calle del León con la del Prado, se hallaba el «Mentidero de Representantes», frecuentado, como indica su nombre, por poetas y cómicos. El ilustre tablado conoció los éxitos de insignes representantes. Recordemos los nombres de Jerónimo Velázquez, padre de la famosa Elena Osorio, primer amor del Fénix; Baltasar de Pinedo, Juan Rana, especializado en papeles de gracioso; Nicolás Salcedo, cuya hi-

ja, Lucía, llamada «la loca» por Lope de Vega, destacó tanto por sus dotes de actriz como por su belleza; Antonio de Riquelme, María Candaño, Jerónima de Burgos, casada con Pedro Valdés, también representante; María Calderón, «la Calderona», que después de sus amores reales acabó su vida en un convento, etc.

#### **EL TEATRO DEL PRINCIPE**

Durante buena parte del siglo XVIII continuaron las representaciones en el antiguo Corral, hasta que en 1745 se edificó sobre su solar, notablemente ampliado —11.594 pies—, el teatro que se llamó del Príncipe, al cual se anexionaron en 1792 dos casas, una en la calle del Lobo y otra con fachada a la calle del Príncipe. Precisamente en este año de 1792 hay que registrar una fecha memorable: el 7 de febrero se estrena «La comedia nueva o el café», de Moratín, obra con la que el au-

tor pretendía ofrecer una pintura fiel del estado del teatro en aquella época, ridiculizando a todos los escritores que abastecen nuestra escena con «comedias desatinadas, sainetes groseros y tonadillas necias y escandalosas». La comedia nueva, interpretada por Manuel García Parrá, Mariano Querol, Polonia Rachel, Félix Cubas y otros notables artistas, marcó un momento decisivo en nuestra literatura dramática. Bastantes años después, en pleno triunfo del Romanticismo, Larra recordaba el teatro de Moratín y resaltaba su perenne actualidad con motivo de la reposición en el escenario de la calle del Príncipe de «El sí de las niñas», que a principios del siglo XIX había sido estrenada en el teatro de la Cruz.

No faltaron accidentes en nuestro venerable teatro. En 1802 un incendio destruyó el edificio, que fue reedificado bajo la dirección del famoso arquitecto Juan de Villanue-





va, abriéndose de nuevo al público, en 1807. Es la época del inmortal actor Isidoro Maíquez. En esta nueva etapa se desarrollaba la actividad teatral con la misma pobreza de medios que en los siglos anteriores. A esta vida precaria alude Larra al quejarse de las cargas espantosas que sobre los infelices teatros gravitaban. En un interesante artículo alude este escritor al reglamento de teatros, propuesto por el Ayuntamiento de Madrid, en el que se pretende la extinción de dichas cargas, causa de que los actores estén mal pagados y de que la decoración sea «ridícula y mal servida, el vestuario impropio e indecente, el alumbrado escaso, la música pobre y el baile pésimo». Los decorados utilizados en una obra se aprovechaban para otra, aunque resultasen anacrónicos. Por eso no puede extrañar que al realizar la crítica de «La conjuración de Venecia», estrenada el 22 de abril de 1834, Larra exclamara: «¡Cinco decorados en un día!», ex-

presando así su admiración por un hecho tan desusado que incluso le hace olvidar los posibles defectos, susceptibles de corrección, porque a pesar de ellos «no se ha visto nada mejor en Madrid».

Con considerable retraso, cuando ya había triunfado en otros países europeos, llega a nuestra patria el Romanticismo, y con él se abre uno de los períodos de mayor esplendor para el teatro del Príncipe. La nueva corriente literaria tuvo su sede en «el más destartado, sombrío y solitario» de los cafés entonces existentes en la capital, situado en la planta baja de la casa contigua al teatro: El Parnasillo. La descripción de Mesonero Romanos permite hoy evocar este histórico local. Una docena de mesas «de pintado pino», con unas cuantas sillas de Vitoria, formaban su principal mobiliario; el resto lo completaban una lámpara de candilones, pendiente del techo y en las paredes varios quinqués. En el fondo, aprovechando el

hueco de una escalera, un mezuquino aparador y, a su lado, dos mesas más «con su correspondiente dotación de sillas vitorianas». En esta sala establecieron su tertulia los «alumnos del Apolo». Allí alzaron su voz Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura, Larra, Bretón de los Herreros, Gil Zárate, Hartzenbusch, Zorrilla, Roca de Togores, Madrazo, Villaamil, Esquivel y otros varios poetas, dramaturgos, pintores, arquitectos y periodistas, agrupados alrededor de la mesa que pudiera llamarse presidencial, en la que Grimaldi, director en aquellas fechas del teatro del Príncipe, «disertaba con gran inteligencia sobre el arte dramático y la poesía».

El 22 de marzo de 1835 gana el Romanticismo su primera baza en el teatro del Príncipe con el estreno de «Don Alvaro o la fuerza del sino», del duque de Rivas. Pero el verdadero acontecimiento teatral se registra en la noche del 1 de marzo de 1836, al estrenarse «El trovador»,





*El alcalde de Madrid, señor García Lomas, en un momento de su inspección a las obras realizadas.*

de García Gutiérrez, autor hasta aquel momento desconocido. El entusiasmo del público fue tal que, reclamado por los aplausos, por primera vez, salió al escenario el autor a recibir la ovación del público, en unión de los protagonistas de la obra, Carlos Latorre y Concepción Rodríguez. El tercer gran éxito tiene lugar el 28 de enero de 1837 con «Los amantes de Teruel», de Hartzenbusch, que con «Don Alvaro» y «El trovador» forma la trilogía de la dramaturgia romántica en España. Otras fechas memorables con las que se cierra esta época son los estrenos de «El zapatero y el rey», de Zorrilla, el 14 de marzo de 1840, y «Don Francisco de Quevedo», de Eulogio Florentino Sanz, el 14 de febrero de 1848.

#### **POR FIN, «TEATRO ESPAÑOL»**

En 1849 se llevan a cabo obras de reforma y restauración en el coliseo de la calle del Príncipe, y al reanudarse las representaciones, el conde San Luis le dio el nombre de **Teatro Español**, que todavía conserva, viniendo a confirmarse así su rango de primer teatro de España. El repertorio se integra con los clásicos —Lope, Tirso, Calderón, Ruiz de Alarcón, Moreto, etc.—, sin olvidar los nuevos valores de aquel momento, que, por cierto, no aportaron en la mayoría de los casos nota

alguna de verdadera autenticidad. Con esta corriente neorromántica alterna la comedia de tesis, sin que falten las traducciones, no siempre justificadas, lo mismo que ocurre hoy.

Un nuevo paréntesis en las actuaciones se abre en 1887, al declararse ruinoso el edificio. Sin embargo, no se llegó a la demolición, verificándose una importante obra de consolidación y, al propio tiempo, de modernización en la sala, servicios y escenario, que permitió abrir el remozado teatro en 1895. Las reformas posteriores han respetado, en líneas generales, la estructura del histórico coliseo.

Algunos acontecimientos merecen reseñarse en esta etapa iniciada en 1849. Constituye un éxito resonante el estreno, el 4 de mayo de 1867, de «Un drama nuevo», de Tamayo y Baus, obra que, tanto por su tema como por su tratamiento, puede considerarse como una anticipación en nuestra literatura dramática. «Consuelo», de López de Ayala, estrenada el 30 de marzo de 1878, alcanza igualmente el unánime aplauso del público. Por estos años, irrumpe en la escena del Español, Echegaray, con sus dramones muy del gusto del auditorio finisecular; sus mayores éxitos fueron «O locura o santidad» (22 de enero de 1877), «En el seno de la muerte» (12 de abril de 1879) y «Mancha que limpia» (9 de febrero de 1895).

En esta época, final del siglo XIX, comienza a hacer sus apariciones anuales, durante el mes de noviembre, «Don Juan Tenorio», el inmortal drama de Zorrilla, cita a la que, por cierto, ha dejado de acudir en alguno de los últimos años.

Un éxito portentoso fue el alcanzado por «Electra», de Galdós, la noche del 30 de enero de 1901. Al final de la representación, el telón se alzó dieciséis veces, el autor saludó desde el escenario y en la plaza de Santa Ana se formó una manifestación que acompañó a don Benito hasta su casa. Visto a través del tiempo resulta hoy desmesurado el éxito si se tiene en cuenta la calidad de la obra que no es la mejor, ni mucho menos, de la producción dramática de Galdós. Nuevamente volvió éste a conseguir el asenso del público con «El Abuelo», estrenada en 14 de febrero de 1904.

Notables actores brillaron en la escena del Español. Recordemos a Carlos Latorre, Antonio Guzmán, Julián Romea, José Valero, Joaquín Baus, Concepción Rodríguez, José Lombía, Matilde Díez, Teodora y Bárbara Lamadrid, Elisa Boldún, etcétera. Al final del siglo surge la rivalidad entre Rafael Calvo y Antonio Vico; es la época de los dualismos —Cánovas y Sagasta, Lagartijo y Frascuelo—. En ella, el **Saloncillo** del teatro se convierte en un verdadero club o, mejor aún, una sala donde los actores y autores departen con sus amigos en los entre actos. Después otras figuras sustituyen a las anteriores: Emilio Mario, María Guerrero y Fernando Díez de Mendoza, Emilio Thuiller, Carmen Cobena, Rosario Pino, Francisco Morano, Ricardo Calvo, Enrique Borrás, Margarita Xirgu...

En esta reseña histórica llegamos al momento actual. Las figuras de Benavente, Marquina, los Álvarez Quintero, Pemán y otros, sin olvidar interesantes obras del moderno teatro extranjero, llenan en este escenario el primer tercio del siglo actual. En 1934 aparece un nuevo valor: Alejandro Casona, que con «La sirena varada» había sido distinguido con el premio «Lope de Vega», creado por el Ayuntamiento de Madrid; la obra obtuvo éxito unánime de público y crítica. Finalizando el mismo año se estrena, igualmente con enorme éxito, no exento de polémica, «Yerma», de García Lorca.



## EL MOMENTO ACTUAL

A partir de 1939, la explotación del teatro Español no la realiza directamente el Ayuntamiento, cediéndose primero esta función a la Subsecretaría de Educación Popular y, más tarde, extinguido dicho organismo, es el Ministerio de Información y Turismo quien asume la responsabilidad de la programación, integrándose el histórico coliseo en el cuadro de los teatros nacionales.

Conforme al convenio vigente, está a cargo del Ministerio todo lo concerniente a conservación del escenario, camerinos, dependencias internas, enseres, decoraciones, vestuario y guardarropía. El Ayuntamiento cuida de la sala, vestíbulo, fachada, es decir, de la parte externa, la dedicada al público.

En el orden artístico, la actividad desarrollada en estos últimos años se ha mantenido fiel a la función cultural asignada. Prestigiosos directores, decoradores y figurinistas y un selecto cuadro de actrices y actores han mantenido un elevado nivel artístico en los diversos espectáculos que han figurado en la cartelera del Español.

No quisiéramos concluir estas notas sin referirnos a dos hechos de significativa importancia: el Premio «Lope de Vega» y el Teatro Municipal Infantil.

El «Lope», que ya en 1934 había dado actualidad a Casona, ha servido para revelar en 1948 al más prestigioso de nuestros dramaturgos, Antonio Buero Vallejo con su «Historia de una escalera», obra que, como decíamos en otra ocasión, por su desarrollo, suponía una atrevida innovación y una innegable inquietud, que se ha repetido en la producción posterior de este famoso autor.

Aunque el «Lope de Vega» no haya vuelto a alcanzar tan elevada cota, no sería justo silenciar algunas obras que han obtenido este galardón. Citemos «Murió hace quince años», de Giménez Arnán (1952), «Te espero ayer», de Pombo, Angulo (1968), «Proceso de un régimen»,

de Luis Emilio Calvo Sotelo (1970) y «Tal vez un prodigio», de Rodolfo Hernández (1971).

Además de los premios, otros autores merecen ser recordados por sus éxitos en el Español. Refiriéndonos sólo a dramaturgos nacionales citemos «Baile en Capitanía», de Agustín de Foxá; «Celos del aire», de López Rubio, etc. El propio Buero vuelve a triunfar categóricamente con «Un soñador para un pueblo» y «Las meninas».

El Teatro Municipal Infantil ha comenzado a funcionar en mayo de 1967, bajo la acertada dirección de Antonio Guirau. Se han puesto en escena obras de esta especialidad como «Pluft el fantasma», una escenificación de «David Copperfield», «El infante Arnaldos», de Juan Antonio Cástro; «El hombre de las cien manos», de Luis Matilla; «El juglarón», sobre textos de León Felipe; «El viaje de Pedro el Afortunado», de Strindberg, etc. Siempre al servicio del niño, se ha procurado, según declara el promotor de este espectáculo, Antonio Aparisi, ofrecerle «a través de unos textos y unos montajes apropiados, una serie de sugerencias», ampliando también su campo cultural y artístico, sin perjuicio de inspirar «al mismo tiempo a educadores y especialistas, temas y actividades que complementen y ayuden a su labor de alguna manera».

## ULTIMAS OBRAS DE RENOVACION

Era una tarea imprescindible y urgente proceder a una modernización del escenario, procurándose una mayor seguridad con un máximo de eficacia que facilitará el montaje de grandes espectáculos. El Ministerio de Información y Turismo ha realizado, con positivo acierto, esta obra, así como la relativa a renovación y acondicionamiento de camerinos y dependencias interiores, también de todo punto necesaria.

Del mismo modo, era aconsejable la reparación a fondo de la sala.

Esta obra, verificada por el Ayuntamiento, comprende, en líneas generales, lo siguiente: restauración de las butacas de patio, delicado trabajo, en el que se ha preferido conservar el mobiliario antiguo, de innegable valor, con nueva tapicería, pintura y decoración, procediéndose incluso a renovar el pavimento. Se ha dado estructura más íntima a los palcos, dotándoles de nuevas sillas «Luis XVI», de haya lacada, con motivos de talla dorados, tapizadas en terciopelo rojo igual al de las butacas. A tono con todo ello, se han confeccionado cortinas para el vestíbulo, puertas y palcos. En la restauración ha sido estimable en alto grado la colaboración prestada por la Fundación del Generalísimo, que ha realizado una difícil obra de verdadera calidad artística.

La fachada del teatro fue revocada hace unos tres años. Ahora se ha colocado en ella un sexto medallón dedicado a Benavente, que viene a unirse a los que ya lucían con los nombres de Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Lope de Vega, Calderón de la Barca y Lope de Rueda. Con ello se rinde justo homenaje al insigne dramaturgo, premio Nobel, que ya goza de un destacado lugar en la historia de nuestra literatura dramática.

¿Qué podremos decir del porvenir de nuestro primer teatro? Si pensamos en el antiguo Corral de la Pacheca, con sus incómodas localidades y sus «imaginarios» decorados, el actual teatro Español, heredero de una brillante historia, está a la altura de las mejores realizaciones en su género. Se proyecta dotar a la sala de una instalación de aire acondicionado, que permitirá, durante los meses veraniegos, realizar espectáculos sin los inconvenientes de la utilización de espacios al aire libre. Recientes representaciones, como el «Marat-Sade», de Peter Weis, en la versión de Marsillach, hacen pensar que la moderna tramoya ha hecho posible lo que en otros tiempos parecía un sueño.

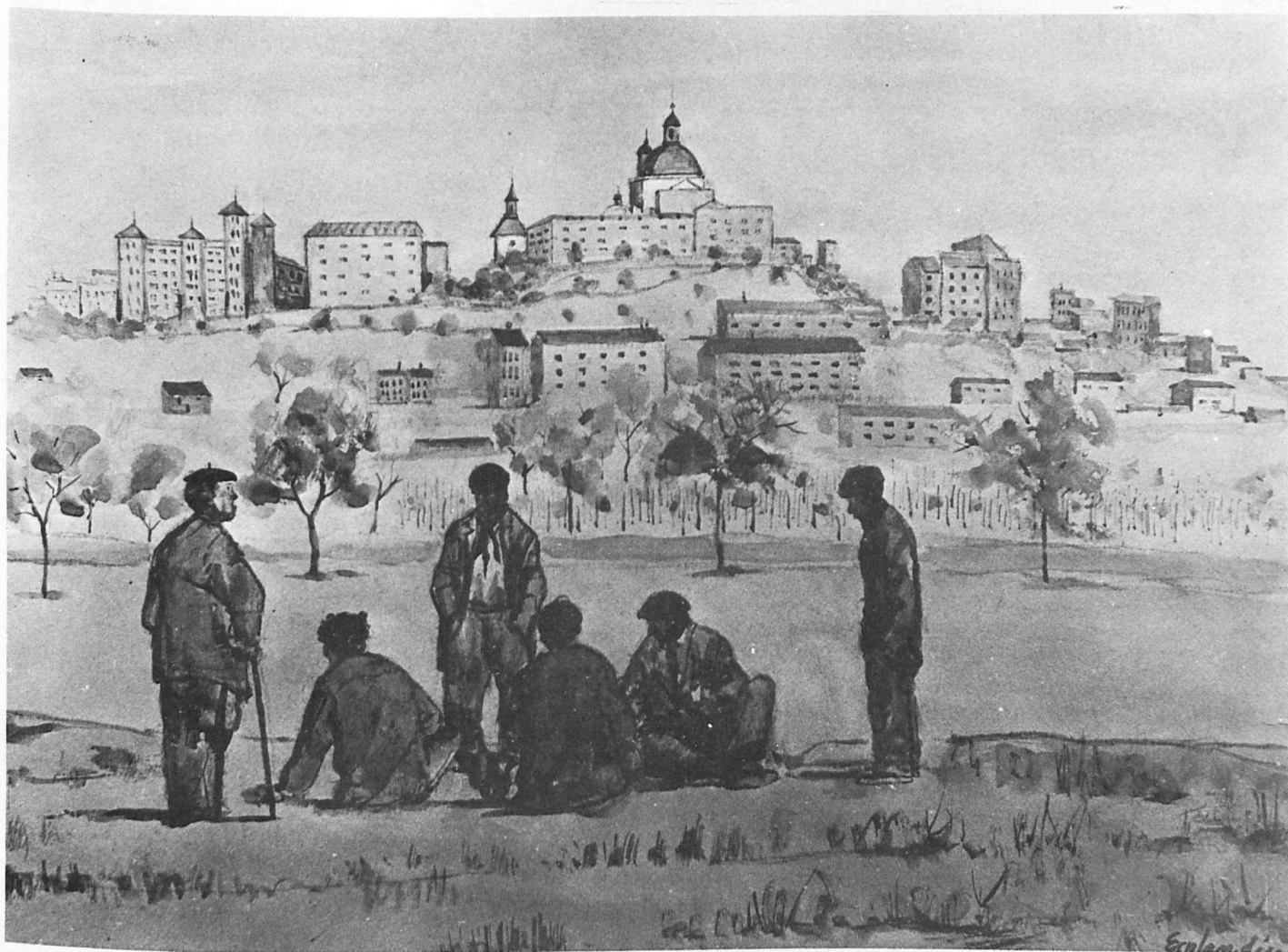
J. L. F.



Los grandes artistas madrileños

# JUAN ESPLANDIU PEÑA

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES



Desde la orilla derecha del Manzanares, frente los religiosísimos edificios de San Francisco el Grande (a la derecha) y del Seminario Conciliar de San Dámaso, a la izquierda, unos castizos madrileños "paraos" dos veces: por falta de trabajo y por voluntaria quietud, toman el sol...

**H**ACE pocos días, cierto periodista juvenil, me hizo la siguiente pregunta:

—¿Cree usted que se está perdiendo el casticismo madrileño?

Y yo le respondí, categórico:

—¡En apariencia, sí! Pero, por fortuna, el casticismo madrileño o por de ley se conserva en recónditas candiotas, cultivando con su tiempo secreto soleras cada vez más exquisitas, y cuyo emplazamiento no diré,

aunque me aspen, no vayan a decomisarlo como los depósitos de armas o de estupefacientes. El "sésamo, ábrete" de su escondite lo sabemos muy pocos. Más vale así. Porque el casticismo madrileño, tan graduado en pureza y en gracia, se les sube a la cabeza a los no madrileños ley y a los foráneos del aluvión, y les hace decir muchas boberías y cometer tontos despropósitos. Dejemos, pues, la gran solera del casticismo madrileño para que lo olfateen, sorbeteen, lengüeteen y





Juan Esplandiú, madrileño neto, lo cual ya es importante, y pintor madrileñista de raíz, fronda y fruto, lo cual añade "muchos enteros" a la primera calidad. Esplandiú, intérprete esencial y entrañable del cuerpo y del alma de Madrid.

apuren los madrileños de la ortodoxia castiza, casi vaticana, que son los únicos que saben celebrar el rito y propagar sus doctrinas con gozo y eficacia.

Me apresuro a declarar que nadie, y menos que nadie los foráneos del aluvión y los madrileños epidérmicos, deben seguir en sus trece jurando que el casticismo madrileño es un sencillo rito barriobajero, formulado en frases gordas, ejercido en tópicas ceremonias de sainete con música de Chueca, Bretón y Barbieri. Sí, que no se las prometan muy felices esos patanes creyendo que el casticismo madrileño es forma de vivir y modo de ser dados de alta inclusive por doctores de madrileñismo reputados como Ricardo de la Vega, Luceño, Arniches, Répide... ¡Oh, no, por los clavos de Cristo! Ese casticismo madrileño que parece ha de estar empedrado de "haigas", "¡te dabasí!", "diquelar", "daquí a luego" —y mil semejantes insensateces—, y hablado con un tonillo estereotipado en el desplante, y accionado con esos movimientos contoneadores de quienes mueven la manija de los organillos con el codo o dicen una frasecita rumbosa en el oído de las mocitas pintureras..., sí, este casticismo pacotilla y tururú ningún parentesco, ni remotísimo, tiene con el auténtico madrileño, eterno, fecundo, ejemplar a que yo me refiero, bien oculto para que no caiga en manos profanadoras de berzotas y repipis dedicados a disfrazarse de indígenas con carta de naturaleza de cierto crédito; y quienes, en realidad, lo que pretenden es encubrir su profanación con rebozos de europeísmo de última hora.

Uno de los tipos madrileños más populares, con "radio de acción" limitado: la Ribera de Curtidores y sus calles afluentes. En la mayor parte de este negocio cuenta mucho el arte inspirador y "cuco" de quien vende unos pájaros; los cuales, ya alejados de su adiestrador, suelen quedarse afónicos.







Uno de los bailes típicos del seductor Madrid de principios de siglo: el de Luciente, el de Panaderos... ¡Averigüelo Vargas! Lo esencial en estos bailes era el rito solemne de que hembra y macho se abrazaran en un "agarrao" permitido por las autoridades y con licencia eclesiástica.

Si, ha llegado el momento de que el casticismo madrileño, oro de ley, no se trate, ni de lejos, con ese otro desaliñado y desgalichado, que es el relumbrón para las gentes gesteras y voceras que precisan que Madrid resulte "pan comido" de quienes llegan a él con ambiciones bastardas y el jadeo canino de agarrarse a sus ubres pletóricas y benéficas.

El casticismo madrileño —gran reserva 1083. 1202. 1561, 1808— es algo mucho más impresionante, removedor y conmovedor. Algo, sí, capaz de volver del envés el alma y la sensibilidad, y dejarlas marcadas con especial impronta imborrable, enardecidas con ese vivísimo amor que penetra y compenetra irremediablemente. Y que nadie crea que esta solera, señora de cinco señoríos —generosidad, comprensión, melancolía, ingenio y coraje—, Madrid la concede sólo a quienes en él nacieron y supieron a tiempo cambiar las mejores leches nutricias por las mejores aguas —todavía sin mezcla de mal alguno— fluidas de sus entrañas. Madrid es, lo primero, dadivoso y hasta manirroto de lo muy suyo porque así le parieron... quienes fuesen sus paridores, porque así le enseñaron a serlo lances, trances y percances de cada día, a cual día de una leche dis-

tinta y casi siempre adulterada. Madrid es, lo segundo, soberanamente comprensivo y dispensador. Lo que no le gusta a Madrid es que alguien o "alguienes" se crean tan listorros que puedan tomarle el pelo o darle—¡venga aquí una chulería, ques que le viene a pelo!— la dirección cambiá. Como primera providencia, Madrid, para dar de su solera y foguear su impronta, no hace distinguos entre nativos y foráneos. Y si alguien no me cree, que hablen por mí foráneos de la jerarquía de Velázquez, Goya, Galdós con llave particular para entrar en el secreto como dicen que entra Pedro por su casa. Porque estos tres —y algunos otros provincianos— si que conocieron como nadie lo que es gustar de la solera que es el casticismo madrileño auténtico: que emborracha de amor sin hacer perder el sentido.

Dicho todo lo cual, añado que tengo por seguro que el madrileño Juan Esplandiu Peña, nacido el 24 de junio (en plena verbena de San Juan) de 1901 en la calle Juan de Mena, muy cerquita del lugar que ocupó el archicastizo "Teatro Felipe" (q. e. p. d.) —manantial corto pero puro del madrileñismo del mejor, el de las clases democrática y mesocrática, en tiempos en que aún estas clases eran algo más que nom-





En estas tabernas de los barrios bajos, y de madrugada, serenos, trasnochadores —ya "cogorzas"— y madrugadores deseosos de matar el gusanillo, se reunían a diario para dar su opinión "sensata" acerca de la política, la economía y la cuestión social.

bres para un censo electoral o para una titulación de contribuyentes—... Insisto, regresando de mi breve irme a los cerros de Ubeda, que Juan Esplandiu Peña, madrileño, hijo de catalán y soriana, nacido el año primero de este siglo, es uno de los muy pocos conocedores del escondite donde se posa la solera del auténtico madrileñismo castizo —por la tradición que no por el respingo ocasional—. Lo cual no debe de extrañarnos, pues que es regla obligatoria que para catar dicha prodigiosa solera, quien pretenda la cata, ha de ser espíritu muy selecto, sensibilidad muy en carne viva, buen gusto muy aquilatado, muy acrisolada bondad, arte muy depurado y personal, ambición honda, creciente y guerrillera... ¿Muchos requisitos, verdad? Pues aún no le parecen excesivos a Madrid para dar a gustar sus encantos y melopeas inigualables. Pero requisitos que se suman tan sencillamente como el dos y dos son cuatro en Juan Esplandiu, artista por la gracia de Dios y —¡con permiso, Señor Dios!— por la gracia de Madrid. En efecto, basta el trato humano de Esplandiu y la atenta contemplación de sus obras para convencernos el por qué de ser uno de los elegidos. Pues éstas y aquél aglomera los méritos para ocupar plaza sentada y de honor bajo la cúpula del casticismo madrileño abasiliado.

Bien: ya tenemos a Juan Esplandiu entre los miembros de lujo de ese gran secreto revelado a pocos, y que no es... ¡¡y lo digo a gritos, el de la alpargata, la blusa, el cocidito, el tintorro, las acacias, los faroles de brazo y codo, el "haiga", los "jelines", el leñe, la leche "que tandao", y demás resortes arnichescos y demás compadres del costumbrismo más facilón y zaragatero!!

Se me dirá en seguida que en la mayor parte de las obras de Juan Esplandiu se ven tascas, callejones, derrumbaderos, acacias, conventos viejos, paseos mustios, jardincillos trasquilados, personajes de las clases más modestas —el obrero, la asistenta, el paseante en corte, el covachuelista, el vejete jubilado, el mendigo...— Se me dirá, repito, y, al parecer pudieran —fijense que preciso: pudieran— tener razón. Pero añado: si los contempladores de las obras de Esplandiu sólo ven, y se conforman con ello, lo que ven... ¡japañados están! Porque todo artista excepcional, como lo es Esplandiu, cierto que no pueden pasar por alto lo que ven sus ojos, ni se resisten a pintarlo con fidelidad, no de espejo, sino de temperamento propio para el que sobran los espejos.

Pero... Sí, ya llegó el pero. Pero en la obra de todo



gran artista, no está sólo lo que se ve, por muy realista y atractivo que sea, patente de una verdad que pudiera ser netamente objetiva o netamente subjetiva: sino que detrás de lo que se contempla, en el envés no a ojos visto —no a primera vista—, que es también la única vista de los epidérmicos y frívolos (entre los que abundan los que se llaman, más que son llamados, críticos de arte), existe una realidad más perdurable, y la impermeable al paso largo de los tiempos y de las geografías, esto es: de los modos y de las modas. Existen, sí: la transfiguración maravillosa, la maravillosa transmutación del realismo de un mundo al alcance y comprensión de todos en otro cuajado realismo para pocos, y en el que la fantasía hace "de las suyas", a magia plena, pero sin llegar a engañarse ni a engañarnos. El seductor envés de cuanto contemplamos resulta siempre una verdad incontrovertible, porque atañe sólo al espíritu libre de su peso carnal.

¿Qué sería de Velázquez, de Goya, de Galdós, si en cuanto nos han legado de Madrid sólo contaran lo que se ve y palpa, lo sugerido por quien pinta con las palabras y por quienes hablan con los pinceles: tipos de una época, costumbres de una época, acontecimientos de una época, paisajes de una época, peculiaridades urbanas de una época, historicidad vigente en

una época... Sí, cierto, si los tres genios mencionados sólo nos hubiesen dejado testimonios espléndidos de una época. Sino que en el envés de sus obras existe un realismo de siempre y para siempre. Considerémoslo con referencia a Velázquez, Goya y Galdós. ¿Quién, estando en sus cabales, se atreverá a decir que tiene más realismo, que está más cerca de nosotros Fortunata que la condesa de Chinchón o la infanta doña Margarita de Austria? ¿Ni quién se atreverá a mentir que el Madrid descrito por don Benito es distinto al que describen el Goya de la Pradera de San Isidro, o el Velázquez del Campo de "La Tela"? Pues a este inmarchitable sentido de una realidad concreta urbana, como la de Madrid, yo le llamo ver las cosas a segunda vista, que es la vista que jamás engaña y la que nos presenta a los seres y las cosas en su significación y en su distinto final. A unas y a otros no les debemos conceder nuestro "visto bueno". Porque sólo debe importarnos que la acacia, el farol, el crepúsculo suave, la tasca sosegada, el mustio paseo, la fuente y la estatua, el esquinazo y la rinconada, los tipos melancólicos tocados por una quietud casi parálitica, que nos presenta Esplandiu, contemplados a segunda vista... resulta que contienen la perennidad de un Madrid eterno, que ni pasa de moda, ni muda de modos. El Madrid y los seres y las cosas de Ma-

*También los ancianitos jubilados tienen derechos de reunión, asociación y libre uso de la palabra. Pero, particularmente piensan, que su desánimo "latente" proviene de que el Reglamento benéfico no permite el uso de bebidas... estimulantes.*







El sainete se repite muchas veces cada mañanita. Y son sus principales intérpretes: matrimonio con niño, burro, perro y carro bien colmado de basuras. Y los escenarios varían: pueden ser las orillas del Manzanares, el barrio de la China o ← Tetuán de las Victorias.

Coro de brujas "bondadosas", pero murmuradoras y enmantonadas y empañoladas "como mandan los cánones", y una pareja de ancianitos enamorados que hacen mutis por la izquierda y calladitos. Al fondo, decorado de jardín... →

típica "tasca" madrileña barriobajera con el "tasquero" "a la expectativa" y unos músicos —orquestina callejera— ciegos o cegatos, que no se deciden a la consumición y vuelven, estoicos, las espaldas al variadísimo "bebestible". ↓







drid que Esplandiú nos recuerda en sus dibujos, acuarelas y guasches pueden pertenecer a cualquier época y flotar en una emoción de vigencia sin posible caducidad.

Las obras de Esplandiú gustan desde las primeras hasta las últimas que contemplemos. Y las que nacieron en su juvenil taller tienen la misma edad que las nacidas en el taller de su senectud. Y en este superar lo efímero en el tiempo y en las geografías está el milagro del arte: que ya atrae a primera vista, para seducirnos a segunda, entregándonos la verdadera clave de la comprensión total. Al otro lado de cuanto contemplamos atentos, a primera vista, en el arte del madrileño Esplandiú, es donde se halla la solera mágica del casticismo madrileño, los testimonios más firmes e incontrovertibles de lo que en Madrid es raíz, fronda y fruto.

Madrid que ha tenido tantos artistas excelsos que le honraran con su pintura, no ha tenido un artista, como Esplandiú, que prefiriese de la villa sus motivos más modestos, sus costumbres menos detonantes, sus tipos más humildes, sus paisajes urbano; más recoletos y antiguos... En el arte madrileño de Esplandiú vive Madrid de puras dulcedumbres, de puras melancolias, de puros desistimientos, de puras sencilleces, de puras inapetencias. En el arte de Esplandiú todo es como sigiloso, como de puntillas, como deshuesado de durezas y aristas, como el algodónado en ternura, como pronto a sollozar por algo que no se sabe si se pierde o si se olvida. Yo creo que uno de los mejores y más

justos elogios que puede hacerse del arte de Esplandiú es decir de él que es quien más escenarios presta a muchas de las criaturas galdosianas: la Benina, de Misericordia, el Maximiliano Rubín de Fortunata y Jacinta, el Celipín de El doctor Centeno, la infeliz Isidora Rufete de La desheredada... Sí, el Madrid de Esplandiú es el que tiene más puntos de contactos bien armonizados con el Madrid de Galdós.

Si son como he dicho las composiciones y los temas de Esplandiú, con ellos guardan armonía seductora sus colores: suaves, empalidecidos, con un colorcito hogareño, de brásero, con un brillo sin pretensiones, con unas gamas atenuadas como para impedir las que se «pongan tontas» y presuman más de lo debido, tenemos la seguridad de que cada criatura que representa su papel en una de las obras de Esplandiú siente la vergüenza de presentarse en público, la aprehensión de que va a equivocarse... El arte de Esplandiú es un arte que tiene miedo de parecer extravagante, petulante, frívolo, pecaminoso, pretencioso... Cada obra de Esplandiú es, detrás de lo que se contempla a primera vista, un producto de las soleras madrileñas de 1083, 1202, 1561, 1808. Soleras madres que parirán hijos extraordinarios. El arte de Juan Esplandiú le ha conseguido el paso desde el catecumenado al doctorado de la magia madrileña. El arte de Esplandiú ha contribuido a demostrar una vez más y sin duda posible, que sólo es casticismo madrileño lo que no pasa y se perenniza en algunos de sus valores fundamentales. Quien no ama incondicionalmente a Madrid y se



le rinde incondicionalmente con armas y bagajes, jamás llegará a darnos testimonios irrefutables de él. Amante y rendido —quien más ama más y mejor entiende— el arte de Esplandiú resulta una constante dedicación en cuerpo y alma al alma y el cuerpo de la Villa.

Juan Esplandiú Peña empezó su gozoso aprendizaje a los cuatro años. Luego estudió, sin conformarse y sin deformarse, en la Real Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Durante varios meses —1924— estuvo pensionado en El Páular, donde los paisajes serranos alcanzan su grado máximo de prodigio cambiante y de sugestión emotiva. Y desde finales de este mismo año hasta 1930 vive en París el nuevo aprendizaje del pulso artístico universal, la aproximación cálida a los últimos maestros de impresionismo y del expresionismo y a los que ya manejaban prestidigitaciones asombrosas con otros ismos más peligrosos de manipular y más sospechosos de heterodoxias: posimpresionismo, cubismo, surrealismo, dadaísmo, fovismo, futurismo, picassismo... Y alcanza a conocer a los magos de todas las subversiones: Modigliani, Picasso, Léger, Van Dongen, Derain, Utrillo, Matisse, Chagall, Braque, Dufy... Esplandiú se entera de todo lo que hay que saber, y admira todo de lo que hay que aprender algo. Pero sale de aquel espléndido y caótico mundo de los explosivos pictóricos, sin haber perdido sus características más acusadas: la sencillez, su personalidad cuajada ya en la sencillez, en la melancolía y en la simplicidad de sus recursos, y en la búsqueda de los que serán sus modelos preferidos. En París forma una peña amical y confortadora con otros pintores españoles: Pancho Cossío, Bore, Joaquín Peinado... Intervino con Buñuel, en Amsterdam, en el montaje y representación de *El Retablo de Maese Pedro*,

Las fábricas del Madrid casticísimo de fines o principios de siglo eran así de modestas. Dos chimeneitas "por el qué dirán". Ventanas y puertas herméticas que hacen sospechar un denso laboreo interior. Y, a la espera del material, el transportista con vehículo "de fuerza dos caballos".



de Manuel de Falla; y de *L'Etat d'Or*, con Salvador Dalí. En París le reconforta la amistad con el pintor alemán Max Ernsts y el humorista español Julio Camba.

Ya en España, en uno de los salones del diario *Heraldo de Madrid*, expuso una colección de "tipos parisienses" que le consagró en definitiva. A partir de 1940 empezó a colaborar asiduamente en *Blanco y Negro* y *ABC*, y en cuantas revistas madrileñas precisen de un ilustrador excepcional. En la Sala de Exposiciones de la librería de Afrodiseo Aguado, calle del Marqués de Cubas, raro fue el año en que Esplandiú no expuso medio centenar, cuando menos, de dibujos, acuarelas, guasches, óleos con temas —casi siempre— matritenses, que eran admirados, comprados rápidamente y elogiados sin reservas por la crítica más entregada a lo extravagante. El inolvidable amigo y notabilísimo crítico de arte Manolo Sánchez-Camargo tuvo a Esplandiú como uno de los más firmes miembros de la que él había titulado "*Escuela de Madrid*", junto a otros maestros como Francisco Arias, José Caballero, Alvaro Delgado, Juan Guillermo, Enrique Herreros, Francisco Lorente, Juan Antonio Morales, José Picó, Agustín Redondela, Eduardo Vicente...

Dos exposiciones de obras de Esplandiú tuvieron amplísima resonancia no sólo en Madrid, sino en toda España: la *Antología* (propia, que comprendía un centenar de obras de todas sus épocas, reafirmando su autenticidad en el gusto y en las fórmulas) y otra con las ilustraciones realmente admirables a la famosa trilogía barojiana *La lucha por la Vida*: *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*, también son magníficas de sencillez, de naturalidad, de verdad, de delicadeza, sus ilustraciones, más recientes, para el libro de Pedro de Répide, *Las calles de Madrid*. Esplandiú realizó otra exposición memorable en el año 1945 y en las Salas del Museo de Arte Contemporáneo. Y ha obtenido medio centenar de recompensas y premios, entre los que, por su importancia, merecen ser recordados: el otorgado por la Refinería de Petróleos de Escombreras (Murcia); el otorgado por la Unión Española de Explosivos (con anteriores ganadoras de la talla de Mélida, Emilio Sala, Cecilio Pla, Manuel Benedito, Martínez Abades, Villegas, Luis Menéndez Pidal, Gonzalo Bilbao, Romero de Torres, Adelardo Covarsí, Elías Salaverria, Sáez de Tejada, Joaquín Valverde, Julio Moisés...); el Nacional de Pintura en 1957; el del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Pero creo, no obstante, que el premio más importante que Esplandiú ha recibido —y creo que él compartirá mi opinión— es el de haber sido nombrado miembro numerario de la Real Academia del Auténtico Casticismo Madrileño. Sí, el de ser, por derecho propio, bebedor asiduo de la mejor solera del madrileñismo eterno, libre de tópicos y de añagazas propagados por quienes pretenden poco menos que incluir en el primer año de bachillerato una de las asignaturas más complejas que existen: la de entender a Madrid y dar testimonio evangélico de sus criaturas, de sus hechos y de sus cosas.

F. C. S. D. R.



# ESTE «OTRO» MADRID



La ciudad es la calle. Hay ciudades interiores, y cada una lo es un poco; y son así, las últimas, ciudades secretas. Rodenbach habla de «Brujas, la muerta» porque se encierra entre cuatro paredes y en ella ese yacer recata su alma. Madrid no se inhíbe, salta al sol y hasta se queda quieto ante el sol «tomándole», bulle, pasea peripatético, corre a los festejos, se extasia con andar, y hablar, y cantar, y recordar. Vive, revive, pervive, permanece, crece y muere en la calle, «la calle es de todos», insiste una de sus muletillas, en la calle dirime la política en última instancia —dos de mayo, Cuar-

tel de la Montaña—, en la calle encuentra la novia, por la calle va detrás de los entierros, en la calle manotea, desfila, galantea y hasta asesina, la calle es su ancho domicilio. En realidad, las casas de Madrid están para dormir (aunque también Madrid se acuesta con el alba) o para prepararse a «salir», el verbo amado, rebuscado. Madrid no es una agrupación de edificios, sino un enredo de calles. De ahí —del amor irrefrenable a la calle— nace el balcón, espécimen madrileño, asombro de arquitectos de otras latitudes. Y el portal, que empieza por ser desahogo de aguas, ¡caso inaudito!, y

termina en establecimiento artesano: zapatería, puesto de cualquier trapicheo mercantil, portería, parlante ágora de murmuraciones, primer escalón de la calle libre populosa. Cuando un diplomático hispanida viene acá, yo le pregunto: «¿Qué le parece la "calle" de Madrid?» El me contesta, y es frase definitiva: «Los días de trabajo, en la calle, parecen de fiesta; los días de fiesta parecen de manifestación». Se alude al movimiento, a la numerosidad, al jaleo, a la convivencia unánime de una ciudad en su calle, abandonados a la soledad tanto la oficina como el domicilio. La calle, expresión por





sorpresa del alma de los dentro de la villa.

Ahora, los días de trabajo parecen de carreras de automóviles, y los de fiesta de carreteras para automóviles. El auto nos ha invadido como aquellas plagas de ratones que el tañedor de flauta logró llevarse tras de sí, para liberar un ingenuo burgo del Norte. ¿Quién se llevará, aunque toque la tuba, a estos ratones metálicos que han hecho inhabitables las ciudades, Madrid en estrecheces protectoras de clima, y echan al peatón no de una calle a otra, sino de la calle a su habitación, lo más triste que le puede suceder a un madrileño? ¿Quién será ese milagrero?

Por lo que sí, la calle ha cambiado, y además del coche a motor ha sufrido el diluvio de forasteros —algunos los llaman turistas, de tour, darse una vuelta—, añadiéndose, como es justo, la influencia de las modas aceptadas por la juventud. ¿Modas o desmodas? Más de desmodismo que de elegancia. Por estas concausas, el rostro de Madrid resulta inesperadamente diverso del de un cercano ayer —1939, hito inicial para otra Era— y si se quiere dejar constancia, como la dejaron los hijos de Tiépolo de cómo fue y aparecía Madrid, su Madrid contemporáneo, hay que empezar ahora otra pintura de contemporaneidad, ceder al grafis-

mo del natural la descripción de la fisonomía de la calle evolucionada. Que es como —en apariencia— levantar el velo del propio ser-esencia.

¿Fotógrafos, decís? Ninguno ha caído en que al alcance de su lente tenía nada menos, nada más que un mundo madrileño intacto. No. La fotografía no puede sostener competencia espiritual con el pintor. Hay, aparte la tesis, una serie madrileña de impresionados impresionistas del talante, del vestuario, de las costumbres, del carácter madrileño sucesivo. ¿Debemos mentar a Goya, principio y fin de toda la pintura desde el 800? No hace falta. Pues ahí están los menores, aquellos Tiépolos a que aludí, más don Manuel de la Cruz, más los inmediatos Juan Comba, después de Ortego, Cubas y Cilla, enseguida los instantaneístas, comenzando por Ricardo Marín, y sus





continuadores, Roberto Domingo, Robledano, Dhoy, Medina Vera, el enorme Sancho, el perspicacísimo Tovar (esto sin meternos en Paret o Lucas), todos ellos bajo las alas de la clueca incubadora que se apellidó, para la gloria de Madrid, Urrabieta Vierge. El último, en la cronología, Antoñito Casero.

\* \* \*

¿Hay un periodismo a lápiz como lo hay de pluma? Buen enunciado para literatos caviladores. En Madrid está la contestación: Sí. Las «Ilustraciones» periódicas del XIX, huérfanas de aparatos que hicieran posible la imagen tomada en el acto del suceso, acudían a pintores abnegados que cambiaban seda por percal, y revelaban cómo fue el baile de Fernán Núñez o la catástrofe

"Biblioteca ambulante"  
En la Pa Mayor.







del exprés. Eran «leicas», pero más: objetivos diáfanos pasados por la inteligencia selectiva, no meros reproductores de imágenes. El periodismo es ingrato con esos maestros, que alguna vez derivaban a la caricatura, género superior por añadir fantasía y burla a la realidad, véase el Bosco, y véase a Dalí. Pues en esa serie de ingenios gráficos precursores de la foto en hueco, en ese magisterio de la fidelidad y de la velocidad, está Antonio Casero, siempre con su tercer apellido, «Hijo», pues su padre fue poeta y sainetista de los Madriles, y era honra y orgullo declararse rama de su tronco.

Antonio Casero Hijo, o Antoñito Casero, se especializó en sorprender la vorágine del toro en la plaza y de su mandador el torero. Ese binomio de masa-furia y revuelo-engaño que forma grupo emocionante, misterioso, la Tauriada, absorbió la actividad del gran trabajador Antonio II, y han quedado sus óleos para ventanales a lo pintoresco genuino español, y su fenomenal Mito. Además, el lujo vital de Antoñito (tan apacible pero lanzado al vértigo de pinceles y carboncillos incesantes) le permitió trasladar a planos de papel, brujeados sobre las rodillas, en la propia plaza, las series de las faenas

en el segundo en que se realizaban. La suya es la torería de su tiempo explicada mediante cinemática estampa, mejor que la de Perea, y a compás de la de don Francisco. Documento que constituiría un libro de texto de cátedra de toreo, si la hubiere, o catálogo de consulta para uso de tirados a la lidia. Todo eso, y más. Cuadros testimonio de la serie hombre-bestia-paisaje-arte, colorido, bajo el signo final de cuanto es esta «piel de toro»: su topicazo de Totem, del Señor de España, Toro.

Sin dejar su principal alegoría taurina, Antoñito Casero era aficionado a sorprender a Madrid en su vaya-





vaya, ires y querer, vestires y presumires, en su «Soy yo», y en su «Medalagana». Estos cuadros, a lo Lucas, los madrileños de Antoñito, arabescos y escorzos del vivir tradicional reverenciado y multiplicado por generaciones. Lo que queda de Madrid como personalidad única.

Es decir, también Casero II era costumbrista por la gracia de la Gracia de las gracias de la calle.

\* \* \*

Ello me impulsó a mí, preocupado de la calle madrileña, estudioso de la calle de tantos barrios, para hacerle una súplica:

—Fíjate, Antonio, en lo que te digo ¿Por qué no pintas la ropería que se pasea ahora por nuestras aceras, ruando su cosmopolitismo, su hippismo y su desangelismo? En las calles parecen caravanas de aquellas destrozadas de Carnaval, ¿te acuerdas?, exhibir trapería ostentosa y desafiante de lo «burgués», triste la muchacha finita y linda ahora en pantalón vaquero yanqui, con rascado de la cabeza y mordiscos solidificados en las uñas. Curioso sospechar si esos que ves de espaldas son chicos o chicas, lamentable la caravana durmiendo en bancos enfrente del Español o en la plaza de Soledad Torres. Nube de langosta que viene de la Europa que se pu-

dre, y a la que devora. Aquí es víctima nuestra propia naturaleza, por mor del maldito espíritu de imitación, servidumbre servil y adoración de lo extranjero, enfermedad de la que nunca nos libramos. Es pictórico describir la decadencia de la raza del hombre, que se identifica con la hembra y con la guarrancia, sin olvidar la destrucción de la mujer, privada de jabón, elegancia, coquetería, galantería y delicadeza. Por la calle, Antoñito, desfilan las procesiones del mal sueño, el nihilismo aceptado, la fachenda de lo estéril, la palidez del vicio que ni se atreve a decir su nombre ni se atreve a continuar la especie. Estamos drogando nuestras calles de tribus de gitanos





sin salero, de grotescos homúnculos escuálidos, de señoritingas de pringue y pasiña equivocada, de inferioridades, crápula, desprecio de salud, abandono de la dignidad y musgo detrás de las orejas. La calle es tenebrosa. Antonio, más para ti, espléndido modelo que puede formarte un museo de la adolescencia trastornada, y de la pasajera —opino que será pasajera— alucinación de un sentido disparatadamente libérrimo, respetuoso tan sólo con los instintos preculturales. Anda con la galería, Antonio, no dejes pasar el filón. Pues este filón se disolverá pronto y hay que fijarlo al agua-

fuerte, con el conque de los caricaturistas y la fidelidad de los copiones, tanto Lengo como Solana o Bécquer, el hermano. Te señalo una humanidad de saldo, aprovéchate, todavía nadie se ha colocado frente a ella a dibujarla. Hazlo. Me agradecerás el consejo.

Claro que me lo agradeció.

—Te prometo que desde hoy salgo a la calle con un cuaderno, tú le pondrás solfa de letras.

Aquí, junto a estas letras, van algunos de los apuntes de su conocido instanteísmo, de su habilidad maravillante para superar en precisiones al «flash». Pocos diseños, por des-

gracia. A cortas horas de comenzar su panorámica, que se ofrecía sensacional, la muerte, sin enfermedad, se lo llevaba junto a su llorada esposa, la Perfectísima. Ganó, es seguro. Está con la Limpia Cara, con la Graciosidad cariñosa, con la Energía mitigada por la dulzura, con la Alegría y la Hermosa Vida.

Pudo haber hecho el álbum de la época. No. No perdió con incumplirlo. Pues el Amor puede mucho. Incluso puede reunir —¡es que se sigue viviendo!— a los que se amaron. Digamos: «Así sea».

T. B.







*Fernando Delgado, con el cámara Enrique Guerne, en plena labor, y al fondo, Sigfrido Burman.—En la segunda fotografía se le ve explicando cómo ha de hacerse una secuencia de "La gitanilla".*

## FERNANDO DELGADO: TODA UNA EPOCA DE MADRID REFLEJADA EN EL CINE

Por Luis GOMEZ MESA

EL cine tiene que ser documento. No sólo en las películas de esta denominación, sino también en las que se basan en tramas, pertenecan al dramatismo o a la comedia. Cuando se aparta de esa finalidad, cae en lo falso, en lo embustero, en lo exageradamente convencional. Se aplica como entretenimiento, que no sirve para nada, fácil al olvido.

Lo más acertado que puede hacer un director de cine, un creador filmicó, es captar en su obra personajes, tipos, situaciones, costumbres del tiempo que le ha correspondido vivir. De este modo, cumplidas como documentos, sus películas conservan el interés. Y si cuando se realizaron consiguieron atraer al público, al cabo de los años, se ven aun con curiosidad y resultan utilísimas para el conocimiento exacto de etapas del pasado.

Fernando Delgado, nacido en Madrid el 25 de enero de 1891, apasionado de su tierra, en esta ocasión

no tan chica, por ser la capital de España, con un amor que se agita, que bulle y rebulle en su corazón, en su alma, llega al cine, por muy buenos caminos artísticos. Lleva en su sangre, por ser nieto de la gran actriz Balbina Valverde e hijo del autor satírico —lo que hoy se denomina humorista— Sinesio Delgado —director de la gran revista serio-caricaturesca y viceversa «Madrid cómico»— la fervorosa por el teatro.

Y obediente, jubiloso, a esa llamada —muy profunda vocación— se adiestra en la interpretación. Cuenta con la experiencia escénica, cuando efectúa como director su primera película: «Los Granujas» (1924), adaptada de este sainete de Carlos Arniches y José Jackson Veyán. Sucede en los arrabales de los Madriles, entre golfillos, los que ahora se llaman marginados. (Dato veraz para los historiadores: un antecedente de cine social.) Alfredo Hurtado «Pitusín», Pedro Elviro

«Pitouto», con Irene Alba y Elisa Ruiz «La Romerito», incorporan papeles principales. Estrenada la película en Madrid, en el Teatro Cervantes, dedicado a cine, obtiene una favorable acogida.

\* \* \*

Fernando Delgado, espíritu fino, tradicional en su casticismo —es de los que llevan capa— que renueva y que depura, por creer que lo popular no es chabacanería, sino una honda fidelidad a lo genuino, que tiene mucho de señorío, más interno que de galas externas, sabe lo que quiere. Como madrileño, ser un director de cine que refleje gentes de su ciudad natal, en su andar, muy diverso —según caracteres y situaciones— por la existencia.

Y ¡jele! —eso es, dicho en vocablo castizo, de esos días—, hele —palabra más expresivamente adecuada— metido en el importante empeño.





Carmen Viance y Marcial Lalanda, en "Viva Madrid que es mi pueblo".

Cuatro películas descuellan en su labor, que reflejan toda una época de Madrid. Son «Las de Méndez» (1927), «¡Viva Madrid, que es mi pueblo!» (1928), «48 pesetas de taxi» (1929) y «El gordo de Navidad» (1929).

Emilio Carrère, Pedro de Répide y Emiliano Ramírez Angel escriben novelas «muy madrileñas». Sin inspirarse en esos relatos, acaso sugeridos por ellos, Fernando Delgado urde sus películas. Su cine puede llamarse «de autor», ya que son suyos el guión y la dirección.

Admira a Carlos Arniches, ingenioso ideador de un casticismo madrileño, principalmente verbal. No le va esta gracia al cine, que es primordialmente visual.

Entusiasta de las novelas madrileñas de Pérez Galdós, siente demasiado respeto por su magnífica labor, para atreverse a plasmarla fílmicamente. ¡De qué buena gana y con la mejor voluntad, lo haría con «Fortunata y Jacinta», «Misericordia» y «¡Miau!»...

De ojos observadores que descubre o adivina, intimidades muy humanas, se decide a emplear sus aptitudes en la tarea fundamental de guionista. Afianza esa determinación saber la escenografía natural

de las películas que puede elegir, de acuerdo con sus gustos y preferencias: Madrid.

\* \* \*

«Las de Méndez» es el drama —callado, recatado— de las familias de la clase media en su sector más humilde, que han de aparentar lo que quisieran ser —y no son— y por eso pasan hambre. Realista en su amargura, en su tristeza, con momentos crueles. Un relato de Galdós puesto al día. Película distinta a las que tienen asegurado el favor del público, por agradables, por mentirosas. Acaba por alcanzar el éxito, precisamente por no ser como las demás. Se estrena simultáneamente en los cines Callao y San Miguel y se mantiene en cartelera varias semanas. Un bien ajustado cuadro interpretativo: Carmen Viance, Lina Moreno, Isabel Alemany, Juan Espejo, Carmen Tejada, Clotilde Romero, Fernando Fernández de Córdoba, Javier Rivera, Alfredo Corcuera, Tomás Venegas, Manuel Aliacar, Víctor Pastor, Francisco Martí y José Mata. Fotografía de Enrique Blanco y decorados de José Espí. Se rodaron los exteriores en diferentes lugares de Ma-

drid: el paseo de la Castellana, la Cibeles, el Retiro... y en un sanatorio antituberculoso en Guadarrama.

«¡Viva Madrid, que es mi pueblo!» es la exaltación de «nuestra fiesta brava», con sus notas típicas y tópicas. (Fernando Delgado conocía bien el tema taurino, por haber colaborado en la dirección de «Currito de la Cruz», con su autor Alejandro Pérez Lugín «Don Pío», en la primera cineversión de este relato, interpretada por Jesús Tordesillas, en el papel de protagonista, Elisa Ruiz «La Romerito», Manuel González, Antonio Calvache, Ana Adamuz y Fernando Bretaña, muy jocundo en su cometido de «Capote». La película, estrenada en Madrid en el teatro del Centro —antes Odeón y hoy Calderón— el 12 de enero de 1926, obtuvo extraordinario éxito.) Gentes del «planeta de los toros», en frase de Antonio Díaz-Cañabate, el apoderado, el empresario, el periodista, el espada, con sus familiares, cuantos viven o medran en ese ambiente, la afición. Capta la película el Madrid de los años 20, que es como un espejo en que se reflejan aspectos y peculiaridades de las variadas regiones españolas. De aquí su gran éxito. Fernando Delgado descubre la fotogenia de la plaza de Chinchón, de bellísima escenografía natural, como se demuestra continuamente, desde Orson Welles al más modesto director. Marcial Lalanda, que reservó para la filmación sus mejores faenas, incorpora al protagonista. Completan el reparto Carmen Viance, Celia Escudero, Erna Becker, Juana Espejo, Faustino Bretaña, Javier Rivera, Alfonso Orozco, Lorenzo Sola, Eduardo G. Maroto —que asume la función de ayudante del director—, José Mata, Luis Vela y Federico Ruiz de Velasco. La fotografía, como en la anterior, es de Enrique Blanco y los decorados de José Espí. Por vez primera, una película española cuenta con una adaptación musical, que es de Daniel Montoro.

«48 pesetas de taxi» es una serie de pequeños sucesos, episodios aislados, unidos por el ingenio del autor. El Madrid popular, mostrado en tipos variados. El taxi asume el cometido principal. Erna Becker, Carmen Tierra, Ana de Siria, Ricardo Núñez, Luis Otero, Lorenzo Sola, José Isbert —en una de sus primeras actuaciones resaltables—, Manuel «Kuindós», Francisco Melgares





*Estrellita Castro, en "La patria chica".*



*Celia Escudero, en "Viva Madrid que es mi pueblo".*



*Fernando Bretaña, en "Currito de la Cruz".*





Estrellita Castro, en "La gitanilla".

y Ramón Carrera constituyen el reparto. Como «¡Viva Madrid, que es mi pueblo!» se estrena con éxito en Madrid, en el Avenida.

Y «El gordo de Navidad» es una sucesión de anécdotas originadas por nuestro mayor sorteo de lotería. Aparecen, con exactitud de documental, sus operaciones en la Casa de la Moneda. A esa nota de veracidad se unen las psicológicas de los personajes, de acciones y reacciones muy diferentes, les incorporan Carmen Viance, Erna Becker, Celia Escudero, Isabel Alemany, Aurora García Alonso, María Santoncha Javier Rivera, José Montenegro, Joaquín Bergia, Antonio Gil Varela «Varillas» y Rufino Inglés. El dibujante Filiberto Montagud diseña los decorados. Se estrena también esta película en el cine Avenida, como si Fernando Delgado lo tuviese contratado o acaso sea más exacto decir como si la empresa tuviese un

contrato en exclusiva con ese director.

\* \* \*

Otra película madrileña de Fernando Delgado, una de sus últimas realizaciones, «La maja del capote», evoca el Madrid de Goya. Muy cuidada en lo ambiental, en el tipismo, de fascinante colorido —como los cuadros y cartones para tapices costumbristas de nuestro genial pintor— ofrece a Estrellita Castro la oportunidad de efectuar uno de sus mejores trabajos interpretativos. Estrellita es una de sus artistas preferidas. La elige para que incorpore a Preciosilla, en la cineversión de la novela ejemplar de don Miguel de Cervantes y Saavedra, «La Gitanilla». Luego, la asignaría uno de los personajes de «La patria chica», de los hermanos Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.

Muy madrileño y por esto muy español —«amo intensamente a toda mi gran España», afirmación que le gusta repetir y que demuestra— siente debilidad por esos autores. Plasma, cuando las pantallas mudas, «Cabrita que tira al monte» —con Consuelo Reyes, que se casaría con Cayetano Ordóñez, «El Niño de la Palma»—, y ya cuando hablan, «El genio alegre» —cuyo rodaje en Sevilla estaba a punto de terminar cuando empezó nuestra guerra y que, al finalizar ésta, tuvo que concluirse en Madrid—, «Fortunato» —en una chispeante interpretación de Antonio Vico— y «La Calumniada».

\* \* \*

Antes de dirigir su primera película, en calidad de técnico, colaboró con Jacinto Benavente en «Los Intereses Creados» (1918), en que aparece, al principio, el autor en el des-



pacho de su casa en la calle de Atocha y «La madona de las rosas» (1919), con argumento expresamente escrito para la filmación. La productora de esta segunda película, Madrid Films, exhibía la Puerta de Alcalá en la plaza de la Independencia, erigido por el rey Carlos III, buena señal de madrileñismo.

\* \* \*

Completan la filmografía de este director madrileño por los cuatro costados, de alma y corazón, estos títulos: «El tren o la pastora que supo amar», «Ruta gloriosa» —de tema de aviación, argumento original de Leopoldo Alonso, jefe de Cine en el Ministerio de la Guerra—, «La terrible lección», hecha por encargo del ministro de la Gobernación, don Severino Martínez Anido, para el Servicio de Propaganda en la lucha antivenérea de la Dirección General de Sanidad—, «Doce hombres y una mujer» —con Irene López Here-día—, «Ir por lana», un corto bromista, «Currito de la Cruz» —en segunda cineversión, con el torero Antonio García «Maravilla» de pro-



Fotograma de "El tren o la pastora que supo amar".

tagonista— y «Lluvia de hijos», de este divertido enredo teatral.

\* \* \*



Fernando Delgado, atento al rodaje.

Cuando murió este director de cine el día de Navidad de 1950, terminaba el artículo que le dediqué en «Arriba», con estas palabras: «Leal consigo mismo, con la difícil misión que le asignó el destino de orientar nuestras actividades filmicas por los senderos de unos temas y unos ambientes propios, bien merece Fernando Delgado que nuestro Ayuntamiento ofrenda a su memoria el homenaje de rotular con su nombre una calle». Reitero ahora la petición. Fernando Delgado, además de madrileño, cumplió en sus mejores películas una labor de reflejar «toda una época de Madrid», que conserva el interés de lo verídico en unas imágenes vivas.

Luis GOMEZ MESA



MADRID EN 1624

# MESONES Y BODEGONES

Por José DEL CORRAL



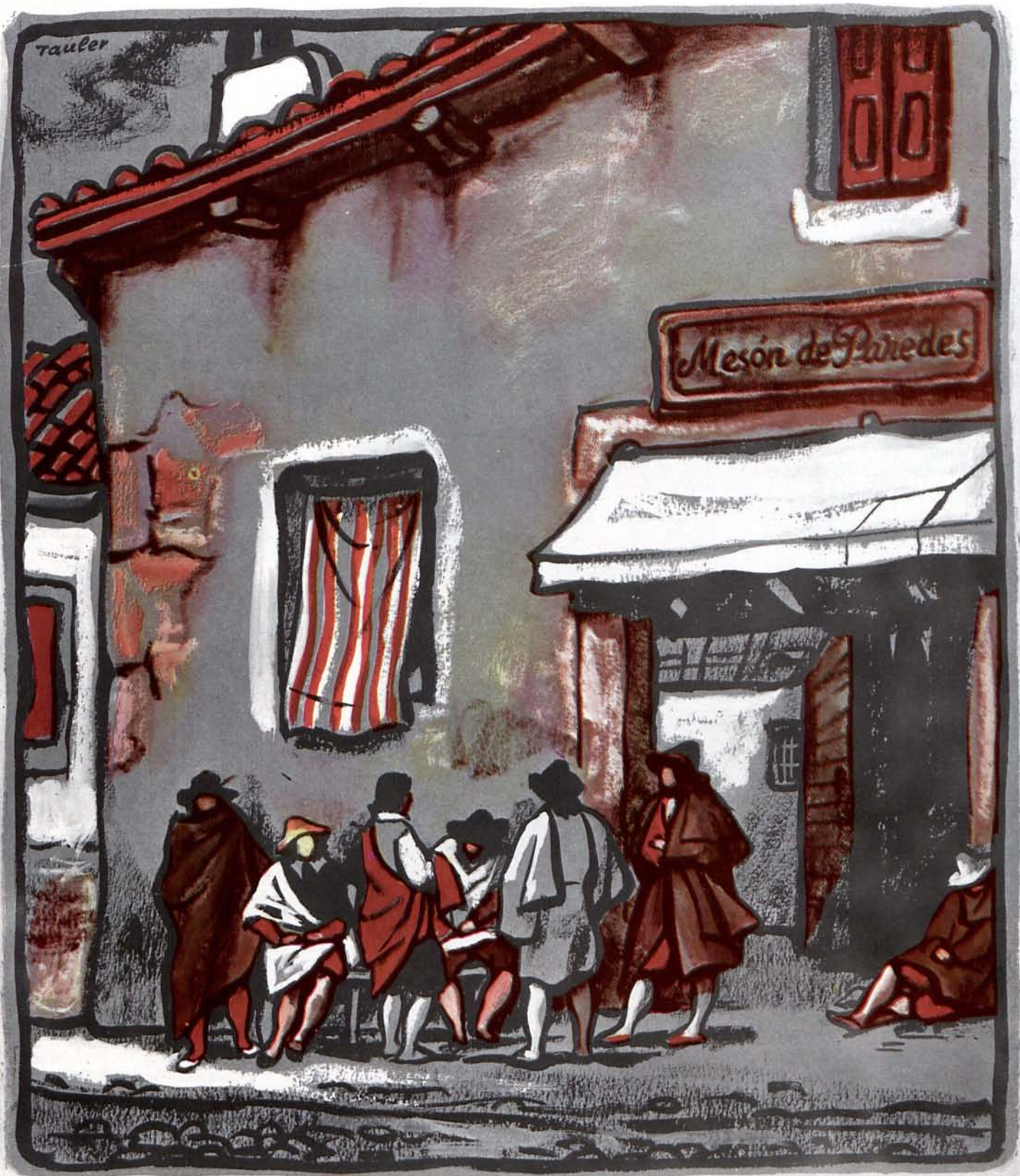
No quedaría completo nuestro trabajo anterior, sobre «Tabernas, confiterías y alojerías», en el Madrid de 1624, sin añadirle referencias a estos otros establecimientos, los mesones y bodegones, que vienen a completar, junto con aquéllos, el cuadro de la hostelería madrileña de la época.

Si tabernas, confiterías y alojerías cubrían el actual sector de nuestros bares y cafeterías —tan pocas tabernas quedan que apenas vale la pena recordarlas—, los mesones y bodegones cubrían el campo que actualmente ocupan restaurantes, hoteles y residencias, si bien, seguramente por falta de una apretada reglamentación como la actual, de forma un tanto confusa, invadiendo campos ajenos entre sí y aun los de establecimientos de que en otra ocasión nos ocupamos.

Nuestros datos están obtenidos de la copiosa e inédita documentación que nos sirvió de fuente en anterior trabajo: un grupo de seis gruesos volúmenes del Archivo Histórico de Protocolos que guarda papeles referentes a la carga de la régala de aposento, y cuyos informes, realizados previa visita de un alarife, describen cada casa, pieza por pieza y piso por piso, con gran lujo de detalles y medidas, lo que nos permite tener un conocimiento justo y exacto del interior y del exterior de las casas de este preterito Madrid.

Desde luego, como en el caso anterior, no pretendemos que todos los establecimientos del género que-





den enteramente representados en estas páginas, que tan sólo pueden ocuparse de aquellos de los que hemos encontrado antecedentes; pero si no un censo completo, casi imposible de asegurar siempre en esta clase de trabajos, al menos tendremos ante nosotros una mues-

tra importante que nos enseñe claramente cuál era la situación de estas industrias en la época a que nos referimos, hacia el año 1624, fecha en la que está centrada la totalidad de nuestra documentación, que tiene, aparte otros valores, el de pertenecer rigurosamente a una

misma época, a un mismo momento histórico, por otra parte bien interesante.

Empecemos, pues, nuestro recorrido por las viejas calles madrileñas visitando tanto como el espacio y la información nos lo permitan, los antiguos hoteles y restaurantes





madrileños, del Madrid de los Felipe.

### MESONES

Justo nos parece comenzar por este apartado de la industria hostelera, pues ellos, al menos en el nombre, han perdurado hasta nosotros, aun cuando ya no encontremos ninguno de los que fueron realidad suculenta para nuestros abuelos de los comienzos del siglo XVII.

El primer mesón que nos ocupe será el que tenía Francisco de la Cuesta, nada menos que en la calle de Alcalá, en su comienzo, «antes de llegar a las Vallecas» y que tenía su salida trasera a la calle que entonces se nombraba de San Ber-

nardo, después del Olivo y hoy de la Aduana. Era grande, seguramente importante, pues contaba nada menos que con 12.290 pies cuadrados de superficie. El mesonero tenía que dar aposento a un montero de Su Majestad y le tenía destinado uno, con puerta a la calle trasera, pero seguramente entre montero y mesonero se había llegado a un acuerdo y el montero recibía 40 ducados cada año a cambio de no ocupar su aposento, que así podía ser explotado por Cuesta como una ampliación de su industria.

Otro mesón encontramos en la calle de Caballero de Gracia, «más abajo del monasterio y en la misma acera», propiedad de Pedro Merlo y mucho más pequeño, en casa

de una sola planta, que era vecina de doña Margarita de Rojas, viuda de Alonso Cuadros, criado de Su Majestad.

Numerosas referencias encontramos de un mesón que había de ser célebre y que todavía existía en estos años: el Mesón de Paredes, que había de dar nombre a la calle y quedar en la toponimia madrileña hasta nuestros días, aun cuando el nombre sobreviviera al establecimiento.

Otro mesón célebre fue el Mesón de la Fruta, que estaba en la calle de las Postas, detrás de la calle Mayor, con buenas instalaciones y que ha pasado a la literatura contemporánea.

Ya no existía otro mesón célebre, el Mesón de Paños, cuya casa era en estas fechas propiedad de los herederos de Pedro de Medo y Pedro de Orea. No nos debe extrañar su fama, pues cuando lo conocemos, ya desaparecido, sólo a través de la que fue la finca a él destinada, tenía gran extensión y en sus plantas superiores aumentaba su solar, llegando hasta la calle Mayor sobre la casa de una sola planta que era propiedad de Juan de Cuéllar y donde éste tenía su «ropero de nuevo», en la acera de los jubeteros, de dicha principal calle. Cuéllar no tenía más que la propiedad del suelo, pues todo el vuelo pertenecía a la casa que fue mesón y que así se beneficiaba, en su trasera, de luces y aposentos sobre la calle más importante del Madrid de entonces.

El «Mesón que llaman del Cabello» tenía una buena situación, estaba nada menos que en la Puerta del Sol, en la acera de la Vitoria y frontero de la Fuente, con dos plantas y desván habitable, junto a la casa de don José de Vitoria y Guevara.

En una calle de tradición para estos establecimientos, en la de Toledo, tenía su mesón María de Cedillo, en una casa que estaba enfrente de la «calle que va a las casas públicas por la espalda de ellas». Este mesón era de grandes proporciones, en casa de dos pisos, con desván habitable y gran corralada con caballerizas. En la planta baja tenía un portal grande, con chimenea, para los rigores invernales y la alegría de los recién llegados viajeros.

Y en la misma calle de Toledo, el de Cristóbal de Calzada, situado



al fin de ella, cercano por tanto a la entrada de la Villa que, aun cuando de gran superficie —3.646 pies cuadrados— sólo tenía edificada una planta y desván en la parte principal del solar, dejando el resto para corralada donde se aposentarán carros y acémilas.

Estos son los mesones de que hemos hallado noticia, pero habremos de ocuparnos de otras industrias semejantes.

### BODEGONES

Y entre ellas los bodegones, de los que tantas referencias se hace en la literatura clásica y que ahora vamos a recorrer y visitar en este paseo.

Demos comienzo por el de Juan González, que lo tenía en la calle del Carmen, entre el Hospital de los Niños Expósitos y la casa de Bartolomé Fernández, procurador de los Consejos. La casa de Juan González era pequeña, unos cinco metros y medio de fachada y unos setenta metros cuadrados, pero no toda ella la dedicaba a su bodegón, sino como claramente nos dice la documentación consultada: «al fondo de la casa hay una pieza donde sirve de bodegón (sic) donde han de comer». Esta era, pues, la reducida industria de González, pese a estar situada en un lugar que hoy consideramos tan céntrico.

Pequeño había de ser también el bodegón de Pedro de Quevedo, en casa que no llegaba a ocho metros de fachada sobre la Cava Baja de San Francisco, precisamente en la acera del Peso de la Harina, situado este último, como es sabido, en el número 4 de la manzana 148, según una división en más de un siglo posterior a la época a la que nos venimos refiriendo. En esta pequeña casa de tres plantas y desván, tenía Quevedo, su propietario, «un portal grande que es bodegón» y que podríamos considerar como antecedente de establecimientos similares que hoy se abren a la misma calle.

Casi no se verían, en la calle de los Leones, los escasos cinco metros de fachada de la casa del carpintero Jusepe Pérez, que pese a que su solar no llegaba a 70 metros cuadrados, dedicaba el portal a bodegón.



En lugar muy transitado, en la plazuela del Matute, junto a la puerta falsa del convento de Nuestra Señora de Loreto, estaba en la casa de Bernardino Fernández, otro bodegón, pero con situación original semejante a uno de los anteriores, pues en nuestra documentación lo encontramos descrito así al referirse a la casa: «es bodegón en que hay un patio y en lo hondo de él es donde se guisa y se come».

En la calle del Soldado tenía el suyo Pedro Martínez, en casa cercana a la esquina de la calle de Santa Juana de la Cruz y tan sólo separada de dicha esquina por la casa de Antonia Vaca, que disponía de un buen solar con gran fachada,

pero en la que la edificación era vieja y mezquina.

También, en su portal, estaba el bodegón de Sebastián del Hoyo, en la calle de los Sombrereros, parroquia de San Ginés, entre las casas de un sombrerero —lo que demuestra que no era vano el nombre de la calle— y del platero de oro Gaspar Ruiz. El bodegón de Hoyo tenía chimenea en ese portal, que no podía ser ancho, en fachada que apenas medía más de siete metros, aun cuando la casa alzaba tres plantas.

Igualmente, en «un portal largo», el bodegón de Juan de Ortega, en la calle de Toledo, en casa que hacía plaza a la calle de la Mancebía y esquina a la calle del Humilladero,



calle esta última a la que tenía su fachada mayor, aun cuando la entrada al bodegón fuera por la más conocida calle de Toledo.

Con ello creemos haber reseñado un grupo de bodegones que pueden ser bastantes para el curioso que desee revivir, con pequeños detalles humanos como éstos, las calles y las casas de un Madrid del que nos separan trescientos cincuenta años.

## PASTELEROS

No quedaría completa nuestra visión de las industrias de la comida en los comienzos del siglo XVII si no tuviéramos en cuenta a los pasteleros, que tenían, como parte de su fabricación, los muy comunes en la época pasteles salados, de caza aves o carne, en envoltura de pasta. Estos pasteles, de todos los tamaños, precios y categorías, tenían entonces un gran consumo en todas las mesas y era plato tan frecuente, que su ausencia aquí en donde se pretende dar detallada noticia de este tipo de establecimientos, quedaría enteramente incompleto sin él.

Y entre los pasteleros que nos van a ocupar, será el primero Alonso Pérez, que tenía su industria en la calle del Aguila, más abajo de las caballerizas del Príncipe de Salerno, junto a un cerero, en casa de una planta y poca fachada, pero de extenso solar.

En la misma calle, y este junto a las citadas caballerizas del Príncipe de Salerno, y al lado de un aguador, tenía su casa el pastelero Lorenzo Pérez. Podemos suponernos la competencia entre ambos profesionales del mismo arte, en calle de tan reducidas proporciones.

Mejor lugar disfrutaba Pedro Cano, el pastelero de la plazuela de Antón Martín, con tienda situada enfrente de las carnicerías y junto a la taberna de Alonso Gómez, a la que nos referimos en anterior trabajo. La proximidad de ambos establecimientos, estamos seguros que favorecería el negocio común y más cuando entre ellos, para que nada pudiera faltar, estaba la botica de Francisco de Herrera, quizá antecedente de la actual antigua farmacia existente aun en la plaza, y seguro contra cualquier exceso en uno u otro establecimiento.

En la calle de las Pozas, la pastelería de Pedro Cuadrillero, con gran jardín, ofrecía un excelente lugar para los comilones y los golosos, y por último, dos pasteletterías en la plazuela de Santo Domingo. La una de Martín de Quintanilla, junto a la taberna de Juan Serrano y enfrente de los cajones de la fruta y la otra de Gonzalo de Lóriga, que tenía su tienda en el portal, en casa de tres plantas, con sótano, pero de tres metros y medio de fachada y 543 pies cuadrados de superficie, junto al médico doctor Guzmán.

## TAHONEROS

También habremos de ocuparnos de los tahoneros, no sólo por ser su producto para los españoles indispensable en toda comida, sino por una razón de más bulto: por la utilización de sus hornos para los asados, entonces aun en más boga que hoy entre las clases populares.

En la calle Baja de Fuencarral, esto es, en la actual calle de San Bernardo, fuera de la Puerta, situada más o menos sobre el actual cruce con los bulevares, la gran tahona de Domingo Alvarez, con horno de cocer pan y trojes para trigo, extendiéndose el obrador y dependencias en más de cinco mil pies cuadrados, debió ser una de las más importantes tahonas de la época.

Casi de las mismas dimensiones, la de Francisco de Rosales, en la calle de la Greda, «a espaldas de las huertas del Prado de San Gerónimo», con edificaciones igualmente de una sola planta.

El célebre Horno de la Mata, que daba ya nombre a su calle, lo que dice bastante de la fama que había adquirido.

En la calle de San Bernardo, «que va de Santa Isabel a la de Lavapiés y al fin della», aparece la de Pedro Mons, algo más pequeña y también de una sola planta. Por cierto que el dueño se titula «panadero de Corte».

Y en la calle de San Mateo, «que es traviesa de la Alta de Fuencarral al Monasterio de Santa Bárbara», la de Marcos, en situación solitaria entre solares.

Una de especial carácter: la de Pedro Alvarez del Valle, que se titula «panadero de boca de Su Majestad la Reina», en la calle Nueva

de Santo Domingo, «fuera de la Puerta de Fuencarral», con un gran jardín en finca frontera, también de su pertenencia y la gran extensión de cerca de 10.000 pies cuadrados, verdaderamente excepcional en la época. La finca hacía esquina a la «calle traviesa que va a la Palma» y por cierto, era por allí vecino suyo un tal Diego que aparece como «aguador de la Caballeriza del Rey».

Y aún más extraño habrá de resultarnos el título que ostenta el anterior industrial cuando en la calle de Tudecos, «al principio a mano izquierda como van a la plazuela de Santo Domingo», encontramos mención de Ana de Quintanilla, «panadera de la Reina». Ambos títulos parecen diferenciar entre los suministros a la casa de la reina y a la propia persona real. Sea como sea, ya sabemos donde se cocía el pan de Palacio.

## COCINEROS

Demasiado ingratos seríamos, si después de tanto ocuparnos de establecimientos y lugares de comidas no hiciéramos algún recuerdo, por breve que fuera, de los que realmente daban vida a estos guisos y preparaciones: los cocineros, y más si es posible que muchos de ellos, en sus propias casas, como parece desprenderse de varias de las que vamos a mencionar, por la disposición de las mismas, no nos parecería que ejercían directamente, con autorizaciones o sin ellas, la obra de misericordia de dar de comer al hambriento, aun cuando la actitud caritativa se detuviera a las puertas de presentar la correspondiente cuenta por todo lo consumido.

Un cocinero, Juan Rodríguez, encontramos domiciliado en la costanilla de la calle de las Infantas, en casa que a pesar de ser de una sola planta tiene las suficientes dimensiones para ejercer la industria y excesivas para el solo domicilio de un menestral.

En la calle de la Flor vivía nada menos que el «cocinero de Su Majestad», llamado Alonso de Quintana, pero este lo traemos aquí más por su cargo que por estimar que en su casa pudiera comerse, pues el pequeño edificio de seis metros de fachada, poca superficie y una sola planta, no creemos que diera para tanto.



Indudablemente o Su Majestad comía mucho o prodigaba el título o tenía mucho personal en la cocina, pues el mismo título se pone Gonzalo de Haya en la calle de Leganitos. Creemos más bien en la existencia de numeroso personal en las cocinas de Palacio, lo que ya se apunta en abundantes textos.

No nos atreveríamos a decir otro tanto de Pedro Miguel, el cocinero con casa en la calle de Majadericos, que bien podría ejerecer el arte en su propio domicilio.

También otro cocinero en la calle de Santa Isabel, Guillermo Valle y otro en la calle del Tesoro, en magnífica casa nueva —dos años desde que se acabó de labrar— con ancha fachada y gran extensión y además con dos pisos construidos y seguro ejercicio profesional por la disposición de las habitaciones que el alarife nos describe al hacer la visita. Este puede ser buen ejemplo de la prosperidad de un cocinero de la época.

En la calle Vieja de Santa Catalina, «detrás del Juego de Pelota», vivió Juan de Mesones, que fue cocinero mayor de la Reina y que a la sazón ya había muerto, dejando propietaria a su viuda, Isabel Ramírez, pero la calle no quiso perder tan importantes huéspedes y en la casa de al lado vivía entonces el actual cocinero mayor de la Reina que era en sustitución de Mesones, Juan de Quevedo, en casa «que da a la plazuela que está a espaldas de la casa de don Luis de Vargas».

#### FINAL

Queda así completado el cuadro de una estampa, siquiera sea parcial, de los establecimientos del comer y del beber, en los comienzos del siglo XVII. Una estampa humana que apenas dejó otra huella en el actual Madrid que algún nombre de calle —Horno de la Mata, Mesón de Paredes...— y el recuer-



do de antiguos emplazamientos de casas y propietarios hace mucho desaparecidos, viejo Madrid de otras épocas que hoy podemos revivir entre pequeños detalles de sus vidas olvidadas, en el encanto de antiguos papeles donde quedaron huellas de sus intereses, de sus am-

biciones y de sus propiedades. Una huella y un recuerdo, sin embargo, que nos permitan añadir unos detalles más al conocimiento íntimo de un Madrid lejano que, indudablemente, no era mejor que el actual, aun cuando fuera mucho más tranquilo.

J. del C.



# "EVOCAION DE LA PRIMERA PLAZA DE TOROS MADRILEÑA"

Por Francisco LOPEZ IZQUIERDO



*Plaza de toros de la Puerta de Alcalá. En este año, 1974, se cumplen cien de su desaparición.*

MUCHOS fueron, desde la Edad Media, los lugares de la Villa donde se corrieron toros. Pero hasta mediado el siglo XVIII Madrid no construyó plaza; precisamente lo hizo cuando las corridas, de ser la parte integrante y fundamental en ciertas festividades, se convirtieron en espectáculo de celebración periódica.

Unos años antes de su construcción se erigieron plazas redondas de madera que servirían como modelos, pues la Plaza Mayor, desde la corrida verificada en 1704 hasta las últimas dadas en su recinto en el año 1846, había quedado para sólo fiestas reales.

La primera plaza circular, provisional y de madera levantada en

nuestra capital, fue la que se alzó el año 1737 en Casa Puerta, hoy glorietta de Pardo Bazán, junto al Matadero Municipal y en la embocadura del puente de Praga. La mandó hacer la Archicofradía de San Isidro con la intención de celebrar festejos taurinos a beneficio de la conservación del pontón del Santo. Se dieron tres corridas de mañana y tarde los



# EL REY N.<sup>RO</sup> S.<sup>OR</sup>

(QUE DIOS GUARDE) SE HA SERVIDO SEÑALAR

## EL LUNES OCHO

DEL PRESENTE MES DE MAYO DE 1775. (SI EL TIEMPO LO PERMITIERE)

### PARA LA SEGUNDA FIESTA DE TOROS.

DE LAS QUE SE HAN DE HACER EN LA PLAZA EXTRAMUROS DE LA PUERTA DE ALCALÁ, QUE POR RESOLUCION DE S. M. SE ADMINISTRAN por cuenta de los Reales Hospitales General, y de la Piedad de esta Corte, para que sus productos se inviertan en la curacion, y asistencia de los Pobres enfermos de ellos.

**MANDARÁ, Y PRESIDIRÁ LA PLAZA EL S.<sup>RO</sup> D. PABLO ANTONIO DE ONDARZA,**  
Corregidor interino de esta Villa, por ausencia de el Señor **DON ALONSO PEREZ DELGADO,** propietario en dicho Empleo.

Los diez y ocho Toros, son: Quatro de la acreditada Bacada de Don Miguel Gijón, con divisa encarnada: Quatro de la antigua de Doña Maria Veladier, vecina de Braojos, y Viuda de D. Juan del Pozo, con pagiza: Cinco de D. Pedro Blas de Mejorada, vecino de Talavera, con azul, y cinco de Don Pedro Jusdado, vecino de la Villa de Colmenar Viejo, con divisa verde.

Por la mañana pelearán los cinco primeros Toros Manuel de Aguilera, y Juan Vazquez, natural de Albayda, Reyno de Sevilla, nuevo en esta Plaza, y el ultimo Toro saldrá *Embolado*. Por la tarde, á los ocho primeros, lo executaran Juan Marcelo, Francisco Gomez de Andrade, y Diego Lozano. Matarán los cinco Toros de la mañana, y quatro primeros de la tarde, las primeras Espadas, **EL FAMOSO JUAN ROMERO,** y Joachin Rodriguez Cosillares, con su acostumbrado valor y destreza. A los quatro siguientes, ofrece *Estroquearlos*, **SOLO**, Pedro Romero, natural de Ronda, deseoso de agradar al Público, imitando **AL REFERIDO JUAN, SU PADRE**, que ha logrado la fortuna de complacerle muchos años. Los tres restantes serán lidiados, como los anteriores, por las *Quadrillas* de a Pie al cuidado de los expresados **ROMERO**, y Cosillares, y el ultimo Toro saldrá *Embolado*, permitiéndose bajar, así a este, como á el de la mañana a los Aficionados.

En conveniencia de los que ocupasen los asientos del Sol, permite el GOBIERNO, que durante aquel asiento, pueda tenerse caída una ala del sombrero, á fin de conseguir con su sombra el alivio de aquella incomodidad, pero no en los demás parages sombríos.

La víspera por la tarde tendrá el *Cerreo* en el Arroyo acostumbrado, y abiertas las puertas de la Plaza.

**POR LA MAÑANA SE EMPEZARÁ LA FIESTA A LAS DIEZ, Y POR LA TARDE A LAS CUATRO.**

Estarán abiertas las puertas de la Plaza por mañana, y tarde, hasta que se haga el Despejo, y acabado este por la mañana, se hará el *Encierro*.

Cartel de la presentación del gran Pedro Romero

días 7 y 22 de agosto y 9 de septiembre, con toros de cinco ganaderos. En ellas actuaron como espadas la gran figura de la época Lorenzo Manuel Martínez «Lorencillo», Marcos Combarro y Agustín Morales «El Mulato». Intervinieron también rejoneadores, varilargueros y banderilleros. Fue aprovechada a continuación para dos corridas que organizó la Real Junta de Hospitales General y de la Piedad. Tanto para unas como para otras, se imprimieron carteles, los primeros de que se tiene noticia. (1).

Génesis y modelo, pues, de las demás plazas fue ésta, erigida bajo la dirección de don Pedro de Ribera, arquitecto mayor del Ayuntamiento de Madrid.

Cinco años después —1741— alzaron plaza de madera en las eras de la Puerta de Alcalá los padres de

Atocha para correr toros, plaza que fue igualmente aprovechada por los Reales Hospitales para lo mismo, y por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, a beneficio de los pobres de la cárcel.

En 1743 se erige en las mismas eras, y cercana a la Puerta de Alcalá, otra plaza de madera, que debió de durar hasta 1749 o, por lo menos, hasta el 12 de diciembre de 1748, en que tenemos anotada en ella una corrida, merced a un documento del nunca bien ponderado Archivo de la Villa.

Con referencia a la plaza de 1741, hemos de hacer constar que los historiadores del toreo apenas dicen nada, y de la de 1743, muy poco. Hemos copiado en la Real Academia de la Historia dos largos escritos impresos, uno del Ayuntamiento de Madrid y otro de la Sala de Alcaldes

de Casa y Corte, ámbos del año 1743, de que se sacan datos sobre las dos plazas. Estos, junto a otros de diversas procedencias, nos han permitido separar su existencia y asegurar —con toda certeza— que se erigieron en las eras una en 1741 y otra en 1743.

\* \* \*

Y ahora vamos a ocuparnos del coso, motivo de este trabajo, construido de ladrillo, cal y canto en el mismo lugar de los dos anteriores de madera a que acabamos de referirnos, y que es la primera plaza de toros madrileña «nuevamente construida», como consta en uno de los Libros de Acuerdos del Ayuntamiento de Madrid correspondiente a 1749.

Tal plaza fue mandada edificar por Fernando VI, igualmente de forma circular, que proyectaron y diri-



gieron los arquitectos Ventura Rodríguez y Fernando Moradillo e inaugurada el 3 de junio de 1749, actuando por mañana y tarde Juan Leguregui «El Pamplonés», Juan Esteller «El Valenciano» y Antón Martínez.

### SITUACION DE LA PLAZA

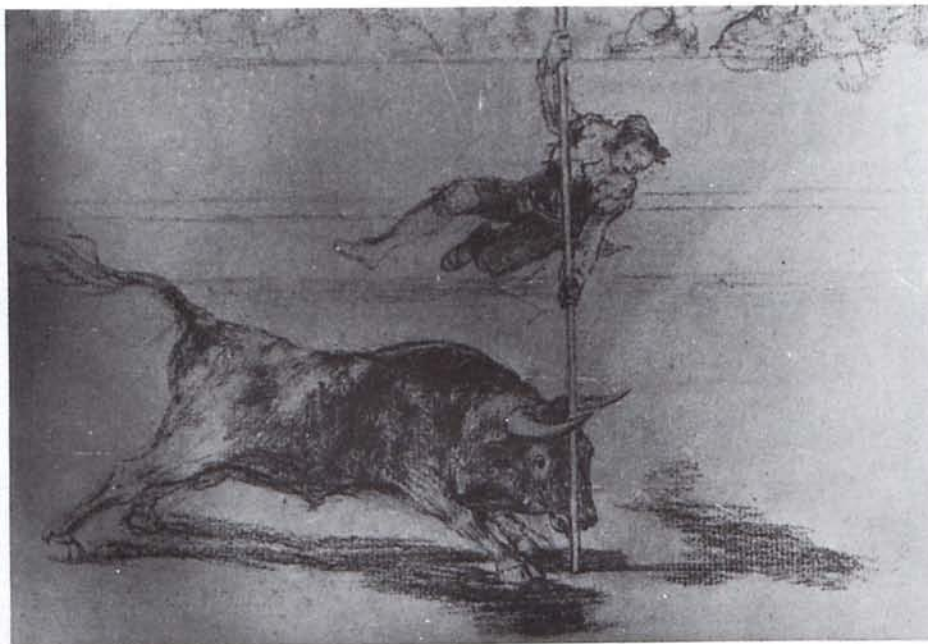
Estaba situada a 182 metros de la Puerta de Alcalá, en el ángulo formado por la calle o camino de igual nombre y la que actualmente conocemos como calle de Serrano. El callejón o patio cerrado con verja, intermedio entre el edificio esquina a Serrano y el recientemente derribado, iba a parar justamente al centro del ruedo, pasando su eje por el palco real. Por tanto, estaba situada en las manzanas comprendidas hoy entre las calles de Villanueva, Claudio Coello, Columela y Serrano, aun cuando debía ocupar parte de alguna o algunas de las manzanas colindantes.

Este coso taurino tuvo en principio una capacidad para 12.000 espectadores, en tanto fueron los tendidos de madera. Con la reforma de 1833, en que fueron construidos de piedra, parece quedó reducido su aforo.

Como dato curioso diremos que lo único que queda de aquel circo es la barrera, que «Frasculo» adquirió para regalársela al pueblo madrileño de Chinchón, donde todos los años se monta en su pintoresca plaza Mayor.

### FERNANDO VI LA REGALA A LOS HOSPITALES

Ya en el primer año de su existencia se expresaba en una real cédula que para mayor beneficio de los Hospitales Generales de Madrid se tuviera en ella las fiestas de toros para recreo del público, cuyo producto libre sirviese para aumento y dotación de dichos Hospitales. Y por Decreto de 8 de octubre de 1754 cedía el rey Fernando VI a los mismos la pertenencia y propiedad de dicha plaza, dándoles amplia facultad para su explotación, bien directamente o por arrendamiento, según lo considerasen de mayor utilidad, y ordenó se expidiese la carta de privilegio y confirmación, que firmó en El Escorial el 5 de noviembre del mismo año.



*El banderillero navarro Juanito Apiniani, en el salto de la garrocha (Goya, "Tauromaquia")*

Cuando iniciamos las investigaciones en el Archivo de la Diputación Provincial para escribir nuestro libro (2) nos extrañó que la documentación comenzara en 1755, existiendo el coso desde 1749, y la razón no es otra que hasta aquel año no disfrutaron los Reales Hospitales de su pleno dominio.

### UNA ANCIANA DE 125 AÑOS

Y basándonos principalmente en esa documentación —no completa, por desgracia— vamos a narrar la larga historia —125 años de existencia— de la primera plaza de toros de que disfrutaron los madrileños.

Hemos de hacer constar, antes de pasar adelante, que desde el instante que Felipe II estableció su corte en el modesto caserío que era entonces nuestra villa, Madrid fue sin discusión alguna, además de la corte de las Españas, la capital del toreo, pues en la plaza del Arrabal primero, en la Mayor después, y en otros lugares —Priora, Campo del Moro, Retiro, etc.— se dieron muchas corridas, que sirvieron de pauta a todas las villas y ciudades para sus festejos taurinos. Y no a unas pocas villas y ciudades como podría parecer a primera vista, sino a tantas como podía contener una soberanía donde no se ponía el sol. Y si en la plaza Mayor se forjaron el toreo caballeresco y el de a pie, en la de la Puerta de Alcalá se mo-

deló el espectáculo taurino tal cual lo reconocemos. Nos permitimos hacer tales afirmaciones merced a la autoridad que nos confiere la compulsa de cientos de libros, muchos impresos e infinidad de documentos...

Once corridas enteras —de mañana y tarde— se celebraron en 1755, primera temporada como propietaria de la plaza, la Real Junta de Hospitales. La misma cantidad de festejos se dieron en 1756 y en 1757 y sólo cinco en 1758 y dos en 1759.

Un escrito, dirigido al marqués de Esquilache en marzo de 1760, nos dará idea de algunos extremos referentes a estas primeras temporadas:

#### «1.ª Corrida

Madrid, 23 de marzo de 1760.

Excmo. Sr.

Muy Sr. mío: La Majestad del Sr. D. Fernando VI (que en paz descanse), por cédula de 8 de octubre de 1754 se dignó crear la Real Junta para gobierno de los Reales Hospitales General y Pasión de esta Corte; y por otra del mismo día donarlos la Plaza dispuesta de su Real orden en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá, con la facultad de que pudiesen por sí o por arrendamiento tener en ella cada año diez corridas de toros, y alguna más, si a la Junta pareciese, para que el producto de todas sirva por uno de los efectos de dotación a los mismos Hospitales.



En virtud de tal propiedad y privilegio arrendó la Real Junta la Plaza y facultad de fiestas por los años de 1755 y 1756, y concluidos, celebró nuevo asiento por cuatro, que terminan en fin de diciembre de éste: en el de 1757 (primero de él) se ejecutaron once fiestas; en el segundo, sólo cinco, porque los considerables accidentes de aquel tiempo suspendieron estos y los demás festejos hasta los días 12 y 13 de septiembre del año antecedente, en los que el justo superior motivo de la gloriosa proclamación del Rey Ntro. Sr. que Dios guarde y prospere, y Real permiso de la Sra. Reina Madre Ntra. Sra. se celebraron dos corridas.

De las expresadas suspensiones se siguió que los Reales Hospitales dejasen de percibir más de 600.000 reales en tiempo que ha sido más copiosa la entrada de enfermos; y como daba la Real Junta prevenir (con antelación del preciso para las correspondientes disposiciones) que en esta finca no se le malogre la parte de dotación que da a los Hospitales para hacerla efectiva en las corridas de este año; en nombre de la Real Junta, ruego a V. E. se sirva hacer presente a S. M. la reverente súplica de que se digne conceder su Real permiso para que, si el tiempo lo permitiere, se ejecute la primera fiesta en el jueves 10 de abril próximo, y las restantes en los que en el curso del año parezcan más a propósito, quedando por obligación de la Junta impetrar por mano de V. E. el Real permiso seis días antes de cada una, según se determinaren, por si hubiere en cualquiera de los tiempos que comprendan algún motivo por que deba suspenderse.

Dios guarde...

Madrid, 23 de marzo de 1760.

Excmo. Sr. Marqués de Squilache.

Es copia del original.»

Cuando la plaza era explotada por un empresario, arrendador o asentista, acostumbraba éste comunicar a la Junta en qué consistiría cada corrida para que, a su vez, pidiera al rey el permiso correspondiente. El primer escrito de este tipo que aparece entre los documentos, es el siguiente:

«Excmo. Sr. y Real Junta.

Don Gregorio Parrilla, con el más profundo rendimiento, hace

presente a V. E. y V. SS. que, en cumplimiento de la obligación a que está constituido para la ejecución de fiestas en la Plaza extramuros de la Puerta de Alcalá, destina el día para la celebración de la primera el jueves cuatro de junio próximo [de 1761], para cuyo fin suplica a V. E. y V. SS. se sirvan facilitar el permiso de S. M. para su cumplimiento, manifestando al mismo tiempo la disposición que tiene prevenida para dicho día.

Los diez y ocho toros son de la acreditada vacada de D. Jerónimo de Alba, de Castilla.

Los caballos están prevenidos



La gran figura del toreo, José Cándido.

veinte en la caballeriza de dicha Plaza.

Los toreros de a caballo son: D. Pedro Merchante, D. Antonio Gamero, Francisco Flores, Francisco Muñoz, Agustín Vicente Vello; y D. Juan Merchante saldrá a dos funciones, quedando estos a la disposición del Excmo. Sr. Marqués de Squilache.

Toreros de a pie: Diego del Alamo, José Cándido, Pedro de la Cruz, alias «el Mamón», Juan Castel, Tomás García, alias «el Capón», Antonio el de Málaga, alias «la Charranilla», Pedro Campanero, Sebastián García.

Para la salida por la tarde está dispuesta una comparsa con todos

los adherentes correspondientes a ella para el mayor lucimiento.—Gregorio Parrilla.» [Rub.]

Surgían problemas siempre, no sólo por ciertos imprevistos como, por ejemplo, la suspensión de corridas por lluvia, sino por hallarse los toreros heridos, y así se expresa en el siguiente escrito del asentista don Pedro Aguado, que lo era en 1763:

«Excmo. Sr.

D. Pedro Aguado Correa, a cuyo cargo corre el arrendamiento de Plaza y fiestas de toros de los Reales Hospitales, con su mayor rendimiento a V. E. que con motivo de ser tan inmediata una a otra las que debe ejecutar para desempeño de su obligación y que de pedirse el correspondiente permiso para cada una son solos siete días de anticipación que intermedian de una a otra, si se retardaba (como ha sucedido) el aviso de su concesión tres o cuatro, no podía tirar carteles a tiempo ni en el oportuno fijarlos dentro y fuera de la Corte (en lo que se le seguirían mayores perjuicios) ha usado del medio de pedir la correspondiente licencia siempre para dos corridas, bajo cuyo medio se le han dado las hasta aquí concedidas, en que se comprende la del día 18 de este mes [de agosto]; pero hallándose sin los precisos picadores, pues D. Antonio Gamero se retiró lastimado de un brazo; D. José Daza lo está con otro quebrado; Juan de Amisas, por haber toreado no bien curado de la cornada que tiene en una pierna a riesgo de perderla; Pascual Brey, de los dos golpes que recibió en la corrida última, muy indispuesto; y también sin los correspondientes toreros de a pie, mediante haberse ido los de mayor precisa habilidad en esta Plaza, Diego del Alamo y José Cándido, que no han llegado otros que tienen avisados de Burgos y de la Rioja; que tan presto no puede venir el Zurdillo, a quien (como a V. E. consta) tiene enviado a llamar; que los que hay (a excepción de tal cual que es mediano) no aprovechan para dar gusto al público evitar ninguna próxima inmediata desgracia; y que estén tan seriamente bien servidas las fiestas como es correspondiente...»



Antes de la celebración de cada espectáculo era preceptivo el reconocimiento de la plaza, y se hallan originales las certificaciones del arquitecto, que en el siguiente caso es Ventura Rodríguez, escritas y firmadas de su puño y letra. He aquí una muestra:

«D. Ventura Rodríguez, académico de la insigne Academia de S. Lucas de Roma, Director General de la Real de San Fernando y Arquitecto maestro mayor de esta Villa de Madrid y sus fuentes:

He visto y reconocido la Plaza de Toros extramuros de esta Villa, junto a la Puerta de Alcalá y hallo que su fábrica está firme y segura para que sin riesgo ni peligro alguno del público se pueda celebrar la próxima corrida de toros. Madrid y Mayo 16 de 1767.—Ventura Rodríguez.» [Rub.]

En 1769 y en otros muchos, explotaron la plaza directamente los propios Hospitales y, con este motivo, se halla la relación de los toros adquiridos a diversos ganaderos para aquella temporada: once de don Manuel Rodríguez y ocho de don Eugenio Jerez, vecinos de Colmenar, a 700 reales cada uno; tres de don Eugenio Jerez, tres de don Manuel Rodríguez, tres de Agustín González, cinco de don Antonio Segura, cuatro de don Fernando Segura, todos de Colmenar y al mismo precio; dieciocho toros de don Simón Gómez de Mejorada, vecino de Talavera de la Reina, a 630 reales; cincuenta de don Francisco Molinillo, vecino de Madrid, unos a 800 reales y otros a 700; treinta y seis de la viuda de Mercadillo, a 750; diez de don Santiago Rodríguez, vecino de Peñaranda, y cuatro de don Sebastián Álvarez Narciso, de Salamanca, todos a 750 reales; veinte de Juan Díaz de Castro, vecino de Pajares; treinta y tres toros de don Francisco Molinillo; veintitrés de Molinillo, Garay y de su mayoral; once de don Gabriel Zurita, de Salamanca, a 712 reales; doce de Blas del Campo, a 692, y siete toros de Juan Laso, de Colmenar Viejo; 261 toros que fueron recibidos en la Dehesa de la Muñoza en diversas fechas de aquel año.

Es curioso conocer cuánto cobraban en aquellos tiempos los varilargueros, espadas y banderilleros por cada corrida de 18 toros por

mañana y tarde, y que cada lector pueda hacer las comparaciones que apetezca en relación con los fabulosos emolumentos percibidos por algunos diestros actuales:

«Haber de toreros de a caballo y a pie año de 1769 en cada fiesta.

*De a caballo:* D. José Daza, 1.500; Juan de Amisas, 900; Antonio Galeano, Juan de Amisas, Pascual Brey, Sebastián Vicente González y Mateo Boza, a 750; Fernando de Toro, 1.200; Juan de Escobar y Diego Lozano, a 750; Juan de Amisas y Juan Tomé, a 600; Francisco Muñoz, 500; Bernardo Jarreta, 600;



Francisco Montes

Manuel Alonso, 750; José Ramírez, 750; a Antonio Galeano por haber estado de supernumerario en la 8.<sup>a</sup> fiesta, 300; Manuel Alonso que suplió por Daza; 500. *De a pie:* Juan Romero, 1.200; Miguel Gálvez, 1.000; Joaquín Rodríguez, 900; Antonio Palacios y Juan Bueno, a 600; Bernardo Chavó, Juan de Apiñani, Pedro Palomo, Alfonso Vázquez, Juan de Amonte y Diego Ferrer, a 400 reales en la primera fiesta y después se expresa abajo; José Romero y los 6 antecedentes en la segunda fiesta, a 300; Antonio Campos, 600; Bernardo Asensio, 300; Joaquín Rodríguez, menor, 300; a Alfonso Vázquez y Bernardo Asensio por el extraordi-

nario de matar un toro cada uno, se les dio 200 reales de gratificación en la sexta fiesta; a Juan Romero y Miguel Gálvez, por haber matado por la tarde todos los toros en la octava fiesta, 540; a Bernardo Asensio, Alfonso Vázquez, Juan de Amonte y Joaquín Rodríguez, por los cesos en la octava fiesta, 400 reales, a 100 cada uno.

La lanzada a pie se gratificó con 150 reales de vellón [a Antonio Aguilar, en la novena].

La salida en el corricoché con 150 reales [a Bernardo Asensio, en la 9.<sup>a</sup>].

La de gigantillas, a 120 cada uno.

Por saltar el toro Apiñani, 240 reales.

Por poner el parche, 120 reales [a José Romero].

A los del estradillo, a 100 reales a cada torero» [a Bernardo Asensio y 6 compañeros].

En ese mismo año 1769 aparecen unas cuentas por pagos efectuados por la confección de vestidos, medias de seda y sombreros para los lidiadores, pues las empresas se encargaban de vestirlos para que saliesen más lucidos. En aquella época los toreros de a pie todavía no usaban monteras, sino sombreros.

## PRIMERA REVISTA DE TOROS

Si se repasan las colecciones de periódicos, desde la «Gaceta...», se observa que durante muchos años la única obsesión de quienes los redactaban eran las noticias políticas y de la corte. Sólo aparecen referencias o reseñas más o menos extensas de las corridas reales a que los reyes asistían.

En 1793 un colaborador espontáneo, que firmó «Un Curioso», escribió la revista de la quinta corrida, ejecutada el lunes 8 de julio, y apareció en «Diario de Madrid». Como la reseña es bastante extensa, nos limitaremos a decir que en la mañana y la tarde de tal día actuaron Pedro, José y Antonio Romero. Los toros pertenecieron a don José Gijón, de Villarrubia de los Ojos del Guadiana (Ciudad Real); a don Agustín Díaz de Castro, de Pajares de los Oteros (Castilla), y a don Gabriel Gómez, de Arquedas (Navarra).

La revista o reseña es interesante en grado superlativo, pues se cuentan las varas, las banderillas pues-



tas, las estocadas y hasta cómo eran los vestidos de los lidiadores.

Es verdad que no es ésta precisamente la primera reseña o revista de toros, pues, como hemos indicado, tiene su antecedente en las publicadas con referencia a las corridas reales en la Plaza Mayor, y también en las que aparecieron entre 1784 y 88 en el «Memorial Literario, Instructivo y Curioso de la Corte de Madrid», que se ocupó de reseñar corridas celebradas en esta plaza de la Puerta de Alcalá.

### CONTINUAMOS LA HISTORIA

Como eran muchos los toros que la Real Junta había de adquirir para sus corridas, contando con mantener durante el invierno los astados sobrantes de cada temporada, tenía arrendada como fundamental, y desde un principio, la dehesa de la Muñoza, en el Jarama, junto a la villa de Barajas, y, además, necesitaba de otras:

«Año de 1799. Arrendamientos de dehesa y cercas para pastar los toros y otros gastos.

Arrendamiento de la dehesa de la Muñoza ... ..	Rs. de vellón	18.000
id. de una cerca a D. Antonio Illescas ... ..		620
id. de 3 al Excmo. Sr. Duque del Infantado ... ..		8.000
id. de un soto a la villa de Chozas ... ..		4.701
id. de 2 cercas a Manuel Corchado ... ..		1.650
id. de 3 a Manuel Berrueco ... ..		2.150

Gastos para la siega y recolección de yerba ... ..		500
--	--	-----

35.621

Abonada esta cantidad en la partida 19 de Data de la cuenta general de toros.» (Rub.)

En los años 1805 a 1807 no se celebraron corridas a causa de la prohibición, y durante la guerra de la Independencia hubo algunas con la ocupación francesa (3), reanudándose en 26 de mayo de 1814 la primera temporada tras la conclusión de la guerra.

Muy variados y no pequeños han sido siempre los gastos para organizar corridas, y aunque entonces

se contara por reales y maravedis, es claro que no por ello significaban las partidas grano de anís, pues conforme a reales eran también los ingresos. Las cuentas siguientes demostrarán nuestro aserto:

**Plaza de toros.**—Documentos de Data correspondientes al mes de septiembre de 1834.

*Apartando toros en la dehesa de la Muñoza*





## CLASES

	Rs. vellón-Mrs.
Compras de toros ... ..	42.360
Cabestrajes ... ..	520
Pastos ... ..	6.725
Impresión de carteles ... ..	864
Timbales y clarines ... ..	180
Banderillas comunes ... ..	166
id. de fuego ... ..	77
Carpinteros de asistencia ... ..	810
Justicia ... ..	822
Tropa de infantería ... ..	492
Lidiadores ... ..	49.080
Gastos menores del Consejo ... ..	209
id. de la Administración ... ..	4.173 - 32
Capas para torear ... ..	290
Guarnicionero ... ..	184
Frenero ... ..	73
Contratista de caballos ... ..	12.600
Jornales ... ..	280
Sueldos ... ..	5.170
<b>Total reales vellón ... ..</b>	<b>125.075 - 32</b>

## GANADEROS

Como en el siglo XVIII las corridas eran de mañana y tarde, lidiándose 18 toros; no solían ser éstos de un solo ganadero, sino de varios. Pero cada vez se lidiarían menos reses hasta que, celebrándose sólo la media corrida de tarde, acabaron en el XIX corriéndose seis en cada una, aun cuando tampoco y por lo general pertenecieran los astados a una sola vacada.

Fueron muchos, pues, los nombres de ganaderos impresos en los carteles, tanto de Andalucía, de Navarra, de la Mancha o de Castilla.

En 1761 hallamos que para la primera del jueves 4 de julio estaban prevenidos 18 toros de don Jerónimo de Alba, de Castilla. Para la tercera se previeron «nueve de Navarra, de la famosa torada de don Antonio Lecumberri; siete famosos de Jarama, de la torada de don Juan Antonio Muñoz, y los otros dos, resto de los mejores de la corrida pasada, de Colmenar Viejo».

En la décima corrida del lunes 17 de septiembre de 1770, se corrieron nueve toros de El Escorial (de los padres Jerónimos), uno de don Manuel Sánchez, uno de don Blas del Campo, siete de don Miguel Gijón.

En la primera corrida del lunes 27 de abril de 1795, en que actuaron como espadas Pedro y José Ro-

mero, se corrieron seis toros de don José Gijón, de Villarrubia; ocho de don Manuel Aleas, de Colmenar; cuatro de don Francisco Javier Guendulain, de Tudela de Navarra.

En la media octava corrida del lunes 12 de junio de 1837 se lidiaron dos del duque de Veragua, de Madrid; dos de don Juan Julián Gutiérrez, de Almodóvar del Campo, y dos de doña María de la Paz Silva de Villarrubia.

Rs. vellón-Mrs.

Toros de dos vacadas singulares se corrieron en aquella plaza: los de la primera vacada real de Aranjuez, fundada por Felipe III y extinguida en el reinado de Carlos III, y los de la segunda de Aranjuez, fundada por Fernando VII y vendida durante la regencia de María Cristina y minoridad de Isabel II.

Respecto a la edad de los toros —tema tan discutido—, podemos decir que hemos visto carteles de corridas celebradas en la Plaza de la Puerta de Alcalá mediado el siglo XIX en que se anunciaron astados de cinco años y también de cuatro; pero en un contrato de la Real Junta con don Miguel Gijón, en 1770, se compromete éste a dar toros de «tres edades, que son entrados en cinco, seis y algunos de siete años...».

## LOS LIDIADORES

Así como en aquella plaza se lidiaron los toros de los más afamados ganaderos, también puede decirse que su ruedo fue pisado por los mejores varilargueros, espadas y banderilleros de la época.

Durante casi toda la existencia del coso que nos ocupa se anunciaron en primer lugar, además de los toros a lidiar, los picadores, después los espadas, los sobresalientes, los medias espadas y, por último, los banderilleros, aunque ya bien avanzado el XIX, los nombres de los banderilleros no figuraban, sino que al mencionar a los espa-



Costillares, entrando a matar a volapié



das se añadía la coletilla de «acompañados de las correspondientes cuadrillas de banderilleros».

Como la profesión entonces se comenzaba por banderillero, el que pretendía llegar a matador solía dar el siguiente paso como media espada (sin dejar de banderillar), con la obligación en ocasiones de matar los dos últimos toros. Nombres hemos visto en esta categoría que lo fueron años y años. Después pasaban a sobresalientes; a terceras espadas más tarde. Y no existía la ceremonia de la alternativa, que fue posterior.



Pedro Romero, figura cumbre de la tauromaquia

Famosos varilargueros que actuaron en el histórico coso fueron, entre otros, los siguientes: los Merchante, Antonio Gamero, los Amisas, Juan de Luna, Fernando de Toro, José Daza, Cristóbal Ravisco, Juan de Ortega, Sebastián Baro, Laureano de Ortega, los Rueda, los Ortiz, los Puyana, Luis Corchado, los Pinto, Francisco Sevilla, Andrés Hormigo, José Trigo, Bruno Azaña, etc.

Entre los más sobresalientes espadas podemos mencionar a Diego del Alamo, José Cándido, Pedro de la Cruz, Manuel Palomo, Juan Romero, Antonio Albano, Miguel Gálvez, Joaquín Rodríguez «Costillares», Pedro Romero, «Pepe Illo», Juan Conde, Francisco Garcés, José y Antonio Romero, Antonio de los

Santos, Bartolomé Jiménez, Jerónimo José Cándido, Francisco Herrera «Guillén», Antonio Ruiz «el Sombbrero», Juan León, Francisco Montes, Juan Jiménez «el Morenillo», Rafael Pérez de Guzmán, «Cúchares», «El Chiclanero», Juan Yust, «El Salamanquino», Cayetano Sanz, Manuel Domínguez, Antonio Sánchez «el Tato», Antonio Carmona «el Gordito», «Lagartijo», Francisco Arjona «Currito», Salvador Sánchez «Fras-cuelo»...

De entre los banderilleros entresacaremos a Juan de Apiñani, Alfonso Alarcón, Cristóbal Díaz, José Calderón «Capita», los Usa, Mariano Antón, Esteban Argüelles, Pablo Heráiz, Francisco Ortega «el Cuco»...

### TOREROS MUERTOS EN ESTA PLAZA

Limitándonos a los espadas, el primer torero famoso y, sobre todo popular, muerto en este coso por cornada, fue José Delgado «Pepe Illo», el 11 de mayo de 1801.

El modesto espada Manuel Parra, como consecuencia de la cornada recibida el 26 de octubre de 1820.

Roque Miranda, a consecuencia de las cornadas sufridas el 6 de junio de 1842.

El modesto espada Isidro Santiago, de resultados de la herida en la novillada de 23 de marzo de 1851.

El también modesto espada Manuel Jiménez «el Cano», por la cornada recibida el 12 de julio de 1852.

El espada José Dámaso Rodríguez «Pepete», en la corrida del 20 de abril de 1862.

### LAS COMPETENCIAS

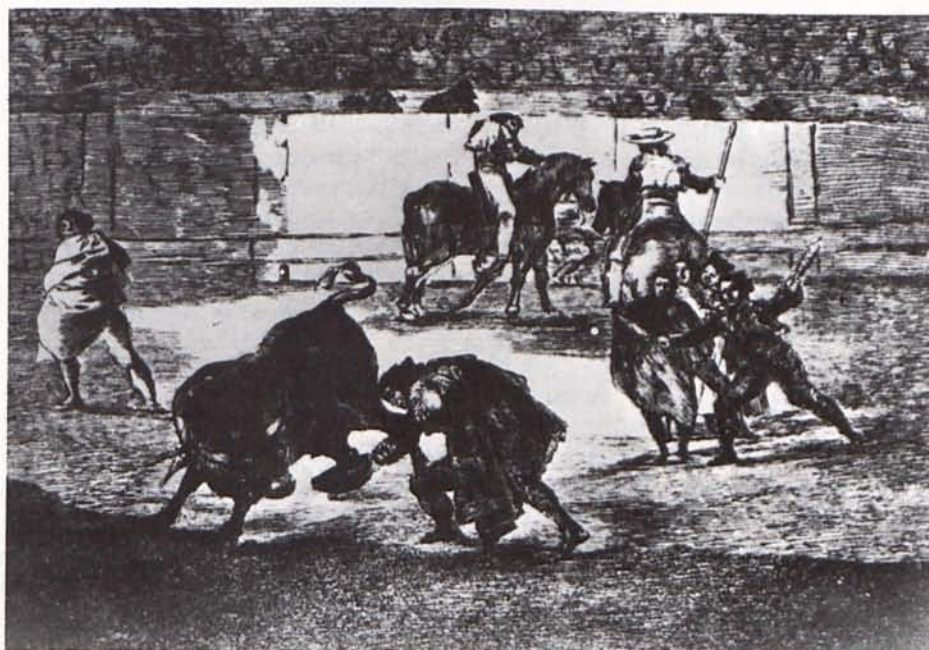
Uno de los elementos que deben concurrir en las corridas, además de la emoción que transmite el peligro, debe ser el de la pasión, y ésta se manifiesta cuando dos espadas se enfrentan y los aficionados se dividen en dos bandos, generalmente irreconciliables.

En la plaza de toros de la Puerta de Alcalá se sucedieron varias y con bastante virulencia.

La primera y más enconada quizá fue la que, en un afán de congraciarse con el público, opuso «Pepe Illo» a Pedro Romero, el gran ortodoxo. Mayor fue el encono, por cuanto el público —el público siempre—, poco entendido en ortodoxia, favoreció a José Delgado en menoscabo de Romero.

A mediados del XIX se suscitó la competencia entre dos figuras secundarias: Antonio Sánchez «el Tato» y Antonio Carmona «el Gordito». Fue ésta tan desorbitada que llegó a extremos lamentables, siendo Carmona quien buscó quimera a su rival, como después lo intentaría con el gran «Lagartijo», sin conseguirlo. Entre «el Tato» y «el Gordito», le tocó perder a éste, pues el primero era mejor matador y en Madrid, sobre todo, contaba con las simpatías del público.

Poco después de esta competen-



«Pepe Illo» adornándose (Goya, «Tauromaquia»)





*Plaza partida en el viejo coso de la Puerta de Alcalá*

cia surgió la de «Lagartijo» y «Fras-cuelo», la más larga de la historia del toreo, pues duró, con un ritmo sostenido, durante veinticinco años, pero de ellos sólo los siete primeros pertenecen a esta plaza.

### LOS ULTIMOS FESTEJOS

La postrera corrida celebrada en el veterano coso fue la 15.<sup>a</sup> de abono, en 19 de julio de 1874.

Actuaron «Lagartijo» y «Fras-cuelo» en la lidia de seis toros de don Manuel García Puentes (Aleas), de Colmenar, llenándose la plaza por completo. Angel Pastor figuró como sobresaliente.

El último toro, «Descolorido», re-tinto oscuro, fue fogueado por man-so. «Fras-cuelo» a la carrera tras el buey, le dio dos pases naturales, siete con la derecha, un pinchazo en hueso arrancado y, en la misma forma, una estocada delantera.

Con esta corrida debió clausurar-se plaza de tan gloriosa historia; pero el 16 de agosto se dio un feste-jo con «picadoras», a cargo de la cuadrilla femenina que capitanea-ba Martina García, en que figura-ban la «picadora» Tomasa Prieto y

la «banderillera» Javiera Vidaurre.

Según anunciaba el cartel de este postrer festejo, al día siguiente —17 de agosto— se comenzaría, como se hizo, a demoler el viejo coso, según había acordado la Diputación, pro-pietaria de éste como de los poste-riores cosos taurinos de la capital de España.

Muy avanzadas estaban las obras de la nueva plaza, a la derecha de la carretera de Aragón, cuando co-menzó el derribo de la vieja, hasta tal punto, que pudo inaugurarse el 4 de septiembre de aquel año de 1874. Esta plaza estorbaba ya en los años 30 en el lugar que ocupa-ba, pero en él se construyó el actual Palacio de los Deportes que, al pa-recer, no estorba...

### PUNTO FINAL

Cuando la plaza se construyó que-daba al otro lado de la cerca, extra-muros, fuera de la Puerta de Alca-lá. Se conocían aquellos parajes por las Eras, pues debieron de tener tal uso en tierra de panllevar.

Pero en los años 60 del pasado siglo, Madrid se desbordó por aque-lla parte, empezando a construirse

lo que se llamó el ensanche en el lenguaje de los proyectos expansi-vos del Ayuntamiento o en el de sus arquitectos. Más adelante, y como recuerdo imperecedero del hombre que fue el promotor del barrio, se llamaría de Salamanca. Cuando los proyectos son ambiciosos, la pique-ta no perdona, y acabó estorbando el coso en tal lugar. Y como estaba viejo —y lo viejo se tira o se susti-tuye—, se procedió a la construc-ción de uno nuevo, perdiéndose pa-ra siempre el que, cargado de his-toria, había sido el más entrañable para varias generaciones de madri-leños.

F. L. I.

### NOTAS

(1) Baltasar Cuartero y Huerta, «Rela-ción histórica de la primera plaza circu-lar de toros construida en Madrid». Ma-drid, 1957, 235 págs.

Y Diego Ruiz Morales, «Datos inéditos de historia taurina madrileña», Unión de Bibliófilos Taurinos, Madrid, 1966.

(2) «Plazas de toros de la Puerta de Alcalá de Madrid, 1741-1874». (En prepa-ración.)

(3) Higinio Ciria y Nasarre. «Los toros de Bonaparte». Madrid, 1903.





## NOTICIA DE ALGUNOS ARTISTAS QUE TRABAJARON EN EL REAL MONASTERIO DE LA ENCARNACION

Por Mercedes AGULLÓ Y COBO

**E**L Monasterio de la Encarnación, no obstante su gran interés por ser la más importante de las fundaciones reales monásticas madrileñas del siglo XVII y uno de los más característicos ejemplos del barroco del primer tercio de aquel siglo, no ha sido estudiado aún en conjunto.

En 1916 publicó José García de Armesto su "Guía histórico-descriptiva de la Real Capilla y Monasterio

de la Encarnación de esta Corte", muy abundante en datos relativos a su fundación y origen, descripción y devociones, pero que no lo es tanto en cuanto a los artistas que intervinieron en su construcción o colaboraron en su esplendor y riqueza. Posteriormente se han publicado estudios parciales sobre su arquitectura (1) y obras de arte que en él se conservan (2), en los que se vienen utilizando casi exclusivamente los



documentos proporcionados por Pérez Pastor en sus conocidas "Noticias y documentos relativos a la Historia y Literatura españolas" (3), sin nuevas aportaciones.

Los documentos que se publican a continuación vienen a aclarar o confirmar algunos aspectos de la construcción y ornamentación del citado Monasterio. Corresponden a los años 1615-1617 y hacen referencia a:

La instalación de las rejas y balcones, garabatos y demás cerrajería, realizada por el cerrajero del Rey Domingo de Sierra (4). (DOCUMENTO NÚMERO 1.)

Hechura del chapitel por los plomeros y pizarreros Bernardino Barruelos, Pedro Juárez y Bartolomé Díez (DOCUMENTOS NÚMEROS 2 Y 5), por la que cobraron 9.219 reales.

Enlosado de la iglesia en mármol blanco y negro de Estremoz (Portugal) y hechura del lavatorio de mármol, obras ambas del maestro florentino de obras de mármol y jaspe Bartolomé Canchi, por las que cobró 23.500 reales. (DOCUMENTOS NÚMEROS 3, 8, 13 Y 15.)

Los cuatro balcones, cruz de hierro para el chapitel, antepechos y rejas, en que trabajó el cerrajero Francisco Hernández y por lo que recibió 2.350 reales (DOCUMENTO NÚMERO 4), el cual posteriormente hizo postura para realizar la reja mayor que cerraría la capilla mayor (DOCUMENTO NÚMERO 16), que se obligó a hacer, así como los dos púlpitos del templo (DOCUMENTO NÚMERO 25).

La intervención de los maestros de obras Juan de Chavarria y Sebastián Velázquez (DOCUMENTO NÚMERO 6).

La del maestro de cantería Francisco Mendizábal (DOCUMENTO NÚMERO 7).

La confirmación de la intervención en la obra escultórica del Monasterio del escultor Juan González (DOCUMENTO NÚMERO 9), que trabajó por encargo de Juan Muñoz —a cuyo cargo estaba la labor de talla de los retablos mayor y colaterales— en la ejecución de las siete esculturas del retablo mayor, obra por la que recibió su paga según documento de Pérez Pastor (5), pero que no se le ha reconocido en los estudios publicados sobre el citado retablo (6).

Las aportaciones de materiales para la obra del famoso pasadizo que unía el Monasterio con el Real Palacio a cargo de Juan Rodríguez, maestro ladrillero, que se obliga a proporcionar 70.000 ladrillos "colorados, rosados y pardos" (DOCUMENTO NÚMERO 10), Juan de Santiago, que daría el yeso blanco (DOCUMENTO NÚMERO 18), Pascual Pérez y Hernando del Castillo, que abastecerían la obra con otros 100.000 ladrillos cada uno, de iguales características que los anteriores (DOCUMENTOS NÚMEROS 23 Y 24).

La reja grande del coro que, de acuerdo con las especiales características de las de los conventos de agustinas descalzas, hizo Toribio Vélez (7), a razón de 60 maravedís por libra de labor (DOCUMENTO NÚMERO 11).

La cajonería de la sacristía, obra del entallador de Sus Altezas, Tomás de Murga (8) (DOCUMENTO NÚMERO 14).

El nombramiento de Juan de Ruela, clérigo presbítero, Pedro de Lizargárate, aparejador de las obras reales, Eugenio Caxés, pintor de Su Majestad, y Alonso Pérez Vallejo, escultor y arquitecto, para tasar —los dos primeros por parte de don Diego de Guzmán, Patriarca de las Indias, Limosnero y Capellán mayor de Su Majestad, y los dos segundos por parte de los artistas encargados de la obra— la pintura y escultura que Vicente Carducho y Juan Muñoz (9) estaban realizando para el altar mayor y custodia del mismo y altares colaterales de la iglesia del Monasterio (DOCUMENTO NÚMERO 17).

El nombramiento de Francisco de Acuña y Silva, arquitecto e ingeniero de las obras de Su Majestad, para tasar en nombre del Patriarca la escultura y ensamble de los retablos a cargo de Juan Muloz, que por su parte había nombrado a Toribio González (DOCUMENTO NÚMERO 19).

El nombramiento del mismo Acuña y Silva para tasar la cajonería de la sacristía que habían hecho el ya citado Tomás de Murga y Benito Moreno (DOCUMENTO NÚMERO 20).

Tasación de los retablos y custodia del altar mayor y colaterales por los citados Toribio González, Alonso Pérez Vallejo y Francisco de Acuña y Silva en su parte escultórica (DOCUMENTO NÚMERO 21), donde figura una perfecta descripción del retablo mayor —los colaterales se dan por buenos y acabados en toda perfección— con datos muy minuciosos en cuanto a tamaño, estilos arquitectónicos, elementos escultóricos y decoración de talla.

El alto relieve en mármol de la Encarnación que figura en el segundo cuerpo de la fachada de la iglesia del Real Monasterio sobre el arco central de los tres que dan acceso al templo, que venía atribuyéndose a Miguel Angel Leoni (10) y que el documento que ahora se publica demuestra ser obra de Antonio Riera, que cobró por ella 3.564 reales (DOCUMENTO NÚMERO 22). De Antonio de Riera hasta el momento sólo se tenían noticias en cuanto a su actividad en relación con algunas de las fuentes monumentales que la villa de Madrid hizo para el ornato y abastecimiento de agua a la población en el siglo XVII (11), de las cuales tan escasos restos han llegado a nuestros días. El documento que ahora damos a conocer y que da por autor del bello relieve de la Anunciación a Antonio de Riera, aporta una luz nueva sobre este escultor, considerado hasta el momento como de muy segunda categoría, pero que ante la belleza y perfección del relieve citado cabe desde ahora calificar como de excelente. Cabría añadir para completar su aportación a la escultura del XVII el poder otorgado por Riera el 4 de noviembre de 1617 a Juan de Vallejo, vecino de Burgos y Tesorero de millones de aquella ciudad, para cobrar de la señora doña Ana de Austria, abadesa perpetua del Monasterio Real de las Huelgas de Burgos —la famosa hija bastarda de don Juan de Austria— lo que se le adeudaba «sobre razón de los dos coros alto y bajo que hice por su orden e mandado en el Real Convento de Santa María de Gracia de la Villa de Madrigal...» (12), Villa con la que la inquieta abadesa está íntimamente





ligada a través de sus muy agitadas relaciones con el misterioso Pastelero.

En su conjunto, la documentación aportada puede considerarse un primer paso en el estudio por hacer

del Real Monasterio, del que —como se ve a través de lo que en este artículo se contiene— queda aún un enorme material inédito y sin cuyo conocimiento sería imposible iniciarlo.

## DOCUMENTOS

### Número 1. — «Carta de pago para el mayordomo del Monasterio de la Reina»

Ante el escribano y testigos comparece «Domingo de Sierra, cerrajero del Rey

nuestro señor, residente en esta Corte e otorgó aver recebido del señor Francisco Rivero... mill e noventa e tres reales que se le pagan los novecientos e noventa e tres a buena cuenta de lo que montan las rejas e valcones e demás obra que a entregado en la obra del dicho Monasterio e los cien reales a buena cuenta de los

garavatos y demás obra de cerrajería que a entregado en la dicha obra para lo qual dio certifficaciones Pedro de Escobedo, behedor della...» Testigos: Manuel de Avila, Francisco Martín de Cuenca y Juan de la Peña, montero. Dijo no saber escribir. Madrid, 2-II-1615. (AHP: Protocolo 1574)



### Número 2. — «Carta de pago para Francisco Rivero»

Ante el escribano y testigos comparecen «Bernardino Barriuelos (sic) e Pedro Juárez e Bartolomé Díez, pizareros y plomeros, residentes en esta Corte... e otorgaron aver recibido del señor Francisco Rivero, criado de S.M. mill reales... a cuenta de lo que montare el cubrir de pizarra el çinborio de la capilla mayor del dicho Monesterio, y del plomo que en ella an gastado». Testigos: Joan de Çarate, Blas de Verástigui y Esteban Martínez. Firman: «berno. barruelos», «brme. díez». Madrid, 3-II-1615 (APH: Protocolo 1574).

### Número 3. — «Carta de pago para Francisco Ribero»

Ante el escribano y testigos comparece «Bartolomé Canchi, florentín, maestro de labrar mármol y jaspe, residente en esta Corte, y otorgó se daba e dio por contento, pagado y entregado a su voluntad del señor Francisco Ribero... quatro mill reales, los quales le paga... de resto de los catorçe mill reales que le abrán de dar a buena cuenta para haçer el suelo y gradas de mármol blanco e negro Destremoz de Portugal para el cuerpo e lo demás de la dicha yglesia, esto en conformidad de vna scriptura que hiço sobre ello por ante Estevan de Liaño, scriuano del Rey nuestro señor...». Testigos: Domingo Navarro, oficial en el Consejo de Cámara, y Juan García, jubetero. Firma: «Bartolomé Canchi». Madrid, 3-II-1615 (AHP: Protocolo 1574).

### Número 4. — «Carta de pago para Francisco Rivero, pagador del Monesterio Real de la Anunçiaçión (sic)»

Ante el escribano y testigos, comparece «Francisco Hernández, çerrajero, veçino desta dicha Villa, morador en la calle de la Vallestá, en casas suyas e otorgó haber recibido del señor Francisco Rivero... dos mill e treçientos e çinquenta reales los quales avía de haer e se le pagan por dos libranças firmadas de Pedro de Escouedo, vehedor de las obras del dicho Real Monesterio en esta manera: los mill e quatroçientos reales a buena cuenta de lo que a de hauer por quatro balcones y vna cruz de hierro grande para el chapitel de la capilla mayor, y los noveçientos e çinquenta reales a buena cuenta de lo que a de aver por los antepechos, rejas y grapas y demás obra de çerrajería que a entregado y a de entregar en la obra del dicho Real Monesterio, los quales confesó aver recibido en dinero de contado...». Testigos: Juan Librero, criado de S.M., Juan de Çarate y Blas de Verástigui. Firma: «Frco. hernández». Madrid, 17-II-1615 (APH: Protocolo 1574).

### Número 5. — «Carta de pago para Francisco Ribero»

Ante el escribano y testigos comparecen «Bernardino Barriuelos (sic) y Pedro Juárez y Bartolomé Díez, plomeros y pizareros, residentes en esta Corte, y otorgaron que se daban... por contentos, pagados y entregados... del señor Francisco Ribero... de çinco mill setecientos y diez y nueve reales y vn quartillo, los quales abían de haber y se les debían de resto y a cumplimiento de nueve mill y duçientos y diez y nueve reales y ocho maravedís que montó la pizarra y plomo y manifiatura del chapitel de la obra de la Reina nuestra señora, los çinco mill noveçientos y ochenta pies de pizarra a noventa y ocho maravedís el pie y los tres mill duçientos y veinte y tres reales y treynta y dos maravedís por dos mill quinientos y setenta y nueve libras y media de plomo que entró en el dicho chapitel a real y quartillo la libra porque los tres mill y quinientos reales restantes se les an librado en diferentes días y partidas, de los quales... se les dió librança... y dellos se dieron por contentos y entregados...». Testigos: Blas de Verástigui, Juan Bravo y Juan de Gamboa. Firman: «Berno. barruelos» y «brme. díez». Madrid, 28-III-1615 (AHP: Protocolo 1574).

### Número 6. — «Carta de pago para Francisco Rivero»

Ante el escribano y testigos comparecen «Joan de Chauarria e Seuastían Velázquez, maestros de la obra del Monesterio Real de la Encarnación, e otorgaron aver recebido del señor Felipe Ribero... dos mill ducados a buena cuenta de lo que an de aver por la manifiatura de la dicha obra, conforme a la obligación que tienen fecha de los quales se otorgaron por contentos, pagados y entregados...». Firman: «Ju<sup>o</sup> de chavarria», «sebastian belazquez». Madrid, 7-IV-1615 (AHP: Protocolo 1574).

### Número 7. — «Carta de pago para Francisco Rivero, mayordomo del Monesterio de la Reina»

Ante el escribano y testigos comparece «Francisco Mendizábal, maestro de la cantería del Real Monasterio de la Encarnación e otorgó aver recibido del señor Francisco Ribero... mill ducados a buena cuenta de lo que a de aver de la manifiatura de la cantería de la dicha obra...». Testigos: Alonso Rodríguez, fontanero, y Pedro de Albir, albañil. Dijo no

saber escribir. Madrid, 10-IV-1615 (AHP: Protocolo 1574).

### Número 8. — «Carta de pago para Francisco Ribero»

Ante el escribano y testigos comparece «Bartolomé Canchi, maestro de obras de mármol y jaspe, residente en esta Corte» y declara haber recibido de Francisco Ribero 9.000 rs. de lo que debía cobrar «de la labor y obra que haçe de mármol blanco y negro en el dicho Real Monesterio...». Firma: «Bartolome Canchi». Madrid, 10-VI-1615 (AHP: Protocolo 1574).

### Número 9. — Carta de pago de Juan González

Juan González, residente en esta Corte, declara haber recibido del señor Francisco Rivero, 684 reales. Testigos: Pedro de Alvear, criado de S.M., y Domingo de Fuentes, escribano de S.M. Firma: «Juan gonzalez». Madrid, 1-VIII-1615 (AHP: Protocolo 1574).

### Número 10. — «Obligación de traer ladrillo a la obra del Monesterio de la Reina»

«Juan Rodríguez, ladrillero, vezino desta Uilla de Madrid», se obliga «de dar y entregar puesto a mi costa en la obra que se haçe para el pasadiço que a de yr al Monesterio Real de la Reina nuestra señora, setenta mill ladrillos colorados y rosados e pardos por tercias partes yualmente, según se pidieren e mandare el señor Francisco Ribero... a prescio cada millar de a setenta e nueve reales... el qual dicho ladrillo se me a de pagar como los fuere entregando e para en señal e parte de pago de lo que así montare al dicho prescio, confieso aver recebido mill reales...». Dio por su fiador a Alonso López Romero, vecino de Madrid, morador a la Puerta de Fuencarral. Firma: «Juan rodriguez». Madrid, 28-VIII-1615 (AHP: Protocolo 1574).

### Número 11. — «Contrato para hacer vna reja para el Monesterio Real de la Encarnación»

Ante el escribano y testigos, comparece «Toribio Vélez, cerrajero, vezino de la dicha Uilla, morador al Postigo de San Mar-



tin, en casas suyas, e dixo que se obligaua y obligó de hacer e que hará e dará fecha e acauada en toda perfección cumplido vn mes desde oy... la reja grande del coro del Monesterio Real de la Encarnación de la dicha Uilla, del grueso que se le diere con sus puntas como reja de descalças, quadrada e las puntas an de ser del largo que se le diere e a de lleuar tantos machos como enbras, con el claro que se le señale por el señor Francisco Ribero, mayordomo del dicho Real Monesterio, la qual a de dar puesta a su costa... harmada e acauada en toda perfección para que se pueda poner cumplido el dicho mes so pena... por cada día que dilatase la entrega... doce reales cada día, y se le a de pagar por cada libra de la labor de la dicha reja a razón de sesenta maravedís. Para en cuenta e parte de pago de lo que montare confesó auer receuido mill reales en dinero de contado...». Testigos: Joan Fernández y Pedro de Somarriba y Diego González, residentes en Madrid. Toribio Vélez dijo no saber firmar. Madrid, 7-X-1615 (AHP: Protocolo 1574).

## Número 12. — Carta de pago de don Antonio de Silba

Ante el escribano y testigos comparece el doctor Francisco Sobrino, predicador de S.M. y su capellán en el Real Monasterio de la Encarnación y declara «aber receuido del señor don Antonio de Silba, thesorero de la Casa de la Yndia, residente en la Ciudad de Lisboa, por orden de S.E. del señor Conde de Salinas e por mano del señor Domingo de Pereyra», 177.000 reales, que se entregaron a Francisco Ribero «para la obra e fábrica que se va haciendo en el dicho Real Monasterio e pasadiço dél». Madrid, 2-III-1616 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 13. — Carta de pago a Bartolomé Canchi

«Bartolomé Canchi, marmolero, residente en esta Corte», declara haber recibido de Francisco Ribero, 7.000 rs. «a cuenta del solado de mármol del dicho Real Monasterio e con ellos confesó auer receuido de mano del susodicho para la cuenta del dicho solar», 20.000 reales. Testigos: Francisco de Mendiola, Juan Bernardino y don Lorenzo Vázquez. Firma: «Bartolome Canchi». Madrid, 7-III-1616 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 14.—«Carta de pago para Francisco Rivero»

Ante el escribano y testigos comparece «Thomás de Murgua (sic), entallador de

Sus Altezas, residente en esta Corte y otorgó hauer recibido del señor Francisco Ribero, criado de Su Magestad, notario de su Real Capilla, mayordomo del Monesterio Real de Nuestra Señora de la Encarnación», 2.000 reales «a buena cuenta de los caxones que ba haciendo para la sacristía del dicho Real Monesterio». Madrid, 26-IV-1616 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 15.—«Carta de pago para Francisco Ribero»

«Bartolomé Canche (sic), marmolista, residente en esta Corte», declara haber recibido de Francisco Ribero 3.500 rs. a cuenta de lo que había de cobrar «por el enlosado y laboratorio de mármol que a echo en la obra de la Reina nuestra señora conforme a la obligación que para ello hizo». Firma: «Bartolome Canchi». Madrid, 30-V-1616 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 16.—«Postura para la reja del Monesterio Real de la Reina nuestra señora»

Ante el escribano y testigos comparece «Francisco Hernández, maestro de zerrería y regería, residente en esta Corte, que bibe en la calle de la Vallesita, en casa propia» y declara que «él a uisto las traças que son dos que están fechas acerca de la reja que se a de hacer para delante de la capilla mayor del Real Monesterio de la Reina nuestra señora... que éstas se las a mostrado el señor don Gabriel Ortiz de Sotomayor, Capellán mayor del dicho Real Convento y auiendo uenido a su noticia, que Cristóbal de Valderas, pintor vezino desta dicha Villa a fecho postura en razón dellas a razón de cinco reales por libra, pintado y dorado e asentadas dixo que hacia e hizo vaja en ellas para que las hará a razón de tres reales e medio por libra qualquier de las dos trazas mostradas con las condiciones e según e de la manera que el dicho Valderas las tenía puestas y las pagas se le an de hacer en tres pagas, la una luego de presente e la otra a la mitad del tiempo que se pusiere e la otra quando esté puesta, acauada y asentada la dicha reja...». Testigos: Vicente Ribero, Francisco Ribero y Francisco Martínez. Firma: «Frco. hernandez». Madrid, 10-XII-1616 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 17.—«Nombramiento de tasadores para la obra del Real Monesterio de la Reina nuestra señora»

Ante el escribano y testigos, S.S. Ilustrísima don Diego de Guzmán, Patriarca

de las Indias, Limosnero y Capellán mayor de S.M., declara que había otorgado dos escrituras «en favor de Viçençio Carducho, pintor de Su Magestad, y Juan Muñoz, ensamblador, los cuales se obligaron de hacer el retablo mayor y dos colaterales e custodia, esculturas e tabla para el Monasterio Real de la Reina nuestra señora que dicen de la Encarnación... que se otorgaron ante Santiago Fernández, escriuano del número desta Uilla... y los sobredichos an fecho mucha parte de lo que estaban obligados de hacer e para que se bea lo que an fecho e an de acabar de hacer e que se tase lo que así tubieren fecho e acabado e hicieren e acabaren conforme a las scripturas, dijo que nonbraba e nombró por tasador para en lo que toca a la pintura, dorado y estoffado que obiere echo e acabare de hacer el dicho Biçençio Carducho, al licenciado Joan de Ruela, clérigo presbitero, estante en esta Corte, y para la obra que a fecho e acauare de hacer el dicho Joan Muñoz, a Pedro de Licargárate (sic) aparejador de las obras de Su Magestad en esta Corte, y los sobredichos Biçençio Carducho e Juan Muñoz, visto el dicho nonbramiento, dijeron que nonbraban... de su parte el dicho Carducho a Eugenio Caxés, pintor de Su Magestad, y el dicho Juan Muñoz a Alonso Pérez Vallejo, escultor e arquitecto, residente en esta Corte...». Testigos: el doctor Tribaldos, Francisco Ribero y Juan González. Firman: «Viçençio Carduchi», «Juan muñoz». Madrid, 18-VI-1616 (AHP: Protocolo 1575).

Juan de Ruela, aceptó el nombramiento, con la misma fecha, así como Eugenio Caxés y Alonso Pérez Vallejo. Firman: «Juan de Ruela», «Euxenio caxesi», «alonso de ballejo».

## Número 18.—«Obligación de yeso para el Monesterio Real»

Juan de Santiago, tabernero de Corte, vecino de Madrid, morador en la calle de Lavapiés, esquina a la de Zurita, se obliga a «dar y entregar treçientos cayzes de yeso bueno para la obra que se hace de pasadiço desde la Casa del Tesoro al Monesterio Real de la Encarnación».

— Le traeria cocido en piedras «para que se pueda machacar e se a de machacar en el dicho pasadiço, dándole lugar para ello y machacado se a de medir con vna medida».

— Empezaría a traerlo el 3 de febrero y le daría desde aquella fecha según se le pidiere y se le pagaría de 50 en 50 cahices.

— Mientras lo traía, no se podría comprar yeso a otra persona.

Testigos: Antonio Riera, escultor, Miguel Hernández, jardinero, y Juan Pérez, cardador. Firma: «Antonio Riera». Madrid, 6-II-1617 (AHP: Protocolo 1575).



## Número 19. — «Nonvramiento de terçero para que se junte con los nonbrados en la obra de la Encarnación»

El Patriarca de las Indias declara «que para tassar la escultura y ensamblaje de los retablos mayor e colaterales del Convento Real de la Encarnación... que están por cuenta de Juan Muñoz, escultor», estaba nombrado Toribio González y ahora nombraba por tercero «a Francisco de Silba, arquitecto, residente en esta Corte». Testigos: Alonso Ruiz, Jusepe de la Torre y Diego González. Madrid, 6-IV-1617 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 20. — «Nonbramiento en Francisco de Silva, arquitecto»

El Patriarca de las Indias declara que «para tasar los cajones de la sacristía del Monesterio Real de la Reina nuestra señora, que an fecho Tomás de Murga e Benito Moreno, enbladores (sic), de su parte nonbrada e nombró a Francisco de Silba, residente en esta Corte, arquitecto» Testigos: Alonso Ruiz y Jusepe de la Torre, mayordomo de S.I. Madrid, 6-IV-1617 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 21. — «Tassación de los retablos y custodia del altar mayor e colaterales del Convento Real de la Encarnación»

Ante el escribano y testigos comparen «Toribio González, arquitecto, vezino de la Ciudad de Toledo, y Alonso Pérez Ballejo, escultor y arquitecto, vezino de la Uilla de Madrid, tasadores nonbrados para los retablos y custodia del altar mayor e colaterales del Convento Real de Nuestra Señora de la Encarnación... que a fecho y están a cargo de Juan Muñoz, emsamblador, vezino de la dicha Uilla, nombrados el dicho Toribio González por S.S. Ilustrísima del Patriarca de las Indias, don Diego de Guzmán, limosnero y capellán mayor de Su Magestad, y el dicho Alonso Pérez Ballejo por el dicho Juan Muñoz. E ansimismo paresció Francisco de Silva, arquitecto, residente en esta Corte, terçero nombrado por S.S. Ilustrísima en discordia de los dichos tasadores... y dijeron que an visto la obra que el dicho Juan Muñoz tiene fecha para los dichos altares mayor y colaterales e lo que en algunas cosas della falta e se a de haçer hasta asentar el mayor, que para mayor claridad y satisfacción acordaron de lo poner en esta tassación partida por partida en la forma siguiente.

1. Primeramente, tiene fechos el dicho Juan Muñoz y asentados en los altares

colaterales de la yglesia del dicho Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación con todos sus cumplimientos y remates dos retablos colaterales.

2. Asimismo tiene fecho para el retablo mayor de la dicha yglesia vn pedestal con su basa y contrabasa de todo el largo del ancho del retablo que tiene treinta pies y de alto, tres pies y un cuarto y tiene en el friso quatro cartelas labradas por los frentes en cada una una hoxa de talla y entremedias de las dichas cartelas ay hechos dos tableros llanos con sus molduras y en ellos se an de poner dos escudos de armas reales questán hechos para el efeto, y para la calle denmedio ay hecho otro tablero que sirbe de de (sic) respaldo a la custodia. Está por fixar el dicho pedestal.

3. Asimismo tiene fecho otro pedestal que viene encima del primero que tiene quatro pedestales quadrados con sus molduras rebajadas por los tres lados de cada uno dellos y tres frisos con sus molduras con basa y contrabasa moldadas de todo el largo del ancho del retablo que tiene treinta pies y de alto tiene cinco pies y un cuarto. Está por fixar.

4. Asimismo tiene fechas para el dicho retablo quatro columnas redondas corintias con sus pilastras pegadas a ellas y otras dos pilastras que buelven por los lados de afuera todas con sus capiteles corintios. Tiene de alto a catorze pies. Asimismo tiene hechas quatro faxas del mismo alto para entremedias. En los çimaços de las columnas, digo de los capiteles, faltan florones.

5. Más tiene hecho para la calle denmedio para donde a de estar la istoria de Nuestra Señora de la Encarnación, vn quadro de moldura de arquitrabe tallada con cuentas. Tiene de alto el dicho quadro quinze pies y medio y de ancho onze pies.

6. Para detrás del dicho lienço de la istoria de la Encarnación ha de hazer un tablero de tablas juntadas y pegadas con cola y con sus barrotes muy bien clabados a bara de medir uno de otro en derecho y trabuxado y bien fixo con el bastidor del lienço de la pintura.

7. Asimismo tiene hechos dos nichos que bienen en las columnas a los lados del quadro de la Encarnación, que tienen de alto a nueve pies y medio, de ancho a quatro pies y encima dellos bienen dos tableros con sus guarniciones, talladas las molduras con óbalos. Tienen de alto y ancho a quatro pies poco más o menos de manera quel nicho y su quadro tienen de alto tanto como la columna con basa y capitel.

8. Tiene hecho para encima de las dichas columnas y cuadro y nichos un cornisamento que a destar con tres pieças, las de los lados fixas con arquitrabes y frisos y cornisas y en medio por encima del quadro de la Encarnación pasa la cornisa sola. Están todas labradas y moldadas, y talladas de óbalos y modillones y los frisos de cogollos y follaxes y los arquitrabes con sus quantas. Tiene de largo toda la cornisa todo el ancho del retablo. Tiene treinta y un pies, antes más que menos. Está por fixar.

8. Para encima del dicho cornisamento tiene hecha una suela questá en siete pieças. Están moldadas y labrados en ellas cogollos de talla y tiene de alto pie y cuarto.

10. Tiene hechas otras dos columnas que bienen sobre la dicha suela, que cargan so las dos columnas de abaxo, las questán a los lados del quadro de la Encarnación, las quales dos columnas tienen los capiteles labrados con sus hoxas y capiteles compósitos. Fáltanles los florones de los çimaços. Tienen pegadas pilastras a un lado, y al otro tienen otras más cortas que corresponden a otras que bienen a los lados, que son quatro, dos a cada lado, entre las quales bienen otros dos nichos como los de abaxo que diximos en la partida 7.<sup>a</sup> y a los lados de afuera de las quatro pilastras bienen otras dos que bienen a la parez y a la parte de dentro de la caja del Cristo bienen otras dos. Tienen de alto todas a ocho pies y las columnas tienen de alto a onze pies y un quarto.

11. Encima de las dichas pilastras cortas y anchas a los lados de la caja denmedio tiene hechas dos cornisas que bienen en capitel a dar con las dichas pilastras. Están labradas las molduras con sus resaltos y tallados óbalos en ellas. Tienen de largo cada una onze pies.

12. Encima de las dichas cornisas que sirben por la parte de la caja del Cristo de impostas del arco questá hecho, que viene como dicho es dende encima de las dichas cornisas asta la cornisa del remate, el qual arco tiene hecho y tiene media bara de fondo y de ancho nueve pies y de alto cinco pies. Tiene corrida moldura de arquitrabe y en ella tallado óbalos y cuentas.

13. Tiene hechas quatro faxas rebaxadas en el requadros (sic) con molduras y labradas en ellas follaxes de cogollos subientes de talla. Tienen las dos de largo a ocho pies y las otras dos a cinco pies y de ancho todas a pie y medio. Estas bienen a los lados de la caja y arco del Cristo.

14. Asimismo tiene hechos dos contrafuertes, que bienen por remate encima de los nichos, que tienen de alto a cinco pies y otro tanto de ancho y en el lugar dellos y delante se an de poner dos escudos de armas reales que tiene hechos para el efeto, que tienen de alto cinco pies. A de poner sobre las pilastras caberas unas bolas por remates con sus acrotérias.

15. A de hazer el respaldo de la caja del Cristo de mui buenas tablas juntadas y pegadas con cola y con sus barrotes metidos a cola por detrás.

16. Tiene hecha la cornisa del remate con el frontispicio, labradas las molduras con óbalos y modillones y dentellones. Tiene de largo quinze pies.

17. Asimismo tiene hechas para el dicho retablo siete figuras de a siete pies antes más que menos, que son: para los nichos de la primera orden San Agustín y Santa Mónica, y para los otros dos de la segunda orden San Felipe y Santiago y para la caja del remate Cristo crucificado y Nuestra Señora y San Juan y para el remate y tinpano del frontispicio tiene echo un Dios Padre de medio cuerpo arriba al tamaño de las otras figuras.

18. Más tiene fecha el dicho Juan Muñoz una custodia para el dicho retablo mayor que tiene dos cuerpos: el primero tiene de alto quatro pies y tres cuartos y el segundo quatro pies y medio con la cúpula o media naranxa y tiene de ancho seis pies. Tiene el primer cuerpo pedestal con friso labrado de talla; tiene ocho



columnas corintias; tiene figuras en el primer cuerpo, en la puerta un Salvador y en los lados en dos nichos San Pedro y San Pablo y encima de la dicha puerta dos ángeles desnudos con un escudo, y tiene el cornisamento el friso tallado de follaxe y la cornisa a de tener modillonca que faltan de haçer y encima del cornisamento ay ocho acroterias o pedestales con su corredorçillo con ocho angeles que hazen remate de a terzia de alto. Dentro del dicho corredorçillo ay otro pedestal ques del segundo cuerpo. Tiene de alto-poco menos de una quarta. Tiene el friso tallado. Tiene este cuerpo otras ocho columnas compósitas y cornisamento con friso tallado y encima deste cornisamento ay otro corredorçillo con ocho acroterias con ocho bolas por remates y dentro por remate tiene una media naranja. Tiene de alto toda la custodia nueve pies y medio. Tiene este cuerpo alto cinco figuras y tiene dos ángeles con una corona encima del nicho o caja que está frontera bien sobre un frontispicio.

19. Toda la qual dicha obra el dicho Juan Muñoz la a de acabar y fixar y asentar en el altar mayor del dicho Monasterio haziendo andamios y agujeros y michinales y asiento, todo a su costa a contento del señor don Gabriel Ortiz, canónigo y maestrescuela de la Santa Yglesia de Toledo y capellán mayor del dicho Monasterio, y asimismo a contento y como lo ordenare el señor Juan Gómez de Mora, maestro mayor de las obras reales de Su Magestad.

Y dijeron los dichos Toribio González e Alonso Pérez Ballejo que abiendo visto e considerado la dicha obra y dando puesto y asentado el dicho Juan Muñoz el retablo del altar mayor como de suso se declara en esta tassación a toda costa de manos y materiales, como se obligó el dicho Juan Muñoz e la tiene echa, y a de acabar e asentar, tassaron toda la dicha obra el dicho Toribio González en siete mill e noventa ducados y el dicho Alonso Pérez Vallejo en siete mill setecientos ducados. E visto por el dicho Francisco de Silba, terçero, dijo que se conformaba e conformó con el dicho Toribio González en los dichos siete mill e noventa ducados e ambos lo tassaron en los dichos siete mill e noventa ducados, para que se esté y passe por esta tassación e declaración de la dicha obra y en esta forma dieron su parecer e se acabó la dicha tassación e juraron a Dios en una cruz en forma de derecho auerla echo bien e fielmente a su saber y entender sin haçer agrabio a ninguna de las partes e lo firmaron de sus nonbres... sien-de testigos Andrés Román y Gabriel Alonso e Alejandro Báez...». Firman: «Frco. de Acuña y Silua», «toribio gonçalez», «alonso de ballejo». Madrid, 10-IV-1617 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 22.—«Scriptura sobre el acabar la ystoria de mármol del Monesterio de Nuestra Señora de la Encarnación»

«Antonio Riera, escultor, vecino desta dicha Villa = dijo que se obligava e obligó de dar fecho y acauado todo lo que

falta de hazer en la istoria de mármol que asta agora él a ydo açiando del Misterio de Nuestra Señora de la Encarnación que a de ser para el Monesterio Real de la Reina nuestra señora... esto conforme al modelo de zera que él yço para el dicho efecto, lo qual dará fecho e acavado en toda perfección según la disposición que oy día tiene y fecho la dará asentada en el marco de madera que para el dicho efecto está fecho, muy bien fixa y atada con yerro y ajustada de manera que se pueda llevar sin peligro asta asentarla en la parte donde a de estar, lo qual dará fecho... para el día de Nuestra Señora de la Bisitación... dos de julio benidero... por lo qual se le a de dar y pagar tres mill y quinientos e sesenta y quatro reales».

Se le habían pagado ya 2.564 rs. y los 1.000 restantes se le pagarían el día que entregara la obra.

El asentarla sería por cuenta del Monasterio.

Testigos: Alberto Ribero, ensamblador, y Jaques Lose. Firma: «Antonio Riera». Madrid, 5-V-1617 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 23.—«Scriptura de CO ladrillos para la obra del pasadiço de la Reina nuestra señora»

Pascual Pérez, ladrillero, vecino de Madrid, morador en la calle de Hortaleza, en casa propia, se obliga a entregar 100.000 ladrillos «colorados, rosados e pardos e puestos a su costa a preçio cada millar de a ochenta reales, lo qual dará y entregará bien cocidos como le fueren pidiendo». Madrid, 13-V-1617 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 24.—«Obligación en favor del Monesterio Real de la Encarnación»

Hernando del Castillo, ladrillero, vecino de Madrid, se obliga a entregar para el pasadizo del Monasterio 100.000 ladrillos «por terceras partes colorados, rosado e pardos» a 80 rs. el millar, puestos a pie de obra. Madrid, 20-V-1617 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 25.—«Scriptura del haçer las rejas de la capilla mayor del Monesterio de la Encarnación»

«Francisco Hernández, maestro de herrería y cerrajería, vezino de la dicha Villa, que bibe en la calle de la Ballesta, en casas suyas», se obliga a haçer «la reja principal que dibide el cuerpo de la yglesia de la capilla mayor e a los cabos della dos pulpitos ca (sic) vno a su lado, por al orden, traza y modelo que le fuere dada por el señor don Gabriel Ortiz, capellán mayor del dicho Convento... y la

traza della es la questá dibujada en vna tabla firmada por Francisco Ribero... y por el dicho Francisco Hernández, que tiene de alto doce pies e medio, la qual traza e medida fue vista y elegida por Su Magestad, la qual a de haçer torneada e pulida conforme al balaustre questá acabado e vió Su Magestad, questá en poder de Francisco de Silba y Acuña, a quien Su Magestad mandó que la hiçiese executar para el dicho efecto, y las cornijas y vanos e todas las demás molduras e remate que le fueren ordenados an de ser labrados a dos haces e limados, todo a satisfacción del dicho Capellán mayor e Juan Gómez de Mora, maestro mayor de las reales obras de Su Magestad y del dicho Francisco de Silba, y lo a de dar todo asentado en su lugar así la dicha reja como los pulpitos en toda perfección dentro de ocho meses de la fecha desta y se le a de pagar por cada libra de lo que pesare la dicha reja a raçón de tres reales menos un quartillo».

Se le dió en parte de pago 2.200 reales y lo demás se le pagará conforme se fue-se haciendo la obra, de modo que al acabar se le debiesen 500 ducados, que se pagarían al estar asentada y acabada la reja.

«E ansimismo el dicho Francisco Hernández dixo que se obligaba e obligó de que hará la demás obra de rejas que se le pidiere e se le ofreziere en la dicha yglesia y capillas dél e coro, torneadas e conforme a lo arriba dicho e declarado e por el dicho prescio». Testigos: Martín Martínez y Juan Martínez. Firma: «Frco. hernandez». Madrid, 16-VII-1617 (AHP: Protocolo 1575).

## Número 26.—«Scriptura entre Francisco de Acuña e Francisco Hernández»

«Francisco de Acuña y Silba, yngeniero y de las obras de Su Magestad, residente en esta Corte» vende a «Francisco Hernández, rejero, vezino desta Villa de Madrid, el hartifficio de tornear yerro que al presente yo tengo en el pasadiço de Su Magestad, situado con los adherentes con que al presente está asentado, y ansimesmo la bendo la traza de otro artifficio para tornear cosas pequeñas el qual tengo fabricado a costa del dicho Francisco Hernández». Se obliga también a enseñarle «el temple de los yerro con que se tornea en el dicho artifficio de la calidad e forma que el susodicho antes de h agora lo a uisto y el (dic) dichos hartifficios se los bendo por prescio de seiscientos ducados, y más el susodicho me a de dar forjado e sacado de forja todo lo que fuere metenester para prencipal de dos blandones y las demás menudencias, los quales dichos hartifficios grande e pequeño el dicho Francisco Hernández a de ser obligado a su costa a haçer asentar en su cassa y donde quisiere por la traza que yo le diere, y estos hartifficios yo el dicho Francisco de Acuña y Silba me obligo de que le serán ciertos...». Testigos: Jusepe de la Torre, mercader, Pedro Benito y Esteban de Córdoba. Firma: «Frco. de Acuña y Silua», «Frco. hernandez». Madrid, 18-VII-1617 (AHP: Protocolo 1575).



(1) George Kubler: *Arquitectura de los siglos XVII y XVIII*, volumen XIV de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1957, págs. 44, 68, 70, 143, 214, 235 y 259. Antonio Bonet Correa: *Iglesias madrileñas del siglo XVII*, Madrid, 1961, págs. 27-29. Juan Tamayo: *Iglesias barrocas madrileñas*, Madrid, 1946.

(2) Matilde López Serrano: «El Monasterio de la Encarnación», en *Reales Sitios*, 1965, núm. 4, págs. 12-20. Paulina Junquera: «Escultura del Monasterio de la Encarnación», en *Reales Sitios*, 1965, núm. 4, páginas 22-29. María Teresa Ruiz Alcón: «Monasterio de la Encarnación», en *Reales Sitios*, 1969, número extraordinario, págs. 197-199. Diego Angulo Iníguez y Alfonso E. Pérez Sánchez: *Pintura madrileña del primer tercio del siglo XVII*, Madrid, 1969, págs. 101-102.

(3) Madrid, 1914, tomo II.

(4) Vivió en la parroquia de San Gil la parroquia de Palacio, en cuyos libros de bautismo figuran el de su hija Laurencia, el 24 de agosto de 1617, en que se hace constar era cerrajero de S. M. y natural de Zaragoza, y el de su hijo Francisco, del que fueron padrinos Juan Gómez de Mora y su primera mujer, doña Juana Sarmiento, siendo testigo el armero mayor de S. M., Juan de Zuazo, el 14 de junio de 1619.

(5) Concierto entre Juan Muñoz y Juan González sobre la obra del retablo del convento de la Encarnación de Madrid. Juan González hizo siete figuras de a siete pies (San Agustín, Santa Mónica, San Felipe, Santiago, Cristo en la Cruz, la Virgen y San Juan, más un medio cuerpo de Dios Padre) y cuatro para los altares colaterales (San Nicolás, San Guillermo, San Esteban y San Lorenzo). 9 de julio de 1616. Pérez Pastor, *Ob. cit.*, Doc. n.º 91.

(6) No obstante el concierto anterior, se han atribuido las citadas esculturas a Juan Muñoz (véase el art. citado de Paulina Junquera) y Elena Gómez Moreno (*Escultura del siglo XVII*, vol. XVI de *Ars Hispaniae*, Madrid, 1963, pág. 99) afirma que «han sido atribuidas a Gregorio Fernández».

(7) Toribio Vélez ejercía su oficio de cerrajero desde fines del siglo XVI. Estuvo casado con Sebastiana de la Paz, que falleció el 22 de julio de 1592 (Partida de defunción en San Justo). Un Pedro Vélez, probablemente su hijo, también cerrajero, que vivía en la Plazuela del Rastro, figura como testamento de Pedro de Aguilar en partida de defunción de éste en San Justo, de 9 de julio de 1643. El 11 de diciembre de 1647, murió su mujer, Catalina López, en la citada plazuela en casas de don Pedro de Unzueta, mandándose enterrar en el convento de San Francisco (Partida de defunción en San Justo), y todavía, el 6 de diciembre de 1655, figura como testamento de otro maestro cerrajero, Pedro de la Cruz, fecha en que vivía en la Cava Baja, en casas de José de Frutos (Partida de defunción en San Justo).

(8) Parroquiano de Santiago en 1631, en cuyo año, el 2 de octubre, se enterró en dicha iglesia un nieto suyo.

(9) Que Juan Muñoz era escultor importante lo demuestra la abundante documentación sobre él recogida por Pérez Pastor a los números 506, 511, 515, 530, 656, 660, 680, 714, 720, 723, 738, 740, 742, 743, 748, 750, 753, 760, 767, 768, 786, 790, 791, 810, 823, 824, 829 y 917, según la cual colaboró con Vicente Carducho en el retablo mayor de Algete en el del monasterio de Guadalupe, trabajando además en los de Santo Domingo, de Madrid, Colmenar de Oreja, etc. El 15 de abril de 1615 vivía en la calle de San José y arrendaba una casa suya en la calle que llaman de Aragón, junto al monasterio y convento de los Basillos, al licenciado Francisco Márquez de Gaceta, del Consejo del Rey, alcalde de su Casa y Corte, por un año a contar de 1.º de mayo de aquel año por 300 ducados anuales. Firma: «Juan Muñoz». (AHP: Protocolo 3251.)

(10) Artículos citados de Matilde López Serrano y María Teresa Ruiz Alcón.

(11) Miguel Molina Campuzano: *Fuentes artísticas madrileñas del siglo XVII*. Madrid, 1970, y Elena Gómez Moreno: *Ob. cit.*, pág. 312.

(12) AHP: Protocolo 1575.



# LAS ARDUAS Y ESPINOSAS RELACIONES ENTRE LA MESTA Y MADRID

## UNA ACTIVIDAD DESCONOCIDA DENTRO DEL CAMPO DE LA TELA (1273-1849)

Por Agustín GOMEZ IGLESIAS



*Guión real de la Mesta. En documento del siglo XIV se habla de un sello "en el cual parecía figura de monte con encinas y figuras de pastores, ganados, ovejas y perros". El guión se concreta, pues, prontamente.*

**T**ras el excelente, indispensable e inencontrable libro de Julius Klein (1) sobre la Mesta, elaborado a conciencia, después de visitar durante siete años la totalidad de nuestros archivos nacionales y buena parte de los locales, nada se había vuelto a publicar de alcance nacional e internacional sobre el tema. Fuera del indispensable Colmeiro (2), ha de acudir a Klein, quien, como yo, intenta pergeñar un modesto ensayo referente a las conexiones entre la villa de Madrid y el H. C. de la Mesta, bien que uno se proponga aportar también material de primera mano, de lo que tan necesitada está nuestra modestísima historiografía local.

Un valioso hallazgo, incluido en un documento genovés de 1307, añade un punto de vista nuevo sobre el origen de la oveja merina. Su autor, Roberto Sabatino López (3), considera razonable que Paschal Usodimare e hijo pueden ser considerados como los pioneros del comercio de merinos en Europa. Y emite las siguientes conclusiones dimanadas del documento:

«En realidad, el documento autoriza a emitir las siguientes conclusiones: 1) la lana merina fue conocida por este nombre e importada en Italia en los primeros años del siglo XIV, es decir, aproximadamente unos ciento cincuenta años



antes que el nombre aparezca en fuentes españolas; 2) aunque Paschal y Gabriel Usodimare pueden no haber sido los primeros hombres ocupados en aquel comercio, la redondeada expresión "lana llamada *merinus*" demuestra que el nombre no era todavía familiar y, por lo tanto, de reciente adopción; 3) considerando que el *hinterland* comercial de Túnez se extendía muy profundamente hacia el noroeste africano y que la influencia merinida en territorio tunecino fue muy intensa, puede establecerse, sin lugar a dudas, que la lana merina y las ovejas de esta raza tienen su origen en África y que su nombre derivó del de los Banu-Marin (*benimerines*).»

Circunstancias de índole varia (R. Sabatiniq López, págs. 7-10), entré las cuales no fue la menor el hecho de que la última cruzada de Luis XI (1270) involucró a los genoveses en el conflicto sufrido con el rey de Túnez; unido ello a las crecientes oportunidades que ofrecía el comercio inglés, motivaron que los genoveses fueran perdiendo interés por el mercado africano. La lana inglesa alcanzaba altos precios en Génova, mas el comercio era muy deficitario, y África, en cambio, a corta distancia por mar, era un buen consumidor de mercancías; sin embargo, los negociantes genoveses años después obtuvieron el control de los yacimientos de alumbre, del cual existía gran demanda en Inglaterra y Flandes. Entre 1275 y 1278, las galeras genovesas cargadas de alumbre enfilaban sus proas hacia el mar del Norte; la lana inglesa era la mejor carga de retorno para aquellos grandes navíos. Produjose un *clímax* de la revolución comercial que llegó hasta mediados del siglo XIV. Evidentemente, la lana merina no podía equipararse con su rival inglesa.

Mas la situación cambió, cuando los españoles decidieron mejorar el merino, a base de cruces de sus ovejas churras de vellón basto, escaso y rojizo, con reses de África del Norte. La selección robusteció la pureza de la raza merina, ocasionando esa famosa hebra blanca que llevó allende de los mares una rica aportación española al comercio y a la industria internacional. Quizá la alta calidad aunóse a los bajos precios y, sobre todo, nada justificaba que existiendo en el Mediterráneo una oveja que proporcionaba fina y abundante lana, hubiera que pagar grandes sumas en concepto de tasas y fletes ingleses. Se produjeron quiebras en empresas florentinas, pisanas y genovesas. Decreció de manera alarmante las exportaciones de lanas inglesas. Antes que nadie, los mercaderes genoveses, familiarizados ya al ganado merino, entraron en relación comercial con los ganaderos españoles.

La iniciativa pudo partir de los pacientes ganaderos españoles, ya que tanto en España, como en Francia, la Normandía, etc., la cría del ganado merino lejos de ser un quehacer empírico, fue una importantísima rama de la economía, extremadamente sensible ante cualquier variación del mercado internacional. Mas nadie durante siglos obtuvo el éxito que los inteligentes ganaderos españoles alcanzaron importando la raza africana, conocida ya de los genoveses, y transformándola pacientemente en la mejor de las razas productoras de lanas.

Vale la pena, siquiera sea concisamente, destacar el subido interés del ganado merino a través de los tiempos, siguiendo

de las sobrias y más precisas indicaciones de Sabatino.

«Los actuales merinos Rambouillet (Depart. Seine et Oise, al SO. de Versailles), descendientes de la progenie española exportada a Francia a mediados del siglo XVIII, son la aristocracia de las ovejas del mundo entero. En cuatro continentes representan una gran fuente de riqueza; en el quinto, Australia, son probablemente la mayor. De mediados del siglo XV a mediados del siglo XVIII, España, merced a su virtual monopolio de la raza, dominó el mercado mundial de la lana. La estructura social y económica del país descansó casi por entero en la cría de ovejas merinas, mucho más profundamente que en los olivares, los viñedos, los cordobanes e incluso los propios veneros peruanos. La historia medieval del merino ha constituido, sin embargo, un arcano hasta nuestros días. Las lanas selectas provenían de España en tiempos de Roma y en la Edad Media; pero la lana inglesa gozó de gran fama durante largo tiempo.»

Conviene revisar las escasas etimologías. La identificación del *mariorinus* o *merino*, funcionario judicial y administrativo de la Castilla medieval, halló gran aceptación en España. Es la única citada en el diccionario de la Academia Española hasta 1939, casi veinte años después de la publicación de la obra de Klein. Es insostenible, como apunta Klein, ya que la palabra *merino* aplicada a ovejas y lana no figura en las fuentes españolas hasta bien entrado el siglo XIV y no fue de uso corriente hasta fines del siglo XVI; mientras el cargo merino se remonta a los umbrales del Medioevo.

Teorías que relacionen al merino con palabras ibéricas o navarras o con el latino *mera* (pura), son inaceptables; bien que pueda admitirse que los romanos prepararan el camino para aquellos cruces que tan excelentes resultados dieron, no existen razas puras, ni de ovejas ni de hombres, y el cruce de estas castas es el medio ideal para la obtención de buenos ejemplares (4).

Otras etimologías son algo infantiles, mas ocurre una que cabe citar, como acaece con la palabra *Mesta*, rara vez incluida en los documentos altomedievales, con el sentido semántico de «campo comunal». E igualmente mencionemos, como lo hace Klein, que la oveja merina no pudo ser introducida en España dentro del siglo XII, puesto que Abu Zacarias Ben Admed, autor de *El libro de la agricultura en la península*, escrito antes de la venida de los benimerines, no hace la menor mención de las ovejas merinas. Libro muy acreditado, cuya mejor edición es la de Banqueri; Madrid, 1802, 2 vols.

Con la aportación feliz de la mediación genovesa (1307), queda como etimología firme la relativa a los Banu Marin o Benimerines. Y en cuanto al momento de la introducción, hay que tener en cuenta que la amenaza merinida declinó en 1291, a raíz de la victoria de la flota de Castilla, mandada por el genovés Benedetto Zaccarias y la consiguiente captura y afortunada defensa de Tarifa por las tropas castellanas; bien que renaciera, desvaneciéndose totalmente cuando Alfonso XI de Castilla, asistido por otro almirante genovés, tomó Algeciras (1344). No fuera, pues, inverosímil suponer que la oveja merina se introdujera en España durante el período de relativa calma

que gozó la península tras esta última hazaña castellana.

## II

Aparte del peligro de algara, en que se imponía el desplazamiento rápido de la propiedad semoviente, la inmigración ganadera tanto en España como en los demás países mediterráneos se apoyaba en los rudos contrastes, topográficos o climáticos, que imponía el cambio semestral desde la meseta hasta los extremos.

La ausencia de cañadas dentro del término municipal de villa y tierra madrileña era una prerrogativa de importancia excepcional, cuya secuela más eficaz estribaba en la garantía efectiva de substraer a los vecinos y moradores de su alfoz de la férrea jurisdicción de los alcalde entregadores de la Mesta (5); aparte de los posibles estragos ocasionados en panes y viñas, los alcalde ordinarios de Madrid y su tierra eran los llamados a entender en las querellas suscitadas por los pastores mesteños contra cualquiera persona de Madrid y su tierra.

Cuestión batallona, briosamente llevada por Madrid, Toledo y Sevilla. Existe sobre ello una copiosa documentación, recogida en buena parte por Timoteo Domingo Palacio (6), benemérito archivero municipal madrileño. Más útiles de contenido y, por supuesto, de correcta transcripción, son las dos cartas de Enrique II (1378), Juan I (1379) y la provisión de Enrique III (1398), incluidas por Millares Carlo (7).

Finalmente, es utilizable la provisión del Consejo, mediante la cual se concede (1431) al último Carrillo la alcaldía de la Mesta a la temprana edad de cinco años. Sobre todo ello volveremos, no sin antes señalar que la villa sobrepasó a todas las ciudades y villas en la defensa ejercida por sus jueces respecto de sus baldíos próximos, aun en la época de los primeros Habsburgos, cuando el absolutismo hizo más intrépida a la Mesta y más arrogante al entregador y ni pastos locales, ni cercados, ni baldíos fueron respetados.

Una sucinta y cronológica ordenación de los hechos documentales es así:

a) 1345, junio, 15. Madrid.

Reunido el Concejo de la Villa, comparece Jordán García de Segovia, alcalde entregador del Honrado Concejo de la Mesta por Íñigo López de Horóscopo, alcalde por el rey en todos sus reinos. Algo después, ante el Concejo ayuntamiento, presentaron Miguel Domingo y Juan Pérez de Río-Frío, procuradores del Concejo de la Mesta, provistos de una carta de personería, sellada con un sello «en el cual parecía figura de monte con encinas y figuras de pastores, ganados, ovejas y perros». La decisión de nombrarles personeros había sido tomada en la Mesta general de Santiago, ocurrida en Berlanga (1341) con el consenso total de los allí reunidos; la procuración era amplísima con arreglo a los ordenamientos otorgados por los reyes a favor del H. C. de la Mesta, y valedera hasta la del 25 de julio próximo venidero día de Santiago, es decir, válida hasta 1345. Los referidos personeros leen su carta e instan a Juan García, informándole sobre el hecho de la existencia en Madrid y dentro de su término de una cañada auténtica, a través de la cual los pastores suelen ir y venir con sus ganados trashumantes a



los extremos. Mas que al presente algunos vecinos, cuyas heredades están cercanas a la cañada, la tienen cercada y labrada. Todo ello en detrimento grave de la Mesta, ya que obstaculiza el paso de ganados y va contra los privilegios y ordenamientos, que los pastores poseen en tal razón. Finalmente requieren a Juan García que visite la cañada, la abra, mida y amojone y la deje abierta en la medida del marco de las seis sogas (8) conforme al contenido de tales privilegios.

El Concejo madrileño se opuso a la petición formulada, alegando que por la misma razón fue pleito ya movido ante el rey Fernando IV (1295-1312), en cuyo litigio sentenció en rebeldía contra el dicho Concejo de la Mesta, una vez averiguado que en Madrid no había cañadas ni debía alcalde alguno conocer proceso que por tal razón acaeciere.

Y como salvaguardia de sus derechos el Concejo de la Villa mostró las dos cartas reales, ambas promulgadas en Toledo por Fernando IV en 1303 y marzo, 24 y 27 días respectivamente. Como ambas sientan jurisprudencia, son enteramente confirmadas por los monarcas sus predecesores, Enrique II (1378), Juan I (1379) y Enrique III (1398) y frecuentemente invocadas en avenencias, pleitos y sentencias; e incluso la ocasión postrera, mayo de 1719, se abrió la pieza del archivo, por los tres señores en cuyo poder estaban las tres llaves de la puerta, a saber, el decano del municipio, más dos regidores, a fin de invocar su testimonio solemne en un proceso muy controvertido. Las razones invocadas nos inducen a ofrecer aquí parte de su tenor; ahorraremos así espacio y tiempo en lo sucesivo y prestaremos lucidez a nuestros razonamientos.

1303, marzo, 24. Toledo.

Don Ferrando, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Toledo, de León, de Gallizia, de Sevilla, etc. A todos los alcaldes e entregadores de los pastores, que agora son o serán... Salut e gracia. Sepades que Alfonso Ferrandes, mio alguazil en Madrit e Sancho Sanchez, jurado, e Lopez Ferrandez e Ferrando Díaz, cavalleros dese mismo lugar, vinieron a mi por el Concejo de Madrit e mostraronme, como en Madrit ni en su termino non había cañadas antiguas para pasar ganados a extremes. E que muchos de los pastores de los ganados non queriendo pasar por la cañada antigua, pasaban por El Real de Manzanares (9) e que metían sus ganados por términos de Madrit e por la Villa, faciéndoles muchos daños en sus mieses e en sus viñas e en sus dehesas e en sus sotos e en sus prados, maguer ('aunque') y 'alli' non facian tuerto ninguno, que vos davan querellas a los alcaldes e entregadores de cavalleros e de otros omnes de la Villa e del su termino e de concejos de las aldeas... que les tomaran sus ganados por fuerza e que prendieran pastos e mataran e firieron... Y pidieronme los cavalleros por merced por el Concejo, que pues en Madrit y en su termino non y 'alli', avie cañadas e los jurados e los alcaldes cumplen de derecho a los que antes vinien segund su fuero, que non quiesiese que los alcaldes e entregadores les pasades contra ellos. E yo (Fernando IV) tóvelo por bien, porque vos mando que ninguno de vos judguedes daqui adelante querellas ni demandas de pastores en Madrit ni en su termino. E si los pastores no quisiesen ir por las cañadas antiguas, que

les dieron los reyes onde yo vengo e yo les confirmé, e quisieren entrar por Madrit y por su termino e algunos daños fizieren o recibieren, que lo querellen a los jurados e a los alcaldes de la Villa e que les cumplan de derecho e les judguen segund su fuero e sus privilegios, que tienen de los reyes que fueron antes que yo e confirmados de mi. E pues yo os mandé seer alcaldes de las cañadas, non vos entrometades en judgar en Madrit, nin en su termino, nin en otro lugar, do no aya cañadas, por carta mia que tengades, que contra esta sea. Ca mi voluntad es que yo por ninguna manera non passedes contra ellos ni contra su fuero en esta razón.

E non fagades ende al...

La carta II de Fernando IV, otorgada tres días más tarde, es decir en 1303, marzo, 27, va dirigida a Ferrand Gil de Guadafajara, alcalde entregador de los pastores por mio mandado. Los emisarios del Concejo de la villa fueron los mismos, a saber: Alfonso Ferrandez mio alguazil en Madrid e Sancho Ferrandez e Ferrando Díaz; e idéntico el motivo de queja: librar en Madrid e su termino las querellas e demandas de los pastores, emplazar a cavalleros e a otros hombres e concejos de las aldeas para ante vos

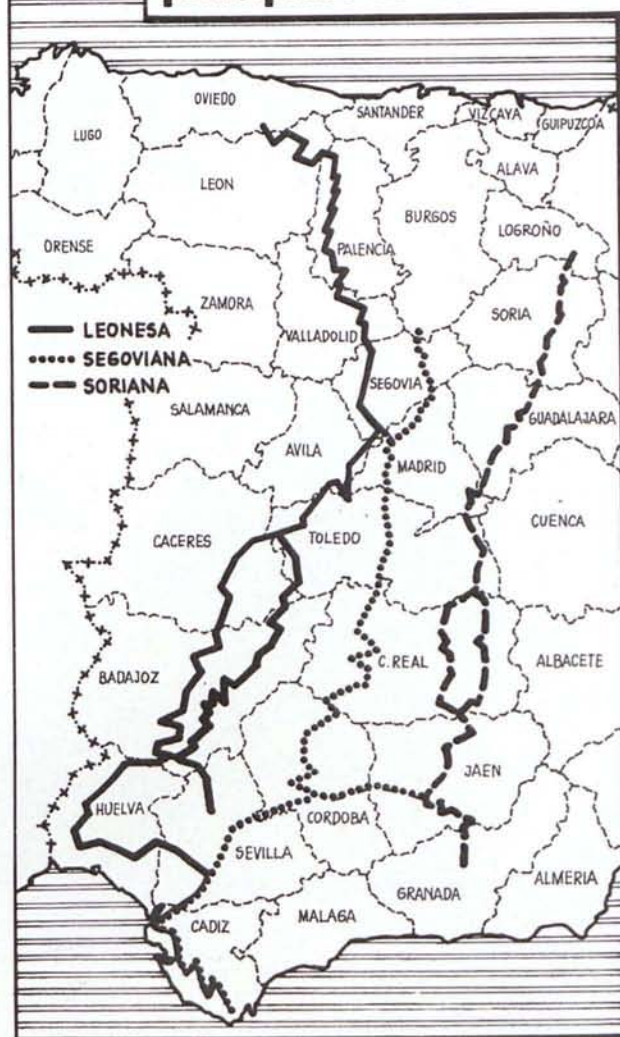
por querellas, que dezides que vos davan dello los pastores.

La decisión del monarca es igualmente idéntica: vos no sois alcaldes, sino de las cañadas e non tengo por bien que vos ni otro entregador juzgue ni libree en Madrid ni en su termino querellas y demandas de pastores; sino que les demanden ante los alcaldes e jurados de Madrit: ...Asi pues todo cuanto 'alli' fizisteis es baldio e non tengo por bien que vala...

Todavía tras la lectura de ambas cartas los dichos Migaél Domingo e Johan Pérez alegaron ante el Concejo que «tales cartas e sentencia, no les embargaba, pues el dicho rey don Fernando era finado». A lo que el propio Concejo replicó que el rey F. IV era finado, mas su sentencia era válida e debía ser guardada para siempre, segund que en la dicha su carta de sentencia se contenía.

Finalmente, visto el requerimiento formulado a Jordan García por los emisarios de la Mesta, ante el Concejo madrileño y lo alegado por éste, el tenor de las cartas de don F. IV, etc., emitió el fallo siguiente: «Pues el dicho rey don Ferrando libró por sentencia que ni en Madrid ni en su termino no oviese cañadas, por do passase los pastores a extremos, nin otrosy que alcalde del Con-

## principales cañadas reales



Cañadas. Atención especial a la segoviana.



cejo de la Mesta pudiese juzgar pleitos de pastores en Madrid ni en su termino, que yo no puedo ni debo conocer de tales pleitos, nin otrosy abrir cañada, nin pasar a más de cuanto el dicho señor rey don Ferrando mandó por la dicha su carta de sentencia. E juzgando por sentencia, mando que las dichas cartas que el dicho señor rey don Ferrando se cumplan y se guarden en todo segun que en ella se contienen.—Fecha en Madrid en quinze dias de junio era de mill e trescientos ochenta e tres años.» O sea 1345 de la Era Cristiana.—Sig. 2-358-55.

En exactas, equivalentes circunstancias, emite su fallo Aleman de Segovia, alcalde del Concejo de la Mesta, unos años después, o sea en 1557, ante el Concejo ayuntado el 18 de diciembre del propio año. La ratificación fue total y el argumento decisivo fueron las dos cartas mencionadas dadas por Felipe IV (10).

Posteriormente, y con arreglo a un testimonio signado de Nicolás García, a propósito de un pleito seguido entre el Concejo de Madrid y el alcalde de la Mesta sobre tan debatido asunto, salen a relucir las sentencias emitidas por los alcaldes de la Mesta, Jordan García y Aleman de Segovia, todo en virtud de los privilegios que Fernando IV confirmó por carta de Enrique II, prohibiendo a los jueces de Mestas y cañadas entremeterse en los términos de Madrid y su tierra (1378, febrero, 14. Valladolid); más el privilegio rodado de Juan I, en que se incluye y confirma el anterior (dado por su padre en Valladolid y a 1378).

Ocurrió todo ello en el ayuntamiento acaecido el 9 de agosto, donde se presentaron por el Concejo de la Mesta diferentes escrituras y privilegios de tal Concejo por García de Toledo, a quien S. M. nombró por alcalde del Concejo de la Mesta, con facultad de nombrar teniente, a fin de que conociese en todas las mestas y cañadas y haciendo se guardasen los privilegios de ellas mediante uno, dado en Madrid a 20 de diciembre de 1397.

El vicepresidente nombrado, Pedro F. de Medina, que ya conocía el asunto y la respuesta de Madrid, bien fundamentada en privilegios y sentencias, por cuyos motivos no quería seguir el tal pleito y lo renunciaba y renunció, dándolo por ninguno; de lo cual pidió copia. La Villa en cambio, deseaba seguir la causa (11).

Y para finalizar este aspecto cabe mencionar la provisión del Consejo de Enrique III, fecha del 24 de febrero de 1398, dirigida a los alcaldes y alguaciles de Toledo e de la mi Corte, a todos los alcaldes e alguaciles, jueces, justicias mayores e otros oficiales cualesquier de todas las ciudades, villas e lugares de los mi reinos e señoríos... ordenándoles guardar a la Villa de Madrid los privilegios e sentencias que tenían, referentes haber estado desde tiempos inmemorial en posesión de uso de la jurisdicción de los alcaldes de la Mesta y de las cañadas (12).

Bien que el asunto relativo a la organización de las *mestas locales* nada tenga que ver con el ganado trashumante, verdad es que la Villa de Madrid organizó la suya propia muy tardía, más concienzudamente, ya que su contenido abarcaba todas las materias referentes a la industria pastoril. Su misión más importante era la asignación del ganado mesteño extraviado a sus legítimos dueños, y caso contrario proceder a su ven-

ta, ingresándose el dinero en la tesorería de la ciudad, bien que no siempre. Muy anteriores fueron las mestas locales de León, que reuniría los pastores de los altos valles leoneses; la de Segovia, en la que después se juntaron los ganaderos que llevaban a pastar sus ganados al Sistema Central; la de Soria, que incluiría los de las sierras y valles del Alto Duero y de Cameros, y la de Cuenca, que debió organizarse no mucho después de la conquista de la ciudad (Alfonso VIII, 1177). Hasta 1273 no se reunieron todas ellas en junta, concejo o hermandad. En tal fecha, Alfonso X concedió privilegios al «concejo del mio Reino» (Valdeavellano, 266). La de Soria fue el modelo utilizado por su excelente organización.

La iniciativa de la Mesta local madrileña surgió en el Ayuntamiento o sesión plenaria: regidores, caballeros, escuderos, oficiales e omnes buenos, presidido por el doctor Juan de Agüero, juez pesquisador de residencia en la dicha villa y su tierra por el rey y reina, nuestros señores. Parecieron presentes cinco señores, vecinos de la villa, por sí y en nombre de todos los vecinos e moradores de la villa y tierra, que son señores de ganados, para la gobernación de sus ganados e para que sus pastores no les puedan hacer menos nengund ganado e para excusar muchos daños... ellos habían suplicado a sus altezas que les mandasen dar licencia para poderse juntar dos veces al año en esta villa e sus arrabales, dos veces cada año, e que un ayuntamiento fuese un día después de San Juan de junio de cada año y el otro ayuntamiento en fin de octubre... Entre las cláusulas principales figuran que se nombrasen los alcaldes y dos acusadores y un escribano e ciertos ordenanzas, que puedan verse en el Ayuntamiento de la villa, y hallándola útil y provechosa mandarían su carta para que se llevase a cabo y se celebrasen los ayuntamientos indicados y las ordenanzas, ya elaboradas por Alfonso del Mármol, Gonzalo de Monzón, Fernán Ruiz de Madrid y el bachiller Arias Mocejón, que para ello fueron nombrados. Una vez vistas y aprobadas los reyes las aprobarían y confirmarían.

Fecho e sacado este dicho traslado de las Ordenanzas que están en un libro de la Villa y su tierra. En la Villa de Madrid a veinticinco días del mes de marzo, año del nascimiento de nuestro Salvador Jhu. de Cristo de mil e cuatrocientos e noventa y cinco años (13).

Bien que sea anticipar hechos, hablemos algo de la política de los Reyes Católicos respecto a la Mesta. Si las ciudades, mejor o peor, habían podido defender sus pastos y cercados durante las primeras centurias de la existencia de la Mesta, con el advenimiento de la monarquía absoluta y centralizada cambió tal estado de cosas. Los ganaderos variaron su actitud hacia los problemas del pastoreo. La Mesta se sintió lo bastante fuerte para retar con su poder los privilegios y ordenanzas locales. Sus abogados argüían que, puesto que las dehesas de los pueblos eran pastos comunes, debían serlo para vecinos y forasteros... Se despertó el espíritu militante de los ganaderos mesteños para asegurar a sus rebaños pastos verdes, abundantes y baratos, sin consideración alguna a los intereses agrícolas ni para la misma ganadería estante. Cuando, por ejemplo, los propietarios aumentaron las rentas a cau-

sa de la depresión de la moneda, la corona autorizó a la Mesta que pagara una cuarta parte menos que el precio de los antiguos arrendamientos (14). Y, desde el punto de vista local, a su tiempo veremos los acuerdos siguientes, incluidos en los *Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño*, tomo II, edición de 1970.

### III

Por más que proliferasen los privilegios, confirmaciones y decretos reales, como el privilegio de Alfonso XI —dado en 1347—, a menos de un siglo de la constitución del Honrado Concejo de la Mesta (1273), por Alfonso X; ni el decreto famoso de 1413. Gracias a ambos se colocaba a la Mesta bajo la protección real, con todos sus ganados, cuyo conjunto formaba una sola cabaña, la denominada real. Salvaguardada contra los abusos, malos tratos y exacciones excesivas. Mas la función del alcalde entregador, con sus legiones de alguaciles, escribanos, notarios, era inútil cuando el desafuero lo cometía algún noble, eclesiástico o ciudadano importante.

Entonces, carente de la protección de la corona, la Mesta se valía de sus propios medios, con tendencia a igualarse a todos ellos. El recurso utilizado para lograr sus fines eran las denominadas *avz-nencias o concordias*, la suscripción de contratos con las ciudades, las iglesias y las grandes familias nobiliarias (Klein, página 207).

La primera de ellas se concertó en el ayuntamiento o sesión correspondiente al 2 de marzo de 1418; lograronlo dos alcaldes de la Mesta, más cuatro regidores caballeros y escuderos del Concejo, que se ayuntaban en Villanueva de Sireuela, Diego López de Mendoza, señor de Hita y tutor de Gómez Carrillo, que heredó la alcaidía de la Mesta (15), vinculada largo tiempo en la familia Carrillo.

A manera de prólogo o exposición de motivos, los alcaides representantes de la Mesta indicaron «que hay grandes debates y contiendas con nosotros sobre razón del paso de ganados que atraviesan los términos de villas y ciudades, alegando que producen muchos daños; y nosotros diciendo que los tales lugares hacen muchas sin razones a dichos ganados. Sobre lo cual hubo trato de avenencia entre el Concejo de Madrid y nosotros e non nos igualamos, e agora, López de Mendoza nos rogó que pusiésemos este debate en su poder e nosotros, deseando haber con la villa de Madrid buen amorio e igualanza...»

Con la concisión posible, ofrecemos aquí los términos coincidentes, con arreglo a los cuales se redactó la escritura de ajuste, firmada a 14 de enero de 1418...

a) Primeramente, que a fin de que pudiesen pasar los ganados, que fueren a los extremos, les pedían que reparasen los puentes, por do pasasen los ganados dentro del alfoz de Madrd. A ello respondió el Concejo que le placía.

b) Que tuviese a bien concedérseles un plazo de cuatro días con sus noches para el paso de cada rebaño. El Concejo accedió.

c) Que los ganados, cuyo paso causase daño a la villa y su término, ya en panes, viñas, dehesas, prados de guadaña, que los tales ganados no sean embarcados salvo uno o dos pastores; y los daños justipreciados por hombres bue-



nos y pagados. A esto respondió la villa que les placía, si apareciese el dañador manifiesto; de no ser así, el rebaño más cercano respondería del daño, y luego ellos entre sí harían las pesquisas correspondientes.

d) La Villa rechazó de plano el encargo de poner dos personas a fin de que se hiciesen cargo de la renta destinada a reparar la puente del Arzobispo y Montalbán, por cuanto en los términos de Talavera, Escalona, Montalbán y Maqueda existen muchos ganados que no pasan por tales puentes. La villa de Madrid se sintió muy agraviada por tal propuesta e indicó que se atendría a lo que sigue.

e) Los ganados que pasasen por el puente de Viveros traigan albañales de Daganzo, con la cuantía del ganado para cobrar el derecho de paso a razón de cincuenta mil maravedís el millar (50.000) y que lo pechen y paguen con el cuatro tanto los representantes. Los procuradores de la Mesta dieron su conformidad.

f) Cualquier otro ganado que pasase por el término de Madrid, tanto utilizando el puente de Viveros como a través del Manzanares, como por Villanueva y otros lugares cualesquiera, están obligados hacerlo saber a las personas que fueren puestas para el recaudo correspondiente por el Concejo, alcalde y regidores, en Las Rozas, término de Madrid, donde se ha de cobrar el ganado, so la pena del cuatro tanto.

g) Que por el hecho del presente convenio, renta de herbaje, pasaje e adobo de puentes no se entienda haber cañada fecha por Madrid ni por su término, salvo avenimiento de buen amorío y por que más sin daño los ganados puedan pasar. Los representantes de la Mesta dijeron que les placía.

Item, que todos por privilegios y sentencias... que la Villa tiene queden en su fuerza y virtud con todas sus consecuencias antiguas; los jueces ordinarios entenderán en las contiendas entre los pastores y vecinos de la villa y tierra. Las propias autoridades de la villa solventarán, sin mediación de juez ni alcalde, o sea en exclusiva, sobre la falta de pagos en las rentas estipuladas (16).

La vigencia sería de diez años; sobre todo, las cláusulas más importantes de la concordia. De ellas se sacó un traslado por Gaspar Dávila (1544), y posteriormente sacóse una certificación en 1782. (Signa. ASA 2-358-55.)

Sin duda alguna, el logro del propósito largamente perseguido produjo gran satisfacción, ya que sabemos, desde Fernando IV, que en lo antiguo los ganados merinos trashumantes tenían su cañada y paso por el Real de Manzanares, a causa de no haberlas por Madrid, y que siéndoles penoso aquel camino debido a suponer gran rodeo, solicitaba, una y otra vez, que la villa les permitiera el tránsito por Madrid y su tierra, conforme acabamos de exponer.

Sin embargo, dentro del contexto de la avenencia de 1418, la posterior de 1432 añade datos precisos, interesantes en extremo (17). Se trata de una avenencia hecha y otorgada en la cámara de la villa de Madrid entre cuatro procuradores, que somos del Concejo, alcaldes y caballeros y hombres buenos de la Mesta y el Concejo, justicia y regimiento de Madrid. En aquel dilatado ayuntamiento o sesión ocurrido en 26 de enero de 1432, recordó haber otorgado entre sí cierta concordia referente al paso

de los ganados mesteños al extremo y su vuelta, respecto de no haber cañadas ni alcaldes entregadores; que Madrid reconstruyese los puentes (véase sesión del 14 de enero de 1418), puntos d), f) y g), a cuyo través pasasen los ganados dentro del término preciso de cuatro días con sus noches cada rebaño, sin entrar en las tierras, viñas, sotos, dehesas ni ejidos bajo las penas del ordenamiento; y que anualmente habian de pagarse por cada rebaño ovejuno, que es un millar cincuenta maravedises, que equivalían a dos blancas de a ocho. Acudiendo al mercado del Arrabal de la villa de Madrid y parasen ante la casa del Portazgo, donde una vez contado el ganado se pagaba. Y si viniese a invernar a Madrid y su tierra pagase tal derecho igualmente; mas si los ganados viniesen por el real de Manzanares y entrasen en término de Madrid, parasen en Majadahonda a fin de contarlos y pagar el derecho.

Y que, sin embargo, de ello no se entendiese que hubiera cañada alguna. Y que ahora el arzobispo de Toledo les dio lugar para que los ganados que viniesen a los extremos y tornasen de ellos, vinieran a través de sus términos de Uceda, Talamanca y Pesadilla; que los que pasasen por Buitrago pudiesen venir al Molar y a Pesadilla, los cuales solían ir

a Madrid, hasta llegar al arrabal de la villa.

Y en tales términos parece se conformaron por tiempo de un año o el que el Concejo de la villa quisiere. Trátase, sin dudar, de la avenencia más interesante, y sobre ella volveremos para su debido comentario. (Signa. 2-358-59.)

#### IV

Un calamitoso asunto, vivero de discordias y dificultades de toda índole, lo produjo el hecho de que la puente de Viveros fuese arrastrada por una avenida del Jarama. El hecho provocó una provisión del Consejo de Carlos V, dada en Ocaña a 16 de marzo de 1531. El catastrófico desastre se vio y debatió en el ayuntamiento de 5 de septiembre de 1531. Presidía la sesión el licenciado Francisco de Cerdeña, juez de residencia de la villa de Madrid. Ante Cardena y los regidores, etcétera, presentóse Rodrigo de Soria, vecino de la villa de Madrid, y en nombre y como procurador que se mostró ser del H. C. de la Mesta General de estos reinos de Castilla, León y Granada y exhibió una carta de poder, signada de escribano público y presentó a los dichos señores, justicia e regimien-



Plano topográfico, judicial y administrativo de la villa de Madrid y sus afueras, inédito aún. Corresponde a la jurisdicción de Alcalá de Henares. Atención especial al puente de Viveros sobre el Jarama, ubicado entre Barajas, San Fernando y Coslada; también a Vicálvaro, al Oeste, y entrada al partido de Madrid.

por el Real de Manzanares y no entraban en término de Madrid. ¿Razón de eludir el término madrileño? I. López de Mendoza, señor de Alcobendas, sin derecho alguno ponía guardas en la propia Alcobendas a fin de que cobrasen ciertas cuantías de maravedises, como si pasasen por su tierra, tanto a los señores de los ganados como a pastores y rabadanes, y los alcaldes de la Mesta enviaron rogar a la villa de Madrid —a fin de evitar el paso del ganado como fugado e incurrir además en el enojo de don Íñigo y los suyos— que les diese la villa el paso por la cañada Gorda, que parte con Pesadilla el arroyo de Viñuelas, entre el ejido de Villanueva y el Sotillo de las Monjas, al arroyo de Valseco y a los Casares; y a la cabeza de Malgraniello, adelante el arroyo de Alcobendas, que va a dar a la Moraleja e al Corralejo cerca de Beva y entre Hortaleza e Garciruelo; de aquí el camino viejo derecho a Chamartín a dejar las viñas a mano derecha e ir al camino, que viene de Alcalá

to un escrito de requerimiento y una carta de provisión de sus majestades sellada con su sello y librada de los señores de muy alto Consejo; su tenor, algo resumido, es el que sigue:

La venida del Jarama se llevó el puente y el H. C. de la Mesta acudió al Consejo de sus majestades exponiendo que la villa llevaba de cada millar de ganado y pasada por tal puente, por razón de pastos y puentes que en tal término desaprovechaba, cincuenta mil maravedises. El Consejo real, por las provisiones que para ello dieron al fin de la negociación, mandaron que el dicho H. C. de la Mesta hiciese la puente para el paso del ganado y que descontase de la renta del ganado lo que costase hacerlo. Así se hizo estando presente el doctor Arcilla, del Consejo de sus majestades y presidente de dicho H. C. de la Mesta. Averiguóse que se había gastado cuarenta y cuatro mil maravedises y ordena cobrar de cada millar trescientos maravedises, porque más pron-



to se conviniese cobrar y a menor perjuicio de la villa.

Y ahora hemos sabido que los dichos señores, Consejo e justicia han arrendado dicho paso de ganado y le mandan cobrar. Por ende, que les requieren que no se entrometan en arrendar, mientras el H. C. de la Mesta y yo en su nombre (bachiller Solís) liquiden los cuarenta y cuatro mil y tantos maravedises, más los gastos, etc. Sigue la provisión del Consejo de Carlos V.

Don Carlos por la divina clemencia, emperador semper augustus, rey de Alemania, y doña Juana, su madre, etc. Por cuanto por parte de vos el H. C. de la Mesta General destos mios reinos de León y Castilla os aviades quexado muchas veces en el nuestro Consejo, que a causa de no tener reparada la puente del Vivero, que está en los términos de la dicha villa y que es paso de más de dozientas mil cabezas de ganado, pagando como pagaba a la dicha villa a cincuenta mil maravedises cada millar, porque pastan con las hyervas e la dicha villa les tenga reparadas las puentes de sus términos. E después que la puente está caída, al tiempo que los ganados llegan a la ribera como se detienen en el paso, muchos padecían hambre e que por no haber por allí cerca pastos, salvo de tierras e cosas vedadas, los prenden y cohechan y que como no pueden pasar el río, salvo por una barquilla que allí está, que para pasar un rebaño de ovejas es menester casi un día. Acaece reunirse en la misma ribera en un solo día más de quince o veinte rebaños, padeciendo, por cuyo motivo mueren cada vez que van o vienen los ganados les cuesta cinco o seis cabezas de cada rebaño de prendas y barcaje, e como quier que por otras dos provisiones nuestras mandamos reparar... hiciéramos que luego brevemente se hiciese reparar dicha puente, porque ya el fin de hebrero comienzan los ganados a venir a los extremos...

Y dimos licencia a Juan Ruiz de Castrejón y en vuestro nombre, o sea de la villa, nos hizo relación, diciendo que como quiera que la dicha nostra carta había sido notificada a la villa de Madrid y Juan de Espinosa, procurador en su nombre, respondió que el reparo era muy costoso y se requerían más de seis mil ducados de gastos. Y los Propios, como casi siempre, de la villa eran muy pocos no se había podido ni podía hacer ni reparar, e que nos tenían suplicado de la ciudad de Guadalajara e la villa de Alcalá y sus tierras y otros lugares de señorío comarcano, que pretendían interés de estar reparada y se aprovechaban e gozaban de ella. E vos H. C. de la Mesta todos contribuyesen y ayudasen al reparo de la puente y sobre ello se había hecho información, enviándola al nuestro Consejo, para que lo mandásemos proveer e viésemos que la villa, siendo tanto el gasto no podía hacerlo, si los lugares y personas mentadas no contribuyesen al reparo, pues gozaban del aprovechamiento de la puente de Viveros. Invocase, finalmente, que el paso era un concierto por el tiempo que la villa quisiese y no por más. Y pues que agora no había aparejo por donde el ganado pudiese pasar ni entrar por otras partes, sino por la mentada puente, la villa de Madrid y sus términos recibía mucho daño del paso del ganado; e puesto que el paso es por tiempo y voluntad de la villa, agora

tenía por bien que el ganado no pasase por ella ni por sus tierras, pues no tenían cañada auténtica y vos tenían cañadas propias, por donde ir y venir a extremos, según como lo habían antes que con la villa hicieran tal avenencia (1418), y sobre todo, 1432. Se amenazaba, caso de contravenir la prohibición con quintar, o sea, con la pena del quinto de todos los ganados trashumantes que entrasen con arreglo a las ordenanzas de la villa e su tierra. Finalmente, que al cabo de los ciento cincuenta años del concierto y dado que agora alegaban cosas impertinentes..., suplicaban les diésemos licencia e facultad para reparar la mentada puente a su costa; e que por el tiempo que los ganados tardasen en pasar, cobrase de las otras personas otra tanto como le pagaban al barquero que está en la barca encima de dicha puente; porque de ello los caminantes recibirían beneficio, ya que la puente costaría muchos dineros por ser largo el trayecto..., y que por estar bien fija se haría de cal y canto, como antes; y para el pronto reparo de ella mandásemos personas comarcanas a la puente y para su reparo les diésemos las vigas de álamos, pagando lo que dos buenas personas juraron que valían.

Lo cual visto por los del nuestro Consejo fue acordado que mandásemos licencia y facultad para que a vuestra costa hagáis la dicha puente de los Viveros de madera y pudieran pasar los ganados y podáis cobrar los maravedises que en ellos justamente gastaredes, de los cincuenta mil el millar de la villa de Madrid lleva por razón del pasaje del ganado, hasta tanto que seáis entregado de la cuantía de maravedises que gastaredes. De lo cual vos mandamos por esta nuestra carta, sellada con nuestro sello y librada de nuestro Consejo. Dada en la villa de Ocaña a dieciséis días del mes de marzo, año del Señor de 1571.

Juan Compostela, licenciatus. Aguirre Acuña, licenciatus.

Aguirre Acuña licenciatus.

Medina, doctor. Van sin rúbrica por tratarse de una copia simple, y de ahí la ausencia de firmas. Yo, Francisco del Castillo, escribano de cámara de las cesáreas y católicas majestades, la fiz escribir por su mandato con acuerdo de los del su Consejo.

Registrada, Miguel de Vergara. Miguel Ortiz, chanciller.

Incluida en el documento ASA 2-358-56.

Sabido es que la Mesta tenía en las Cortes la oposición más abierta, incluso durante los cuarenta y dos años del reinado de Felipe II (1556-1598) hubo treinta concordias nuevas, incluso numerosas renovaciones de las antiguas al redactarlas. La Mesta se abstuvo de su habitual insistencia de que fueran confirmadas por su real protector o por el Consejo. En algunos casos las chancillerías, ahora enconadas enemigas de la Mesta, prescindían de los antiguos privilegios de la Corona y del Consejo ordenando a los ganaderos que sometieran sus concordias a los tribunales supremos para la apelación final (Klein, 237).

La penalidad de *quintar* era notoria entre los pueblos y ciudades comarcanas, y así los testigos alegan haber presentado a los guardas de Segovia quintando a ciertos vecinos de Griñón y los de Madrid quintando a ciertos vecinos de Humanes, tierra del conde de Fuensalida, y así en muchos casos, a manera de costumbre admitida.

Pues bien, por parte de la villa de Madrid se formuló probanza para presentar en el pleito que estaba pendiente en el año 1537 sobre el quinto de las penas, que se llevaban a los ganados que se hallaran haciendo daño en los términos de esta villa.

Mención de las partes: dos guardas de la tierra madrileña contra Antonio Sánchez Hidalgo, vecino de Zafra, cuyos eran los carneros que se quintan. Un hato de carneros, que podrían ser seiscientos, poco más o menos.

Las preguntas sobre las que acaecen la probanza son siete: 1) Si saben noticias de la villa de Madrid y de sus términos y si conocen a los tales guardas y a Sánchez Hidalgo. 2) Si saben que un día del mes de mayo deste presente año de 1537 los guardas jurados de la villa de Madrid tomaron paciendi dicho hato. 3) Si dichos guardas tomaron y prendieron a los carneros dentro del término de Madrid andando paciendi por los términos, fuera de camino, como si estuvieran en sus propios términos e pastos de la villa de Zafra, donde Sánchez Hidalgo vive y es vecino. 4) Item si saben que en la villa de Madrid hay ordenanza, usada y guardada de más de cuarenta, setenta y ochenta años y más tiempo a esta parte, que cualesquier ganados mayores y menores de cualquier calidad que sean, tomados en los términos de la villa, aunque sean lugares comarcanos, que no son de la jurisdicción de Madrid o personas forasteras, que vayan o vengan, si salen de los caminos y apacientan en la tierra de Madrid se pena y los quintan los guardas y el dueño paga la quinta parte de tal ganado por pena.

5) Idem si saben que si tal ordenanza se ha leído a los testigos, etcétera.

6) Idem si saben...

El desfile de testigos es descomunal, y por si esto fuera poco en el expediente figura una cédula de «don Carlos... por la divina clemencia, emperador, etc. Sepades que el pleito está pendiente en nuestra corte y chancillería, ante el procurador de la nuestra Abdiencia entre Antonio Sánchez Hidalgo, vecino de la villa de Zafra, de la una parte, y el Consejo, justicias y regidores de la villa de Madrid, e Juan Sánchez y Juan Prieto, guardas de la villa de Madrid y su tierra sobre razón de estar ciertos carneros... y las dichas partes fueron recibidas a prueba en cierta forma y contenido... e agora por parte del dicho Consejo, justicia, regidores... nos fue suplicado les mandásemos dar una carta de receptoría, para fazer su probanza en el pleito del término y traer y presentar ante nos como la nuestra merced fuese. Visto lo cual por nuestros procuradores, he acordado que habíamos mandado esta nuestra carta para vos en la dicha razón e vos tovimoslo por bien. Porque vos mandamos que si la parte del dicho Consejo, justicia y regimiento de la villa pareciera ante nos o cualquiera pareciere dentro del dicho término de los ciento veinte días los cuales corren... desde dos días del mes de octubre deste presente año de la data desta nuestra carta adelante e vos requiera con ella, hagáis venir e parecer ante vos a todas las personas... que se traten de aprovechar por testigos, para hacer de dicha probanza... e toméis de todos e cada uno de ellos juramento en forma de vida de derecho y los dichos y deposiciones de cada uno de ellos,







Licenciatus de Santiago (*rubricado*).  
Doctor Cabrera (*rubricado*).  
Doctor Gevara (*rubricado*), etc.

Yo, Gaspar Sánchez de Vargas, escribano de cámara, las fizez escribir por su mandado con acuerdo de los del su Consejo (*rubricado*).

En sesión del Ayuntamiento de Madrid, once días del mes de septiembre de mil e quinientos e ventidós años ante el señor Bachiller Gaspar López de Durango, teniente regidor en la dicha Villa e ante los señores... fue obedecida. Sello de placa. (Signa. 2-358-57.)

El advenimiento de la casa de Austria, en 1516, significó una nueva época en la historia económica de España. Encontróse súbitamente envuelta en la corriente de un imperialismo mundial, y si el recién reino tenía que soportar la carga, su primera necesidad era un aumento de rentas. Las interminables guerras con Francia, Turquía, los protestantes, Inglaterra y los Países Bajos, apuraban los ya disminuidos recursos de España. La conquista y gobierno de los extensos dominios del Nuevo Mundo, aumentados en 1580 con la adquisición de Portugal y sus posesiones, imponía nuevas cargas sobre la Hacienda, compensadas sólo en parte por los cargamentos de plata. Este complicado programa mundial, combinado con la asombrosa incompetencia y mala administración de los funcionarios fiscales, colocó a los Habsburgo del siglo XVI en situación difícilísima. Bajo el emperador y su hijo, ello significaba presupuestos imponentes, ejércitos de recaudadores y administradores, complicados proyectos, propuestas y campañas, todo lo cual se derrumbó ruidosamente durante el siglo XVII. Surgieron muchos tributos antiguos y la invención de otros nuevos. La industria pastoril contribuyó extensamente y en diversas formas a todos.

No se pasó por ninguna de las exacciones reales. El almojarifazgo, la alcabala y el diezmo de puertos secos se aplicaron con todo rigor a los rebaños trashumantes y a la exportación y venta de sus productos. La alcabala de hierbas, impuesto sobre el producto de los pastos por los Reyes Católicos, se impuso con inusitada seguridad por los agentes de los Habsburgo.

Se emplearon también otros procedimientos para recaudar fondos, entre ellos la antigua renta real de los «mostrennos» sobre las ovejas extraviadas. La renta real de las ovejas fue una de las mermadas rentas de la monarquía que más se explotó. La Corona creó nuevos puntos de recaudación, no sólo en las cañadas meridionales, sino también junto a Aragón y Navarra —las puertas de impuestos reales sobre ovejas se dispusieron en cinco grupos, siendo las principales, dentro de cada uno de éstos, las de Venta del Cojo, Rama Castañas, Montalbán, Abadía y Villaharta—. Cuando los abogados de la Mesta convencieron a algunos miembros de las Cortes para que protestaran en contra de las exacciones, la respuesta del rey fue harto seca y ambigua.

La Mesta invocó en vano la ayuda de sus supuestos aliados, la Corona y sus agentes. Los abogados de los ganaderos pronto se percataron de que el asunto referente a las rentas del rey era totalmente distinto del problema de los arbitrios locales, que se había resuelto con tanta facilidad y eficacia; pero cuando

llegó el momento de la reducción de los ingresos reales, las respuestas de la corona a ruegos de la Mesta eran, cuando no vagas, negativas.

La Mesta no se atrevía a confiar sus intereses a las chancillerías de Valladolid y de Granada porque sus decisiones eran tanto más hostiles cuanto más persistentes se tornaban los recaudadores del servicio. En este punto las Cortes, como defensoras de los privilegios locales y del tradicional autonomismo español, se mantuvieron firmes. Incluso la Contaduría mayor no prestó el apoyo que la Mesta había tenido en otros tiempos de la Corona y sus funcionarios.

No es de extrañar, por tanto, que las cuentas reales demostraran un creciente ingreso, que provenía del servicio y montazgo. Las rentas en 1563 eran tres veces mayores que cuando vino a Castilla el primer Habsburgo: 1513, 5.718.277 maravedíes; 1563, 19.610.000 mrs.

Nada bastaba. Dos contables flamencos de la Real Hacienda se presentaron en Ayllón con un permiso para investigar cuentas. Palacios Rubios, el inteligente presidente, no encontró recurso legal y pronto la H. Real tuvo un informe completo de los recursos de la industria más importante del reino. Carlos se apresuró a abandonar sus reinos, más la Mesta envió su eficiente cuerpo de abogados, que ayudaron a los representantes de las Cortes. Cuando surgió la rebelión de los comuneros, inspirada la Mesta por sus consejeros legales y jefes de la organización desempeñaron un buen papel; mas como organización la Mesta no intervino directamente en tal estallido de protesta nacional contra los intrusos extranjeros en suma; siempre que las campañas contra Túnez, Francisco I o los luteranos requerían fondos, cesaban las protestas, pues la Mesta nunca perdió el carácter semirreligioso de cofradía de pastores. Siempre contribuyó a las diversas causas santas y aun hoy la A. G. de Ganaderos del Reino abre sus sesiones anuales con una misa y los donativos a las iglesias.

Algunas de estas transacciones financieras entre la Mesta y el emperador fue llevada por aquella célebre familia banquera, tan adicta a los Habsburgo, los Fugger, a quien Carlos debía tanto. Los Fugger o Fúcar enviaron un representante para que acompañase a su distinguido cliente a España y en breve plazo se encargaron de recaudar las rentas reales procedentes de los pastos y de los Maestrazgos.

La incertidumbre y peligro de los préstamos costosos agotó, sin embargo, la paciencia de los ganaderos. En su reunión otoñal de 1545 protestaron solemnemente de tan excesivas exigencias, reputándolas de escandalosas imposiciones y monstruosas faltas de escrúpulo, porque, como ya sabe V. M., nuestra organización no posee más rentas que las que pagan nuestros rebaños, muchos de los dueños son pobres pastores, viudas y otros de limitados recursos. A pesar de la altiva dignidad y falta de impresión que ocasionó a don Carlos esta reclamación, en adelante dejó en manos de los Fugger la responsabilidad de los impuestos sobre las ovejas, y no exigió otro préstamo forzoso a la Mesta. Este nuevo arreglo con los Fugger era también satisfactorio para los ganaderos, los cuales preferían las transacciones más serias y comerciales con los banqueros

a las exigencias inseguras e impulsivas del emperador y sus cortesanos. Después de 1565, las cuentas de la Mesta demuestran un beneficio creciente por el subarriendo de los pastos de los Maestrazgos. Aparte de esto, también se enajenó del Real Tesoro, pasándolos a las manos del duque de Maqueda todo el servicio y montazgo que llevaba ya tiempo en parte arrendado, pero no del todo libertado de la vigilancia.

De este modo, durante los primeros años del reinado de Felipe II, las dificultades financieras del monarca dieron ocasión a la Mesta para recabar en gran parte su independencia, comprometida con las obligaciones que debía a la Corona. Todavía faltaba por pagar el servicio y montazgo, más se presupuestó la cantidad pagadera, por medio de arriendos a largo plazo y no como se venía haciendo supeditada al capricho y necesidades del soberano y de sus favoritos y acreedores.

Además, la desvalorización de la moneda, debida al influjo del oro y de la plata americanos, reducía, en gran parte, la carga del servicio, que como se ha indicado ya, se mantuvo en un precio fijo durante largos años. No es de extrañar que estas transacciones de 1563-68 fueron fundamentales para asegurar durante más de un siglo la tranquilidad financiera de la Mesta. Y después de varias fluctuaciones, testimonio para la historia fiscal de la Mesta en este periodo deprimente, de sordidas disputas, despilfarro y mezquindades.

Los Borbones, Felipe V, trata de resucitar el tesoro real, adopta los métodos de centralización administrativa propia de los Borbones franceses. El consejo real trató, valiéndose de los eficaces intendentes que trataron de resucitar las rentas de la Mesta; todo se aumenta desde la sal, incluso los impuestos de exportación sobre la lana (1748).

Finalmente, el más grande de los Borbones españoles, Carlos III (1759-88), estaba dispuesto a continuar la inteligente política iniciada por estas medias de 1748 y 1758; mas persuadido de la inutilidad de la organización de la Mesta, tanto más que ya tuvo experiencia de la industria pastoril en su reino de Nápoles. Decidió que si la Corona recibía rentas de esta procedencia, deberían provenir de una industria saneada y normal y no de un monopolio gremial, absurdo y senil. Campomanes empleó estos datos para convencer al rey, aunque no era necesario inculcarle esta convicción de que la Mesta y su industria retrasaban el florecimiento agrícola y, por consiguiente, el aumento de población. Era, pues, una amenaza para la prosperidad del reino y para la solvencia de la hacienda real.

V

1564, septiembre, 24. Madrid.

Sobre carta de otras dirigidas al procurador para que las justicias de esta villa no quiten los ganados de los hermanos de la Mesta que pasan por el término de la legua pagando el daño que hicieren conforme a los privilegios de la Mesta.

Don Phelipe por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Aragón... bien sabeis como nos mandanos dar y dimos para vos una carta y sobrecarta sellada con nuestro sello... a vos e librada de los del vuestro Consejo... la cual parece que



fue notificada... a vos el que es o fuere corregidor o juez de residencia de esta Villa de Madrid o vuestro lugar teniente en el dicho oficio y otras cualesquier justicias de la Villa e personas a quien lo en esta carta contenido toca... sepades que Antonio de Quintela en nombre de H. C. de la Mesta General de nuestros reinos y hermanos del hizo relacion, diciendo que por advertencias, poco más o menos, que pasando por los terminos de esta Villa un hato de ganado de un Juan Izquierdo, vecino de Villoslada hermano de Mesta, vosotros enviasteis ciertos guardas y prendaron el dicho ganado sin hacer daño en panes ni en viñas ni en otras cosas contenidas en los privilegios del dicho Concejo y al pasar con el hato de ganado le tuvisteis preso en la cárcel pública de la Villa pidiendo diese fianzas o el quinto ce dicho ganado... Ocurren desafueros por el estilo, lo cual da lugar a otras sobrecartas y como tal debíamos mandar revocar declarando el dicho Concejo de la Mesta y hermanos de el no poder entrar con sus ganados mayores y menores en los términos de la dicha Villa y su Tierra porque habiades prendado y prendabades ganado alguno de los dichos hermanos por tal causa contenida... Y siempre por mandado y con acuerdo de los del Concejo e regimiento... las cuales dichas vuestras cartas y sobrecartas parece que fueron notificadas a vos nuestro dicho Don Ruiz de Villaquirán nuestro corregidor desta Villa, el Concejo e ayuntamiento de ella y la obedezcáis; en cuanto al cumplimiento de vos el dicho corregidor respondisteis que estabades presto de las guardar y cumplir como por ellas se manda; y que se notifica al licencia Cabezas vuestro teniente, al Concejo justicias y regimiento de esta Villa para que se guarden y sean cumplidas por vos en el dicho ayuntamiento... Se necesitaron una carta y cuatro sobrecartas para que el pensamiento y las medidas disciplinarias fueran rigurosamente concluidas y acatadas.

Dada en Madrid, a 9 de noviembre de 1564.

## VI

Nombrado por la presidencia de la Asociación General de Ganaderos el que suscribe visitador extraordinario de ganadería y cañadas para deslindar y amojonar las vías y servidumbres pecuarias de esta provincia y autorizado para el mismo fin por el señor gobernador, según consta en el «Boletín Oficial» correspondiente al 20 de junio último, tiene el honor de poner en conocimiento de vuestre señoría, que con arreglo a las órdenes que se les tienen comunicadas, le es indispensable continuar sus operaciones en el término de esta Corte, empezando por la cañada que atraviesa el puente de Segovia, en su mayor parte roturada por vecinos labradores de esta capital, con gravísimo perjuicio de las cabañas que cruzan desde la Mancha y Extremadura a Segovia, Soria y otras provincias y viceversa, y aun de toda la población de esta Villa, por lo que se dificulta el comercio de las reses que vienen con destino al abasto público.

Para poner término a los abusos citados y que la ganadería recobre sus derechos en las puertas de la capital... espera el que suscribe que dando una prueba más de su rectitud y del mereci-



Ilustración en blanco y negro. Partido judicial y administrativo de Madrid. Atención a las Ventas del Espíritu Santo y arroyo Abroñigal, como asimismo a las sembraduras entre el arroyo mentado, el Parador de Muñoz y finales del Retiro.

do interés que le inspira la importante industria pecuaria, se sirva señalar día para el deslinde que empezará, si otra cosa no dispone, en el dicho puente de Segovia. Urge disponer los oportunos anuncios, nombrar los peritos, designar la persona que ha de presidir la operación y disponer cuanto juzgue conveniente para que ésta se practique con la formalidad debida.

Dios guarde... Madrid, 22 de julio de 1861.—Celestino del Río, gobernador.—Dirigida al alcalde-corregidor de la Villa de Madrid.

El 13 de septiembre de 1861, con arreglo a la disposición del señor gobernador de la provincia, que aparece publicada en el «B. O.» del 20 de junio último, ha sido nombrado don Celestino del Río visitador extraordinario de Ganadería y Cañadas, para deslindar y amojonar las vías y servidumbres pecuarias; y proponiéndose dar principio por la cañada que atraviesa el puente de Segovia, en el día y con asistencia que la persona que el excelentísimo Ayuntamiento estimase designar, S. E. se ha servido señalar los días 19 y 20 del corriente mes, nombrando para presidir dichas operaciones una comisión de su seno compuesta de V. S. y del señor corregidor... asistida del agrimensor de esta Villa.

Dios guarde, etc.

En los días 19 y 20 del corriente mes se ha de deslindar y amojonar la cañada del ganado trashumante que atraviesa el puente de Segovia, por el visitador de ganadería y servidumbres pecuarias de esta provincia con asistencia de una comisión representante de la corporación municipal y se anuncia para conocimiento de los labradores, propietarios y terratenientes, que tengan fincas colindantes con dicha cañada.—Madrid, 13

de septiembre de 1861.—El alcalde-corregidor, Duque de Sesto.

A las cinco de la tarde del día siguiente se dispone que se hallen en el parador denominado de Sierra, afuera de la puerta de Segovia, cuatro mangueros provistos de las herramientas de azadón y pico para hacer a presencia de una comisión del Excmo. Ayuntamiento unos mojones provisionales de tierra en la cañada que atraviesa el puente de Segovia.—Madrid, 18 de septiembre de 1862.

Escritura.—En la Villa de Madrid, a 19 de septiembre de 1861, siendo las cinco de la tarde, se reunieron en la carretera general de Extremadura, y a la salida del puente de Segovia, don Baltasar Hermoso del Caño, corregidor comisario de propios rurales; el señor Ramírez González, regidor síndico interino y ambos nombrados en representación del excelentísimo Ayuntamiento constitucional de esta M. H. Villa, para presidir las operaciones del apeo, deslinde y amojonamiento de la Cañada Real que atraviesa la indicada puente, para cuyo acto se hallaban asistidos de don Félix María Gómez, agrimensor de la referida corporación. Siendo concurrente al acto don Celestino del Río, visitador extraordinario de Ganadería y Cañadas; don Julián de las Heras, síndico de Ganadería, y los señores don María Pontes y don Alejandro Medina, como peritos ganaderos nombrados por dicho visitador extraordinario, quienes están prontos a prestar el juramento que de derecho se requiere para estos casos, terminadas que sean las operaciones, de cuyo requisito deben quedar relevados los señores representantes del Excmo. Ayuntamiento, puesto que ya le prestaron al tomar posesión del cargo que desempeñaban. Así reunidos los expresados señores y asisti-





Partido de Alcalá.

dos de suficientes números de peones azadoneros y hallándose provistos de los útiles necesarios, se reconoció la cuerda que debía servir de medida y resultó ser de noventa varas exactas, ampliación que corresponde a esta Villa. Se recordó a los señores peritos el deber en que estaban de manifestar los abrevaderos y descansaderos que conozcan viene disfrutando la cabaña de su término, así como los sitios en donde resultaren intrusiones sin beneficiar a un colindante en perjuicio de otro, puesto que si lo hicieran con conocimiento habrían de incurrir en responsabilidad. Se hizo presente haber sido citado por el «Diario Oficial de Madrid», los dueños de las fincas colindantes con la debida antelación lo no obstante no se habían presentado a presenciar las operaciones que se iban a practicar, y se acordó en su consecuencia les parara el perjuicio a que su morosidad les había hecho acreedores. Para el amojonamiento se adoptó el sistema de colocar uno enfrente de otro, a cada extremo del ancho de la cañada y de cien en cien pasos de su longitud. En este supuesto y a los cien pasos, que los hace frente al Km. 2, donde se halla construida la carretera general en el centro de la cañada, con suficiente altura se colocó un mojón a cada lado. Continuando la operación y a los 36 pasos del indicado kilómetro, tiene entrada por el costado derecho el descansadero que sustituye al antiguo de la Tela, y al llegar a este punto se pidió por el señor visitador extraordinario se procediese a su reconocimiento y estimado así por la Comisión representante del excelentísimo Ayuntamiento se hizo comparecer a don Antonio Valdovino, usufructuario de dicho descansadero y habiéndosele interrogado acerca de los fundamentos y au-

torización en virtud de las cuales exigía un real por cada carro de apar que allí paraba, siendo así que el Excmo. Ayuntamiento sólo le tenía rematado el aprovechamiento y disfrute de las basuras; contestó Valdovino ser cierto que hacía dicha exacción sin estar expresamente autorizado para ello; pero que la tal cobranza tenía por origen resarcir los gastos que ocasiona tener un mozo con tubos, sogas y demás útiles necesarios para facilitar agua con abundancia a las yuntas conductoras de los carros que allí se recogen, en cuya visita y no teniendo por suficientes las razones alegadas, el señor visitador extraordinario denunció el referido hecho de la manera más solemne ante la dicha comisión. A los 200 pasos, por el costado izquierdo, se hallan edificios construidos poco tiempo ha dentro de los límites de la cañada, sin embargo, de hallarse ésta con la ampliación de las noventa varas que la corresponden, lo cual es debido al descansadero de que va hecho y que intesta con la tapia de la Casa de Campo. A los 300 pasos, por el costado derecho, se reconoció continuar el mismo descansadero, y por el de la izquierda fincas que se creen de dominio particular y constituyen la barriada titulada de Colmenares, en cuyo puente, y a partir del centro de la carretera, se dispuso fijar y quedó hecho un coto a las 45 varas. Al cuarto, los señores peritos, tanto de parte del Excmo. Ayuntamiento como los nombrados por el visitador extraordinario en conceptos de ganaderos, dijeron: Que en el sitio donde a la sazón llegaban las operaciones del deslinde por la parte de la izquierda, lo han conocido de Huerta, lo cual, no obstante, se resolvió poner el hito, a las cuarenta y cinco varas de dicho colateral, pues de lo contrario se

afectaba a los intereses de la Villa de Madrid. Al quinto sitio, conocido por la Puerta del Angel, en el costado izquierdo, se halla la caseta del peón caminero dentro de las noventa varas de la Cañada Real, que se está visitando, en tal estado y siendo la hora avanzada se acordó poner término a las operaciones de este día a calidad de continuarlas en el siguiente a las cuatro de la tarde, para cuya hora se encareció la concurrencia de todos los presentes, quedando terminado el acto de este día.

Baltasar Hermoso del Caño (rubricado), Celestino del Río (rubricado), Remigio Ramírez (rubricado), Mariano Ponte (rubricado), a ruego de Alejandro Media, Julián de las Heras (rubricado).

Reunidos a las cuatro de la tarde del día 20 de septiembre de 1861, en el sitio nombrado Puerta del Angel, término de Madrid, a su parte poniente y sobre la carretera general de Extremadura, los señores... con el carácter y representación que se detallan en el acta anterior, asistidos de los peones y con los útiles necesarios y después de haber leído las referencias de los acuerdos y trabajos verificados en el día anterior, hallada conforme, se resolvió aprobarla y dar principio a las operaciones de deslinde y apeo interrumpido ayer. En tal estado el señor visitador extraordinario, llamando la atención de los señores concejales que constituyen la comisión representante del Excmo. Ayuntamiento, dijo que habiéndose probado la exacción que hasta aquí se ha venido haciendo a los dueños de los carros, que utilizan el descansadero que sustituye al antiguo de la Tela, de propio motu del arrendatario de este sitio sin autorización ninguna para ello y considerarlo que la excusa a que apela de facilitar el agua para los ganados con abundancia y oportunidad, como asimismo la supuesta vigilancia, no son razones suficientes para tolerar aquella y teniendo presente además que a pesar de haber sido reconvenido ayer, llega su osadía hasta el punto de seguir cobrando el supuesto derecho a los dueños de los carros, que se hallaban en el expresado descansadero y sin perjuicio de lo demás que se proponía hacer presente al excelentísimo señor alcalde corregidor, manifestó que era de absoluta necesidad, sin perjuicio de las disposiciones gubernativas que se adoptasen, instruido el oportuno expediente; en el acto se le mandase suspender tamaña estafa y si reincidiese se hiciese constar esta circunstancia, pues de ningún modo podía convertirse, sin autorización ni propiedad, en un aprovechamiento común. Enterada la comisión de la manifestación referida, acordó se consignase en el acta para los fines ulteriores; y reconocida la cuerda como en el día anterior, se dio principio a las operaciones según el sistema adoptado. A la distancia marcada para fijar el sexto coto se halló por los dos lados de la carretera roturado el terreno y se situó el mojón con la ampliación legal a la derecha de la heredad que cultiva Antonio Congosto, vecino de Madrid, cuya finca ha sido enajenada por el Estado, como perteneciente a los propios de esta Villa, con mayor cavidad que la que hoy tiene, por cuya razón se halla suspensa la venta; y por el lado de la izquierda, en propiedad de don Segundo Colmenares. A la fijación del séptimo coto se encuentra la cañada en el mismo



caso y las propiedades donde se han situado los mojones son de los mismos dueños, faltando ocho varas a su ampliación, y se ignora si cuando se estableció el cerramiento de la Casa de Campo se tomó parte de lo que era cañada, y caso de ser así podría perjudicarse al propietario del costado opuesto. Al octavo se hallaron roturados los terrenos extremos de la carretera como en los anteriores; aparece la intrusión de once varas en el real bosque y en el costado izquierdo se hizo el mojón en propiedad que cultivaban los Polinares. Al noveno se encontró el sitio en el estado de los anteriores, aunque con más falta en la aplicación legal, por la parte de la posesión del Real Patrimonio y por el colateral. Al decimosegundo, en igual estado y formando el centro de la cañada la carretera, se fijaron los mojones por uno y otro lado en posesión de don Manuel Pando y Castañeda. El decimotercero, encontrando el terreno roturado también por ambos lados, se le dio a la cañada la ampliación legal que corresponde, marcando los sitios en posesión de dicho señor Castañeda. Al llegar a los sitios a donde correspondía fijarse los mojones del decimocuarto al veintidós inclusive, se encontró el terreno en igual estado que los anteriores y se fijaron los hitos con la ampliación legal, siempre en posesión del señor Pando Castañeda. Al siguiente, veintitrés, contando desde la última medida se da a los noventa y tres pasos en el sitio conocido con el nombre de Pierde Madrid y toca con el mojón divisorio de la capital y el de Carabanchel de abajo, a donde se dieron por concluidas las operaciones que sean objeto de esta comisión, después de haber situado veintitrés mojones en cada colateral, los cuales se deberán respetar por la autoridad competente en caso necesario, puesto que los peritos manifestaron haberlos dado la dirección que de tiempo inmemorial han conocido, obrando en conciencia al determinarlo y con la mayor imparcialidad según lo exige el desempeño de sus cargos y para que conste y obre los efectos correspondiente, así, en el Excelentísimo Ayuntamiento como en la Asociación General de Ganaderos firman los concurrentes la presente acta por duplicado.

Finalmente, la publicación del nuevo Reglamento de la Asociación General de Ganaderos, aprobado por R. D. fecha 13 de agosto de 1892, induce al presidente de la Asociación a disponer un último amojonamiento, esta vez con hitos de piedra, conforme al artículo 4.º, a fin de marcar la dirección definitiva de tal vía pecuaria.

La tramitación comienza en octubre de 1893 y finaliza en mayo de 1894; más lo interesante es el acta de amojonamiento, ocurrida el 26 de diciembre de 1893. Asisten al acto un representante del Municipio madrileño y otro por la Asociación, los cuales nombran un secretario, citan a los colindantes en el «Boletín Oficial de la Provincia», etc. Las fases de la operación se hallan reflejadas en el acta mentada:

Persónanse en el sitio denominado Pierde Madrid, carretera de Extremadura, a fin de amojonar la cañada, que desde los Carabancheles entra en el término de la Villa. Fíjanse los mojones, todos de piedra, en los lugares indicados a continuación.

Dos próximos al km. 3 de la mencionada carretera, con la inscripción «Cañada de 75,29 metros».

Continúan hacia el puente de Segovia, colocándose otros dos próximos a este puente: el del lado derecho inmediato al camino, que conduce a la ermita de San Isidro y el del izquierdo enfrente, próximo al fielado.

Pasado el puente, hincanse otros dos iguales a los anteriores: uno, donde da principio la Cuesta de la Vega; el otro enfrente, en el ángulo formado por la calle y ronda de Segovia.

A partir de aquí la comisión se dirige, atravesando la ciudad por la Cuesta de la Vega (19), calle Mayor, Puerta del Sol y calle de Alcalá, a través de las cuales iba la cañada.

Pasada la Puerta de Alcalá, se introducen otros dos mojones en la plaza de la Independencia: uno frente al ángulo, formado por la verja del parque de Madrid y otro enfrente.

Siguen la calle de Alcalá —antes carretera de Aragón— y al llegar al puente de las Ventas del Espíritu Santo, se colocaron los dos últimos hitos a la entrada del mismo, donde finaliza el término de Madrid y comienza el partido de Alcalá.

Diose por terminada la operación, sin que contra ella haya ocurrido protesta ni reclamación alguna. Firma y rúbrica de las tres personas integrantes de la comisión cuyo acto certifica el secretario.

Una abundancia de bienes, cual la rica lana española de grandes proporciones y duración de seis siglos boyantes, sólo admite comparación con el oro negro actual. Entiendo que, a pesar de los esfuerzos ganados y no perdidos por Klein, el riquísimo archivo actual de la Mesta valdría mucho la pena de sanear sus fondos, organizarlos, redactando catálogos con arreglo a las normas actuales. Existe allí una mina considerable que, puesta a punto, proporcionaría inestimables servicios a la investigación de un momento histórico, económico y político español a ningún otro comparable. Las dignas y diligentes autoridades del Sindicato de la Ganadería seguro estoy que se cubrirían de gloria. Y sólo me resta dar las más cumplidas gracias al señor Riesgo, asesor jurídico del Sindicato Nacional de Ganadería, por sus gentiles atenciones hacia mi modesta persona.

Seguidamente y en 1861 debiera haberse rectificado el deslinde de las servidumbres pecuarias por la parte del arroyo Abroñigal. Iniciase mediante oficio de la Alcaldía de Vicálvaro, dirigido al alcalde corregidor de Madrid, a fin de ponerse de acuerdo sobre el día y hora. El Ayuntamiento constitucional de Madrid designó el próximo 3 de febrero de 1862, a la una de su tarde, para practicar tal deslinde por la parte del arroyo Abroñigal en que concluye el término de Vicálvaro y entra el de esta Villa. Ya designado por Vicálvaro el propio alcalde, señor Vior, acompañado del agrimensor y visitador de Propios, más algunos letrados consistoriales para aconsejarles, mientras el alcalde corregidor de Madrid se ha servido designar al letrado consistorial Luis Díez Pérez a fin de que concurra a tal deslinde. El acto quedó firmado y en firme para la una de la tarde del próximo lunes, 23 de febrero. Mas por desdicha el señor Vior no pudo asistir; una solemne procesión a San

Blas se lo impidió a fin de conservar la tranquilidad pública.

Tal deslinde se aplazó para el día 6, a las doce de su mañana.

Infortunadamente, yo vi hace un par de años tal expediente de deslinde, mas debí de guardarlo tan a conciencia que aún no ha aparecido tras buscarlo con todo ahínco. Seguramente que lo hallaré; tan sólo recuerdo que la linde seguía el camino real de Vicálvaro, para seguir seguramente a tomar la calle de Alcalá o carretera de Aragón, y desde luego constaba entonces con seguridad absoluta el Campo de la Tela como descansadero de ganado. Las complicaciones anteriormente relatadas debieron modificar el acuerdo y la Tela volvió a desempeñar su misión.

Una abundancia de bienes, cual la rica lana española, de proporciones y duración de seis siglos boyantes, sólo admite comparación con el oro negro actual. Entiendo que, a pesar de los esfuerzos ganados y no perdidos por Klein, el riquísimo archivo actual de la Mesta valdría mucho la pena de sanear sus fondos, organizarlos, redactando catálogos con arreglo a las normas actuales. Existe allí una mina considerable, que puesta a punto proporcionaría inestimables servicios a la investigación de un momento histórico, económico y político español, a casi ningún otro comparable. Las dignas y diligentes autoridades del Sindicato de la Ganadería seguro estoy que se cubrirían de gloria. Y sólo me resta dar las más cumplidas gracias al señor Riesgo por sus gentiles atenciones para mi modesta persona.

#### NOTAS

(1) Klein, Julius: *La Mesta. Estudio de la historia económica española*. (1273-1836.)

(2) Colmeiro, Manuel: *Historia de la economía política en España*, Madrid, 1863, 2 volúmenes.

(3) R. Sabatino López: *El origen de la oveja merina*. Publicado originariamente en inglés, ha sido incluido en EHM tras su traducción al español por Borrás Cubells.

(4) Parain: *Cambridge Economic History*, I, 161, y Colmeiro, ob. cit., Madrid, 1863, I, 281 ss. Ambos citados por Sabatino López.

(5) Cada entregador disponía de una cañada; luego diócesis en lugar de cañadas. En 1500, definitivamente quedaron en seis. El presidente de la Mesta, miembro más antiguo del Consejo Real, designaba los distritos para cada uno; cada entregador era seguido por legiones de alguaciles, notarios, escribanos, cuyo mequino proceder y exorbitantes exacciones merecían la antipatía de los ciudadanos, ya que todo este sistema judicial ambulante era temible. Eran oficiales del rey y poseían jurisdicción civil y criminal.

(6) Documentos, cuatro tomos.

(7) A. M. C. y E. V. H.: *Documentos*, segunda serie. Tomo segundo, págs. 153-157.

(8) Era la anchura de una cañada. Soga de cuarenta y cinco palmos, o sea, unas treinta varas; en cambio, a vereda o cordel correspondía, poco más o menos, a la mitad de una cañada, es decir, treinta y nueve metros en vez de setenta y seis. Posteriormente, dentro del siglo XVI, cañadas y cordeles eran impuestos locales aplicados a las ovejas que pasaban por los caminos; una adaptación del servicio y montazgo real. Klein, pág. 429.

(9) Precisamente desde 1303 el bajo territorio de Manzanares pertenece de hecho a Madrid, mientras que de El Real, es decir, alto Manzanares y alto Guadarrama, sólo tenía los derechos de usufructo. Tal situación, dictada precisamente por Fernando IV, puede considerarse como definitiva, y en adelante no se plantean nuevas reivindicaciones entre Segovia y Madrid sobre la jurisdicción y si solamente sobre los aprovechamientos:



apacentar sus ganados, cortar leña y madera, carbonear y cazar.

(10) T. Domingo Palacio, t. I, págs. 345-366. Ambas sentencias fueron copiadas en mayo de 1719, tras la ceremonia de abrir la cámara del archivo, conforme queda dicho.

(11) ASA, 2-358-52.

(12) Sign. ASA, 2-195-4. Publicada por Millares Carlo, *Documentos...*, segunda serie, página 298.

(13) Texto completo en Domingo Palacios: *Documentos...* t. III, págs. 395-413.

(14) Klein, 214.

(15) Fue el último alcaide mayor, ya que dicha alcaidía había estado vinculada a la familia Carrillo, y este último heredó el oficio en 1417, a la temprana edad de cinco años, y por ello Juan II nombró a su otro tutor, Lope Vázquez de Acuña, entregador mayor efectivo.

(16) V. la provisión del Consejo dada en Palencia a 25 de enero de 1431. *Documentos...*, segunda serie, t. II, 1943.

Durante la Edad Media era el cargo mayor dentro de la organización interna de la Mes-

ta; solía ejercerlo algún entregador importante o notario real; después, los RR. CC. crearon la presidencia de la Mesta (1500), que solía desempeñar el miembro más antiguo del Consejo de Castilla. Klein, 63.

(17) Trátase de un cuaderno de diez hojas de papel muy mal tratado por la humedad y las bacterias, por cuyo motivo su lectura resulta enrevesada y trabajosa.

(18) En el tomo II de *Acuerdos*, recientemente publicado, ocurren cinco notas, también a propósito de reparos para el puente de Viveros: 1489, abril, 13. Se encargan que el reparo de la puente de Viveros esté listo para el paso del ganado y además que lo tengan enhiesto los obligados de aquí a mediados de mayo, que tornará. Y si algunos derechos hubieran cobrado a los pastores de la Mesta, que se los devuelvan cuando retornen. Página 136.

1489, julio, 1. Se envía carta mensajera a la Mesta acerca de que ayuden con algo para el reparo de la puente de Viveros. Pág. 150.

1491, agosto, 19. Más cartas mensajeras para el mes de agosto a Burgo de Osma un mensajero a la junta de la Mesta ya que escribieron así para la ayuda anterior. Pág. 258.

1491, agosto, 19. Más cartas mensajeras para la Mesta al Burgo, donde se reúnen, a fin de que ayuden al reparo de la puente de Viveros; se envía al comendador Amorós. Página 284.

1492, junio, 8. Revocación del privilegio anterior sobre la Mesta en la Villa y su Tierra. Página 340.

Se nos olvidó indicar, y lo hacemos ahora, que el judío Deven Menahem Cidre, vecino de Madrid, como principal deudor, y su fiador se comprometen a pagar a Ferrando Díez, receptor y en su nombre de 10.500 maravedises por renta del paso del ganado extremeño que pasa por Madrid y su Tierra... El mentado judío tenía arrendada la renta de tal paso a pagar por mitades, al fin del mes de octubre y la otra a fines de noviembre.

(19) El Campo de la Tela servía tradicionalmente de *descansadero* de ganado, antes de atravesar el puente de Segovia. Así se indica en un amojonamiento, bastante anterior el de 1861, cuyo expediente examiné en su día; no he conseguido localizarlo ahora, debido a un excesivo celo por parte de su custodia.



# APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS EN MADRID

Por Juan SAMPELAYO

## IV

### I.-Bécquer, Gustavo Adolfo

Sevilla, 1936-Madrid, 1870. Escritor y poeta.

II. Fue ofrecida esta lápida por don Pedro Marroquín y colocada en la casa donde vivió el poeta, así como su hermano Valeriano, y donde ambos murieron, casa situada en el número 25 de la calle de Claudio Coello. Esta es una casa típicamente decimonónica y como hemos indicado fue el señor Marroquín su iniciador, quien dedicó para la adquisición de la misma todos los ingresos obtenidos con la venta de su libro *Bécquer, el poeta del amor y del dolor*.

III. La lápida, ejecutada en el taller de los ceramistas sevillanos señores González, es de este típico estilo y en ella puede leerse la siguiente leyenda: «En esta casa murió, el día 22 de diciembre de 1870, Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta del amor y del dolor.»

IV. Se inauguró la mencionada lápida el 28 de enero de 1928, siendo descubierta por doña Julia Bécquer



Lápida dedicada a Bécquer





En la glorieta de Quevedo, este bello mármol recuerda a Inurria

de Sinabre, hija de Valeriano y, por tanto, sobrina de Gustavo Adolfo.

En primer término habló don Pedro Marroquín para ofrecer en muy poéticas palabras la lápida al Municipio madrileño. A continuación lo hizo el entonces cronista de Madrid e ilustre escritor don Pedro de Répide, quien evocó la vida de Bécquer en aquella casa, que a la sazón podía considerarse como situada en pleno campo.

Serafín Álvarez Quintero usó de la palabra en nombre de Sevilla, la patria chica común, defendiendo al poeta y a su obra como un aura perfumada y doliente. Por último, el alcalde de Madrid, señor Aristizábal, expresó su complacencia por el acto que se celebraba, tanto en nombre propio como en el de la Corporación que presidía.

Entre otras personalidades se encontraban presentes en esta ceremonia el teniente de alcalde del distrito de Buenavista y numerosos concejales; el general Hermosa, los señores Gómez de Renovales y Chicharro en representación del Círculo de Bellas Artes; el poeta Enrique de Mesa, el escultor Coullaut Valera, autor del monumento sevillano de Bécquer, el académico señor Llanos Torriglia, Pérez Zúñiga, Luis de Tapia, el señor Chaves Nogales como representante del Ateneo sevillano y numeroso público, con gran predominio del elemento femenino.

### I.-Inurria, Mateo

Córdoba, 1867-Madrid, 1924. Escultor. Académico de Bellas Artes.

II. La iniciativa para la colocación de esta lápida en homenaje al insigne escultor cordobés Mateo Inurria se debe a los señores don José de Benito, don Alejandro Lerroux, don Rafael Salazar Alonso, don José Francés, don José del Campo y don Teodoro de Anasagasti, los cuales presentaron en mayo de 1932 una instancia al Ayuntamiento solicitando se cumpliera un acuerdo municipal del año 1925 que disponía se erigiese una lápida conmemorativa en honor del citado escultor. Coincidiendo con esta gestión se presentó en la Dirección de Arquitectura el escultor don Adolfo Aznar, que fue durante algunos años ayudante de Inurria, manifestando que tenía hecho desde hacía tiempo el modelo para la citada lápida. El proyecto, que comprendía una placa de bronce sobre una base de granito pulimentado, importaba en conjunto cuatro mil pesetas, cifra que el director de Arquitectura, señor don Luis Bellido, consideró como aceptable en un informe dado el 23 de julio de dicho año.

Al mismo tiempo el Negociado de Actas del Ayuntamiento indicaba que, habiendo revisado las mismas, no se pudo encontrar constancia del citado acuerdo de 1925, y tardando en contestar los firmantes de la primera instancia al requerimiento que se les hizo para que concretasen la fecha de dicha resolución municipal, varios señores concejales solicitaron el 27 de agosto de 1932 que, independientemente de lo acordado por aquel Ayuntamiento en el año 1925, se dispusiese la colocación de la lápida proyectada por el citado escultor don Adolfo Aznar.

A ello se opuso la Comisión municipal correspondiente en una resolución firmada por los señores Muíño y Redondo, alegando que no había consignación en el presupuesto vigente, si bien proponían se consignaran tres mil pesetas con destino a dicha lápida en los del año venidero de 1933.

Por todas estas razones, el 16 de septiembre de 1932 acordó el Municipio consignar las tres mil pesetas de referencia y a la vez convocar concurso entre escultores nacionales con arreglo a un pliego de condiciones que redactó don Luis Bellido. Al citado concurso se presentaron tres proyectos originales de los señores Torre Isunza, Martínez Repullés y don Cayetano Mejía.



El 17 de enero de 1933, el Jurado presidido por el señor Buceta, don Luis Bellido, el escultor señor Orduña por la Asociación de Pintores y Escultores, don Vicente García en representación del Colegio de Arquitectos y el funcionario de la Sección de Fomento que actuó de secretario, emitió su fallo en el sentido de considerar a los tres proyectos presentados como de condiciones artísticas verdaderamente estimables y proponer la adjudicación del concurso a favor del señor Torre Isunza, calificado en primer lugar. En su virtud, el Ayuntamiento acordó resolver el concurso de acuerdo con la propuesta y facultó al señor Torre Isunza para que, de conformidad con el director de Arquitectura Municipal determinara la materia definitiva en que había de construirse la lápida dado que el proyecto dejaba a la elección del artista la materia.

III. La lápida es de piedra y lleva un bajorrelieve en escultura. Está colocada en la casa de la glorieta de Quevedo, número 5, allí donde tuvo su taller el homenajeado y su leyenda dice así: «A Mateo Inurria, el Ayuntamiento de Madrid-MCMXXXII.»

IV. La inauguración de esta lápida de tan dilatada historia tuvo lugar el jueves 21 de febrero del año de 1935, al cumplirse los once años del fallecimiento del que fue gran escultor. El acto de descubrimiento de la lápida fue presidido por don Rafael Salazar Alonso, en funciones de alcalde de Madrid y como presidente de la Comisión Gestora del Ayuntamiento. Tras el ofrecimiento de la lápida por el señor Salazar, hablaron en el acto don José Francés, en representación de la Academia de Bellas Artes; don Manuel Izquierdo en nombre del Liceo andaluz y la viuda de Inurria que en muy emocionadas palabras agradeció el homenaje. Entre otras personas estuvieron presentes los gestores del Ayuntamiento señores Baixeras, Rueda Morales Ortega y Serrano, don Alejandro Cabanilles que representaba al Ayuntamiento de Córdoba, los señores Pérez Zúñiga, Blay, Benlliure y Garnelo en representación de la Asociación de Escritores y Artistas, así como numerosos pintores y escultores, entre otros

los señores Marinas, Higuera, Santamaría e Hidalgo de Caviedes.



Lápida de Matías Montero

## I. Montero y Rodríguez de Trujillo, Matías

Madrid, 1934. Estudiante de Medicina, miembro del S.E.U. madrileño.

II. Fue el Sindicato Español Universitario quien, al cumplirse el octavo aniversario de caer asesinado Matías Montero, quiso honrar su memoria colocando una lápida en el mismo lugar donde cayó muerto —Mendizábal, 68, hoy Víctor Pradera— a balazos cuando regresaba a su hogar después de haber estado vendiendo el periódico, órgano de la Falange «F.E.».

III. La lápida es de mármol blanco, las letras de la inscripción son doradas y sobre ella está grabado el emblema del S.E.U. El texto de la misma dice así: «En este lugar cayó muerto por Dios, España y su Revolución Nacional Sindicalista, el camarada Matías Montero y Rodríguez de Trujillo, símbolo perenne de la Falange Universitaria. El S. E. U. le dedica esta lápida en el octavo aniversario de su gloriosa muerte. ¡Arriba España! 9 de febrero de 1934-9 de febrero de 1942.»

IV. Como antecedente inmediato a la inauguración de esta lápida hay que anotar que en la misma mañana del día 9 de febrero de 1942 en que se realizó la misma, se celebró en la explanada de la Ciudad Universitaria, frente a la Facultad de Medicina, una misa de campaña por



En la vieja Travesía del Reloj hay un recuerdo a Manuel García





En la calle de Santa Isabel una bella lápida evoca la memoria de Fresno

el alma de Matías Montero. Presidió ésta el de la Junta Política, don Ramón Serrano Suñer.

El acto en sí y el descubrimiento de la lápida estuvo presidido por el ministro secretario general de la Falange, don José Luis de Arrese. Al acto asistieron los ministros de Educación Nacional y de Industria y Comercio, el vicesecretario de Servicios, señor Valdés Larrañaga, el jefe nacional del S.E.U., señor Rodríguez de Valcárcel, la delegada de la Sección Femenina, doña Pilar Primo de Rivera, así como numerosos miembros de la Falange y escuadras del S.E.U. Ante la lápida se colocaron las cinco rosas y se cantó el Cara al Sol, dando los gritos de ri-

gor el ministro secretario general, señor Arrese.

## I.-García Siches, Manuel Vicente

Madrid, 1803-Madrid, 1906. Cantante. Inventor del laringoscopio.

II. Fue el profesor de la Facultad de Medicina de Madrid, el doctor don Antonio García Tapia, a quien se debe la idea de tributar un homenaje a don Manuel García, inventor del laringoscopio, el instrumento más útil y sencillo de los que se emplean a diario en la especialidad de la otorrinolaringología.

III. La lápida, colocada en la casa donde nació el inventor de dicho instrumento está situada en la Travesía del Reloj, número 1. Es de piedra caliza y obra original del escultor señor Vela del Castillo. Figuran en ella un medallón, retrato en bajorrelieve de Manuel García, el escudo de Madrid y a ambos lados de la inscripción dos figuras escultóricas. El texto de la lápida es el siguiente: «A Manuel García Siches, inventor del laringoscopio. Nació en esta casa en 1803. El Ayuntamiento de Madrid.»

IV. La citada lápida fue descubierta el lunes 13 de octubre de 1924, iniciándose previamente el homenaje con una sesión solemne celebrada en la Real Academia de Medicina, presidida por el alcalde de Madrid, conde de Vallellano. En ella, habló en primer lugar el doctor Cortezo, presidente de la Academia, el cual se felicitó tanto como madrileño, como médico y hombre amante de la música del acto que se celebraba. El profesor García Tapia hizo una amena y sencilla explicación de lo que fue la vida y la obra de Manuel García. El rector de la Universidad Central, doctor Carracido, destacó la importancia del invento desde el punto de vista científico, señalando por último el alcalde, conde de Vallellano, la satisfacción con que aquél había acogido la iniciativa del profesor Tapia. Desde la Academia, todos los asistentes se trasladaron en corporación hasta la casa natal de Manuel García en la calle de Fomento, en cuya fachada correspondiente a la Travesía del Reloj, firmándose acto seguido el acta por todos los asistentes a la ceremonia.

## I.-Gómez Pamo del Fresno, Fernando

Madrid. Caricaturista y dibujante.

II. La iniciativa de la colocación de esta lápida se debe a la Asociación de la Prensa. Es curioso anotar que en la misma casa donde está colocada la lápida, Santa Isabel, 28, hay otra dedicada a conmemorar la memoria de su padre que fue destacado farmacéutico.

III. La lápida es original del escultor señor Felices, lleva adornos



de bronce y un medallón con el retrato del artista. La leyenda que fue redactada por el insigne escritor don Pedro Murlane Michelena, dice así: «A Fernando Fresno que vivió aquí, su obra de dibujante le granjeó renombre para siempre. La Asociación de la Prensa de Madrid recuerda al compañero a quien tanto quiso. MCMLI.»

IV. Fue inaugurada esta lápida en la mañana del martes 26 de junio de 1951 siendo descubierta por el ministro de Educación Nacional don José Ibáñez Martín, quien recordó a Fresno. Habló a continuación don Francisco Casares en nombre de la Asociación de la Prensa de Madrid. Concluyó el acto con unas emotivas palabras de la hija del homenajeado, la notable actriz Maruchi Fresno, quien dio las gracias a cuantos habían intervenido y a las representaciones allí presentes de la Academia de Farmacia, del Ateneo y de la Sociedad de Autores.

Entre los allí presentes se encontraban los vicepresidentes de la Asociación de la Prensa, señores Pradera y Acevedo; el presidente de la Sociedad de Autores, maestro Guerrero; el general Roldán, el señor Hergueta en representación de la Academia de Farmacia; don Federico García Sanchiz y los señores Enrique Chicote, Pedro Murlane, Arce, delegado de la Argentina en la ONU, Francisco Serrano Anguita y don José Francés.

## I.-Clavé, José Anselmo

Músico. Barcelona, 1824-Barcelona, 1874.

II. Fue colocada esta lápida en la casa situada en la calle de su nombre con fachada al paseo de Atocha, número 29, a iniciativa del Casal Catalá de Madrid, que de este modo pretendió honrar la memoria del maestro Clavé, fundador de los Coros que llevan su nombre. Atendiendo a la petición del Casal Catalá, el Ayuntamiento madrileño acordó en 1925 dar el nombre de Clavé a una de las calles de nueva apertura en la zona del Cerro de San Blas, inmediata al Retiro. En correspondencia aquel Centro Regional abrió una suscripción popular al objeto de colocar la lápida que a la vez



Una calle y una lápida recuerdan al creador de los toros, Clavé

que diera nombre a la calle recordara en Madrid la memoria del gran músico catalán.

III. La lápida es original del escultor catalán don Miguel Cerrons, y en ella figuran algunos bajorrelieves, la cabeza de Clavé y algunos motivos ornamentales en bronce.

IV. Con ocasión de la inauguración de la lápida a Clavé dedicada se organizaron en Madrid varios actos entre los días 7 y 13 de junio de 1926. El descubrimiento de la lápida se celebró el día 8. Frente al lugar donde se hallaba emplazada se levantó una tribuna para las autoridades. En el momento de ser descubierta, la Banda Municipal de Madrid y los Coros Euterpenses, integrados por 1.200 coristas, interpretaron la obra de Clavé «Gloria a España». En el acto hablaron el presidente del Casal Catalá, don Luis Civil, haciendo el ofrecimiento de la lápida al Municipio, el secretario de

la Asociación Euterpense, señor Capdevila, el teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona, señor Salas Antón, y por último el alcalde de Madrid, conde de Vallellano, quien tuvo palabras de exaltación para la memoria de Clavé y su obra.

## I.-Colegio Mayor San Pablo

Isaac Peral, 68.

II. Las dos inscripciones a que nos vamos a referir figuran en la fachada principal del Colegio Mayor San Pablo. Edificio de nobles y bellas proporciones y creación muy estimada de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

III. La primera de ellas se refiere al acto de la colocación de la primera piedra del edificio. El texto de esta lápida es el siguiente: «En la



fiesta de Nuestra Señora del Pilar Día de la Hispanidad, de 1945, bendijo y colocó la primera piedra de este Colegio Mayor Universitario de San Pablo, fundado por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, el excelentísimo y reverendísimo señor don Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, patriarca de las Indias occidentales, con la asistencia de los ministros de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional, alcalde de Madrid, del rector de la Universidad y de otras ilustres personalidades.»

El texto de la segunda lápida reza

de este modo: «Para formar hombres íntegros que constituyan minorías selectas con capacidad de dirección y agudo sentido del bien común y de la justicia social, dispuestos a renovar por su unidad de pensamiento y la eficacia de su apostolado, al servicio de Dios, la grandeza de España, la Asociación Católica y Nacional de Propagandistas, fundó este Colegio Mayor Universitario de San Pablo que Su Excelencia el Jefe del Estado inauguró solemnemente el día 7 de marzo de 1951, festividad de Santo Tomás de Aquino, Patrono de los estudiantes católicos.

IV. Con gran solemnidad y en la fecha antedicha se inauguraron estas lápidas que tuvieron como antecedente la del Colegio. Se celebró una sesión académica en el salón de actos en la que pronunció un discurso glosando los fines de la Asociación Católica de Propagandistas, don Fernando Martín Sánchez. En el acto estuvieron presentes los ministros de Educación, Obras Públicas y Agricultura, así como otras muy destacadas personalidades. El edificio y las lápidas, por tanto, fueron bendecidas por el patriarca doctor Eijo y Garay.

J. S.















